Fray Contardo Miglioranza

Sor María Ludovica

Derramando Amor

SOR MARIA LUDOVICA
DERRAMANDO
AMOR

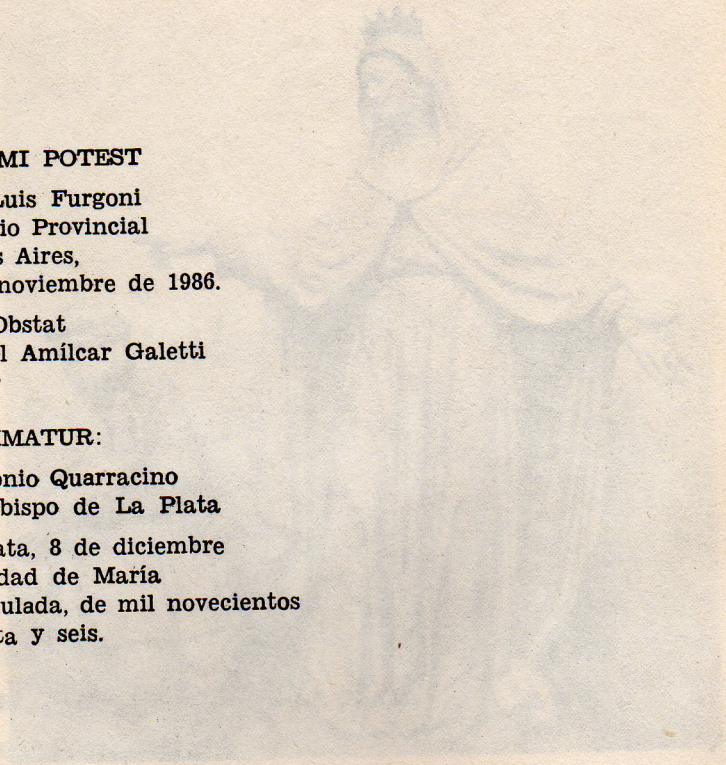
© 1987
UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Editorial y Talleres Gráficos UCALP
Calle 115 Nº 552 - (1900) La Plata

La Virgen de la Misericordia, apareció en Savona, Italia, el 18 de marzo y el 8 de abril de 1536. Fue solemnemente coronada por el Papa Pío VII, libre de su cautiverio el 10 de mayo de 1815



IMPRIMI POTEST

Fray Luis Furgoni
Custodio Provincial
Buenos Aires,
1º de noviembre de 1986.

Nihil Obstat
Gabriel Amílcar Galetti
Censor

IMPRIMATUR:

† Antonio Quarracino
Arzobispo de La Plata

La Plata, 8 de diciembre
festividad de María
Inmaculada, de mil novecientos
ochenta y seis.

INDICE

Página

CAPITULO I
Flores y frutos 11

CAPITULO II
Ambiente familiar 15

CAPITULO III
Hacer el bien a todos 19

CAPITULO IV
Estallido de una bomba 23

CAPITULO V
El Carisma de la Misericordia 27

CAPITULO VI
Consagración totalizante 31

CAPITULO VII
Caracoleando sobre las olas 37

CAPITULO VIII
Cocinera y despensera 43

CAPITULO IX
Administradora vitalicia 49

CAPITULO X
El nuevo Hospital de Niños 55

CAPITULO XI
Sabiduría profética 61

CAPITULO XII
Extirpación de un riñón 65

CAPITULO XIII
Monja Chacarera 71

CAPITULO XIV
Solario de Punta Mogotes: Orgullo Nacional 79

CAPITULO XV
Intervención por malversación de fondos 91

CAPITULO XVI
Entreveros burocráticos 99
CAPITULO XVII
Años de plenitud 105
CAPITULO XVIII
Edema pulmonar y campanazos de eternidad 115
CAPITULO XIX
Trajines diarios 117
CAPITULO XX
Casos de emergencia 127
CAPITULO XXI
Corazón de madre: amar a los niños 133
CAPITULO XXII
Los pupilos de la Superiora 139
CAPITULO XXIII
Espíritu de familia 147
CAPITULO XXIV
La buena Samaritana 157
CAPITULO XXV
Amiga y consejera 163
CAPITULO XXVI
Hija de la Iglesia 169
CAPITULO XXVII
Ideales de vida, pautas de acción 177
CAPITULO XXVIII
Yunque y crisol 185
CAPITULO XXIX
Junto al manantial 191
CAPITULO XXX
Ya viene el Señor 195
Perlas y flores 199
Oración privada 203
Amar es servir 204
Semblanza de Sor Ludovica De Angelis (Mons. Segura) 205
Obras del mismo autor 207

1. — FLORES Y FRUTOS

Para alegría del Corazón de Dios y el bien de las almas, la Iglesia es como un jardín lozano y perfumado, donde se cultivan toda clase de flores y madura todo género de frutos.

Hay flores vistosas y policromas como las rosas y las hay humildes y escondidas como las violetas. Sin embargo, unas y otras son necesarias para que un jardín sea bello y fecundo.

SOR LUDOVICA es una de las más bellas flores de la Iglesia platense. Todos los que la conocieron, la admiraron y se sintieron atraídos como por un imán.

SOR LUDOVICA era de pocas letras, pero de muchas luces; de poco hablar, pero de mucho hacer. Siguiendo el lema de su fundadora, Santa María Josefa Rossello: **"El corazón a Dios, manos al trabajo"**, hizo de su vida un generoso servicio y una heroica entrega.

Luego de un estudio exhaustivo de su personalidad y espiritualidad, nos parece que en SOR LUDOVICA brillan de manera sobresaliente estas tres características: un corazón de madre, un empeño de líder y una audacia de santa.

CORAZON DE MADRE

Todo hogar requiere los cariños y los desvelos de una madre; todo hospital de niños, por la magnitud de los problemas y sufrimientos, requiere un más grande corazón de madre.

SOR LUDOVICA no tuvo hijos propios; pero, por vocación y misión, asumió las debilidades y dolores de miles y miles de hijos ajenos y las aflicciones e inquietudes de sus madres. Si el niño lo es todo para la madre, el Hospital de Niños de La Plata,

con todas sus luchas y dificultades, sus problemas y sus afanes, lo fue todo para SOR LUDOVICA.

Cuando ella dejó a la **"Bella Italia"**, ni de lejos se imaginaba lo que le depararía el futuro; pero Dios, como en otros tiempos guió a Abraham hacia la Tierra Prometida, así guió y preparó a SOR LUDOVICA para su gran misión y le ensanchó el corazón, para que fuera madre, educadora y consejera de innumerables multitudes.

EMPEÑO DE LIDER

Un hospital es como un gran barco que descansa seguro en la pericia y responsabilidad del capitán. El Hospital de Niños de La Plata, por 54 años, descansó seguro y confiado en la labor, en la capacidad y en la responsabilidad de SOR LUDOVICA, administradora vitalicia.

Cuando ella lo tomó a su cargo, el Hospital era "una alambrada, un portón y un par de salas de madera", es decir, casi galpones. Cuando ella lo dejó para **"entrar en el gozo de su Señor"** (Mt. 25, 21), el Hospital de Niños, por su estructura edilicia, su equipamiento técnico, su expansión profiláctica, sus obras de apoyo, la cohesión y el espíritu de familia del personal y su alto nivel profesional, era "un orgullo nacional".

El programa de SOR LUDOVICA era tremendamente simple: **"¡Todo lo mejor para el niño enfermo!"**. A pesar de sus pocos estudios, tenía una asombrosa lucidez mental para comprender las necesidades de los niños y una indomable voluntad para resolverlas.

Sabía lo que quería —y su ojo avizor lo descubria con visión de futuro—; sabía aunar voluntades y recursos en pos de sus ideales; sabía enfrentar y superar los obstáculos que entorpecían la marcha y tenía la fuerza de voluntad para avanzar sin desmayos hasta los logros más plenos.

AUDACIA DE SANTA

SOR LUDOVICA no consideraba su labor como una empresa personal con sus alternativas de éxitos y fracasos, sino como una misión que Dios le encomendara. Ella se sabía débil, incapaz, casi iletrada; pero el bien de la niñez era algo más que un imperativo moral: era un faro orientador y un llamado evangélico. Veía al Señor en los niños, los amaba como al Señor y los servía como al Señor. ¡Y el Señor lo merece todo!

Acudía sí a las distintas reparticiones oficiales, golpeaba a todas las puertas, recurría a la comprensión de sus amigos; pero, ante todo y por encima de todo, se dejaba iluminar por la fe y se apoyaba en la fuerza de la oración: **"¡Todo lo puedo en aquel Señor que me da su fuerza!"** (Fil. 4, 13). He ahí la raíz, el motor y el sentido de su desbordante audacia.

¡Bendita mil veces SOR LUDOVICA! Con tus desvelos de madre, tu decisión de líder y tu osadía de santa te levantaste un trono de cariño y de gratitud en el corazón de miles de hogares y nos diste a todos nosotros luminosas lecciones de disponibilidad, altruísmo y servicialidad hasta el heroísmo.

2. — AMBIENTE FAMILIAR

DOS MISIONEROS

Sor Ludovica fue el nombre que asumió al hacerse religiosa; pero, al nacer en la madrugada del 24 de octubre de 1880 y al ser bautizada en la tarde del mismo día, se le impuso el nombre de Antonina. Era la primogénita en un total de ocho hermanos.

Los padres se llamaban Ludovico De Angelis y Santa Colaianni, humildes labradores. Su casa, que todavía existe, era de dos plantas, con el portón de ingreso enmarcado por bloques de piedra tallada. En la planta alta se destaca aún un balcón de hierro forjado, de excelente hechura, en cuyo centro se lucen las iniciales del nombre de la familia.

El pueblo natal fue San Gregorio, que dista poco más de dos leguas de L'Aquila, cabecera de provincia. San Gregorio, con sus casas arracimadas y amparadas por la Iglesia parroquial, es uno de los cientos de pueblos esparcidos por los valles y quebradas de los Apeninos Centrales, dominados por el imponente macizo del Gran Sasso. Durante el invierno las cumbres nevadas irradian fulgores inmaculados, que son imán para los ojos y alegría para el corazón.

La comarca pertenece a la región de los "Abbruzzi", pueblo antiguo y fiero que contrastó con arrojo las conquistas de los latinos que querían avanzar hacia las costas del mar Adriático.

La gente es fuerte y laboriosa, austera y emprendedora, entrañablemente amante de la vida hogareña; pero su dialecto es duro y cerrado. Sor Ludovica conservará durante toda su vida los mismos rasgos dialectales mezclándolos con el castellano en una jerigonza personal que, aunque violaba las reglas de la

fonética y de la sintaxis, todo el mundo aceptaba y escuchaba con simpatía por el cariño y la admiración que le tenían.

La cabecera de la provincia es L'Aquila, ciudad fundada por el emperador Federico II. Pero su gloria sobresaliente es guardar la tumba de San Bernardino de Siena, el gran apóstol del siglo XV, el amigo de artistas y humanistas y el renovador de la vida franciscana.

Nos parece que entre San Bernardino y Sor Ludovica hubo una ósmosis vital. Los dos fueron grandes misioneros y espíritus magnánimos. El primero, desde el púlpito de las iglesias o al aire libre en las plazas, con la elocuencia de la palabra, arrebataba y enardecía diariamente la mente y el corazón de decenas de miles de personas. La segunda, en el hospital, desde el lecho del niño enfermo, cautivaba y alentaba el corazón de las madres afligidas y guiaba al personal en una acción de generoso servicio.

En los dos ponderamos una mente lúcida y abierta a toda la problemática de la época, un corazón de fuego, un gran espíritu de sacrificio y un mismo anhelo de servir al Señor en los pobres, enfermos y necesitados.

UN FARO PARA LA VIDA

La familia fue la primera educadora de Antonina. Sus padres le enseñaron las primeras palabras y las primeras oraciones; pero, sobre todo, influyeron con sus ejemplos: la oración familiar, la devoción a la Virgen, la Misa dominical, la armonía conyugal y la caridad hacia los pobres.

El niño es como la tierra fértil. Si se la siembra y se la cuida, las semillas germinarán vigorosas y madurarán en espigas doradas. Las fuertes vivencias humanas y religiosas de la futura Sor Ludovica ya tienen su raíz y su impulso inicial en el seno del hogar.

¿Tuvo niñez Antonina? Como la apreciamos hoy con sus pasatiempos, juegos y deberes escolares, la respuesta es negativa.

Antonina era la primogénita y desde temprano tuvo que ayudar a la madre en el cuidado de los hermanos, de los que llegó a ser niñera, maestra y modelo; o sea, una segunda madrecita.

He aquí el testimonio de Genoveva Nanni, una pariente lejana: "En casa Antonina ayudaba mucho y hacía de todo: hacía de comer, confeccionaba la ropa: medias, pulóveres... permanecía levantada hasta la medianoche".

También frecuentó esporádicamente la escuela, donde aprendió a leer, escribir y a expresarse más o menos correctamente. Sor Ludovica nunca fue lectora apasionada; sino que, siendo mujer de acción, volcaba la exuberancia de sus impulsos y energías hacia quehaceres concretos y el progreso de sus iniciativas.

Entre la familia, la iglesia y la escuela aprendió lo mejor que deben aprender todos los niños: el **catecismo,** que en esa época se llamaba **"doctrina cristiana".** Como coronamiento del catecismo, hizo su Primera Comunión, mientras la confirmación ya la había recibido a la edad de tres años, según la costumbre de la época.

El amor al catecismo Sor Ludovica lo guardó toda la vida. Años más tarde, cuando ya era administradora del Hospital de Niños y formidable organizadora de obras nuevas, tanto personalmente como a través de las Hermanas, se preocupaba activamente de su enseñanza y las fiestas de Primeras Comuniones eran celebradas con gran solemnidad.

La catequesis era el alma inspiradora de los mejores esfuerzos de Sor Ludovica, ya que la VERDAD, o luz de la mente, es el faro de la vida. Y la VERDAD, entre todos los bienes, ocupa el primer lugar y a la vez es la primera caridad que se debe hacer.

LABORES AGRICOLAS

Antonina crecía sana y robusta y, al llegar a la adolescencia, se prestó también a colaborar con el padre en las tareas agrícolas: cuidado de los animales, cultivo de los campos, podas y vendimias de olivos y viñedos, y las mil atenciones que requiere el trabajo rural.

Los principales productos de la zona son trigo, maíz, sorgo, legumbres, papas, vino, aceite, almendras, productos de granja y de huerta.

Sin embargo, no debemos perder nunca de vista que, a diferencia de las ubérrimas extensiones de nuestras pampas, en San Gregorio no había más que parcelas de tierra situadas en zonas colinosas y, a veces, ganadas contra el faldeo de la sierra. Por eso el trabajo era muy sacrificado y los rendimientos escasos.

Cuando, más adelante, Sor Ludovica regresa en visita a su pueblo natal, se interesará no sólo de los familiares, sino también de las cosas agrícolas y, al ver la aridez y desolación de las campiñas, sufrirá una decepción mientras sus ojos evocan los verdes tapices de las pampas.

He aquí cómo la describe su sobrina Elisa Petrocco: "Antonina era una gran trabajadora y siempre dispuesta al sacrificio, especialmente en ese entonces cuando se hacía todo a mano.

"Cuando el padre no podía ir a trabajar, iba ella. Una vez, al enfermarse el padre de neumonía, ella fue a sembrar porotos con las vacas y el arado. Después de la cosecha iba a la ciudad a vender los productos.

"La familia era pobre, pero no carecía de lo necesario. Ella dormía en el desván bajo el techo, donde ahora guardamos el forraje".

Los cuidados de la casa, los servicios a los hermanos, el laboreo agrícola, el intercambio comercial... desarrollaron en ella la viveza natural, el poder de mando, el sentido de la donación maternal y una psicología muy profunda para captar las realidades concretas. Todas estas hermosas cualidades las puso en evidencia en sus actividades futuras.

Cuando, años más tarde, Sor Ludovica comenzó a trabajar en la quinta de City Bell, demostró conocer muy bien todo lo que se relacionaba con los cultivos de la huerta, la cría de animales domésticos y la plena utilización de los medios modernos.

3. — HACER EL BIEN A TODOS

Antonina era una "muchacha muy guapa, un verdadero tesoro", dicen los testimonios. Por esto "muchos pretendientes la querían".

Se dice que "los pueblos felices no tienen historia", cuya trama a menudo está tejida por luchas y conflictos y rubricada con la sangre.

La vida de Antonina, como la de todos sus paisanos, transcurría serena, laboriosa, "feliz", dentro del marco conocido: duras bregas diarias, preocupaciones por la familia, colaboración vecinal, humildes alegrías en las veladas y en las fiestas del pueblo, santificación de las actividades a través de la recta intención.

Los jóvenes, al verla tan piadosa, hacendosa y jovial, soñaban con empalmar su destino con el de ella.

Pero Antonina no quería casarse. No sabía el porqué. "Sentía algo en su interior que le indicaba otros rumbos". ¿Cuáles?... Muchos ensueños y anhelos, pero ninguna perspectiva concreta e inmediata. La voluntad de Dios se manifiesta siempre de a poco como la luz del sol que desde la aurora avanza hacia el pleno mediodía.

En esos años de búsquedas y de esperas, todos los directores espirituales aconsejan la reflexión, la oración asidua y el asesoramiento.

Las miradas de la joven se levantaban plenas de confianza hacia la Virgen, para que la iluminara y guiara por el buen camino. La sobrina nos dice que "Antonina acudía al pequeño templete de Nuestra Señora de la Consolación y ofrecía tres Avemarías por estas intenciones".

La madre, en cambio, prefería que la hija correspondiera a las atenciones de los muchachos. Por eso Antonina se sentía aislada y falta de apoyo en sus búsquedas.

UNA HERENCIA EN RECOMPENSA

Antonina era una joven dinámica y abierta. No sólo se preocupaba por los quehaceres domésticos, sino que también prestaba su colaboración "con generosidad" a los parientes y vecinos. Ella consideraba al pueblo "como una gran familia y hacía el bien a todos".

La abuela vivía en soledad. Antonina. la nieta, iba a la casa de ella, para hacerle compañía y cuidarla.

Si había enfermos, ella iba a asistirlos y era tanta su delicadeza que hasta se llevaba consigo un frasco de aceite para la lámpara.

En la vecindad vivía una señora anciana y sola, que le pidió su asistencia. Como aliciente, le prometió que le dejaría toda la herencia. Antonina agradeció el gesto y generosamente se prestó a cuidarla; pero rehusó el premio "porque decía que la señora tenía nietos más pobres que ella".

PININOS DE LIDER

El Padre Samuel Tarquini era a la sazón el párroco de San Gregorio. Era un sacerdote inquieto y dinámico, deseoso de crear un clima renovador en todas las actividades parroquiales. Declara Genoveva Nanni: "El Padre Samuel enseñaba muy lindas cosas y muchos cantos nuevos", que la gente tarareaba en las casas y en los campos.

Entre las iniciativas, el Padre Samuel pensó en la fundación de la asociación de Hijas de María, con el doble propósito de tener unidas a las chicas con el canto y la oración y fomentar la devoción mariana, especialmente el mes de María.

El Padre Samuel, al ver a Antonina "tan alegre en todas las cosas", la puso al frente de la asociación. Los testimonios nos aseguran que ella colaboró muy resueltamente no sólo en los

actos piadosos, sino también en la animación de la catequesis. "Antonina impulsaba así a todos los chicos: **"¡A la doctrina! ¡A la doctrina!".** Y si alguno se mostraba un tanto renuente, lo invitaba con firmeza.

Compartimos la hermosa síntesis que de esos años hace el Dr. Santiago Gorostiague: "Dotada de clara y natural inteligencia, en ese ambiente se plasmaron los rasgos más salientes de la personalidad de Antonina: su modestia, su intuición, su laboriosidad, su tenacidad, su inmensa bondad y su amor por los humildes".

4. — ESTALLIDO DE UNA BOMBA

"ENSEÑAME, SEÑOR, TUS CAMINOS"

Las amigas de Antonina se casaban, pero ella "no quería casarse", a pesar de que no le faltaban pretendientes. ¿Era, quizás, una chica rara, o tenía un secreto en su corazón?

Sí, el secreto existía. En el alma de Antonina había prendido la llama vocacional; es decir, sintió un llamado a un amor más grande y más totalizante. Como dos mil años atrás, al pasar por las orillas del lago de Genezaret, el Maestro divino invitaba a unos y a otros a seguirlo, **"para hacerlos pescadores de hombres"** (Mt. 4, 19); así a lo largo de los siglos el Señor sigue susurrando su llamado a chicas y muchachos para que le sigan más de cerca y sean los pregoneros de su reino.

Inicialmente la voz es casi imperceptible; pero poco a poco resuena con mayor fuerza hasta trastornar todos los proyectos humanos y apremiar a los elegidos a dar una respuesta generosa.

Los caminos que utiliza el Señor para sugerir su llamado, son innumerables. Citamos algunos manantiales inagotables: los ejemplos de los apóstoles en los Evangelios y en las biografías de los santos, alguna amistad, la presecia irradiadora de alguna comunidad religiosa, el clamor de los sufrimientos humanos...

En el año 1903 una hermana del párroco y otra joven vecina habían ingresado en Savona en el instituto de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

Es muy probable que el párroco, en las reuniones con las Hijas de María, haya hablado de esas vocaciones o haya leído las cartas fervorosas y entusiastas que enviaban las novicias.

El mismo párroco les había costeado la dote y acompañado en tren hasta Savona. De esa manera tomó conocimiento per-

sonal del instituto, de sus obras, de su espíritu y del carisma de la fundadora, de los encomios que las Hermanas se ganaban con su esforzada labor al servicio de los pobres, enfermos y niños abandonados.

Finalmente Antonina, después de muchas oraciones y sacrificios, confió sus inquietudes y aspiraciones al párroco, hallando en él plena comprensión y aliento.

También comenzó a tantear, desde lejos, el terreno familiar; pero, desde el principio, encontró cerrazón y rechazo. La familia era numerosa y Antonina era muy útil en todos los quehaceres de la casa y del campo. Por eso de ninguna manera querían desprenderse de ella.

"LA MADRE PIERDE UN TESORO"

Mientras tanto, Antonina sentía crecer en su interior el apremio vocacional como una divina urgencia a la que hay que dar una respuesta. Por otra parte, era ya una joven madura, de 24 años, experta y responsable.

No hallando apoyo en los padres, Antonina se confió más y más en el párroco, el cual, después de haberse asegurado de la autenticidad de su vocación, se comunicó con la casa madre de Savona, para tramitar su ingreso en el noviciado.

Por los buenos resultados de las anteriores aspirantes, la palabra del párroco era un aval excepcional y por esto la respuesta de la superiora de las Hermanas de la Misericordia fue positiva. Antonina fue aceptada como postulante.

Existía el problema económico. Toda postulante debía pagar una dote, que para la total carencia de fondos de Antonina hubiera sido un obstáculo insuperable. Gracias a Dios, el propio párroco en su bondadoso corazón asumió la carga financiera.

Cuando todas las cosas parecían perfectamente encarriladas, Antonina anunció a su familia y a las amigas su intención de "hacerse religiosa".

Según un testimonio, "esa noticia detonó como una bomba"; es decir, a todos les pareció una "locura" — "¡Ojalá haya mu-

chas de estas locuras", diría Santa Teresa—. Y su madre lloró desconsolada.

Antonina era el 'tesoro" de la casa y la madre lo estaba por perder. Si su madre hubiera podido avizorar el futuro y ver a su hija amparando con su cariño y desvelos a miles y miles de niños de un gran hospital, sin duda hubiera saltado de gozo, como saltó de gozo Abrahán al ver el día del Señor (Jn. 8, 56); pero la madre por el momento pensó en su tristeza y en su soledad.

Toda la familia tomó muy a mal, como un despecho, la decisión de Antonina, tanto que, a pesar de tener unas posesiones, le negaron toda ayuda y el párroco tuvo que correr con todos los gastos del viaje, ajuar y dote de 800 liras de ese entonces.

Realmente el Padre Samuel tenía un corazón de oro porque en su liberalidad tomó a su cargo la pensión y la dote de cuatro jóvenes aspirantes, entre ellas de dos hermanas. Como la suma era abultada y las rentas parroquiales bastante escasas, no pudiendo pagar todo al contado, se le abrió una cuenta corriente para que pagara en cómodas cuotas.

Al estallar la "bomba", las relaciones familiares que antes eran armoniosas y serenas, se endurecieron y se volvieron tirantes. Por eso tanto el párroco como Antonina creyeron oportuno apresurar la partida.

También esta vez el mismo párroco se encargó de acompañar a las nuevas aspirantes: una hermana suya y Antonina. Tomaron el tren en Pagánica, se acercaron a Roma y, bordeando el mar Tirreno, se dirigieron a Savona, situada en la encantadora "Riviera lígure".

Allí el 14 de noviembre de 1904 Antonina ingresó como postulante en el noviciado de las Hijas de la Misericordia.

Santa María Josefa Rossello, fundadora de las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia

5. — EL CARISMA DE LA MISERICORDIA

NUEVA FAMILIA RELIGIOSA

Mientras el tren marcha raudamente hacia Savona, llevando al párroco y a las dos aspirantes al noviciado, vamos a ofrecer una semblanza de la fundadora y de su obra.

María Josefa Rossello nació el 27 de mayo de 1811 en Albisola Marina, a pocos kilómetros de Savona (Italia).

Sus padres, como la casi totalidad de los habitantes del pueblo, eran alfareros. Vajilla y mayólica salían de su taller para entrar en los circuitos comerciales.

La niña, por su inteligencia rápida y su corazón bondadoso, era el orgullo y la alegría de sus padres y de la maestra.

En su juventud, movida por Dios y urgida por el clamor de las necesidades populares, dio su respuesta generosa no sólo, sino que, arrebatada por sus IDEALES caritativos, contagió su entusiasmo a otras jóvenes, con las que dio origen a una nueva familia religiosa. Corría el año 1837.

Desde su cuna, el nuevo instituto se entregó a toda forma de obras de misericordia; escuelas, hospitales, hogares, actividades catequéticas... sobre todo en favor de las niñas más desamparadas.

Contra la obra se levantaron recios embates y grandes dificultades; pero la fe en Dios, la oración apremiante, el esfuerzo tesonero, la unión fraterna... lo vencieron todo. Unico capital era la pobreza, que para el religioso y la religiosa es un gesto de confianza en la divina Providencia.

LA RIQUEZA DE DIOS

La MISERICORDIA es uno de los más bellos atributos de Dios, porque nos manifiesta su corazón compasivo y su deseo de llevar remedio a las necesidades humanas.

Toda **la historia de la salvación** no es más que un despliegue y una proclamación de la misericordia de Dios.

Nos hemos acercado con amorosa curiosidad a la Biblia, para contabilizar las veces en que se toca el tema de la misericordia o del corazón misericordioso de Dios: ¡son más de 500 veces, sin contar los sinónimos o los lugares paralelos!

El que nos ofrece una estupenda pincelada sobre la misericordia divina, es el apóstol San Pablo (Ef. 2,4): **"Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó —aun estando nosotros en pecado—, nos dio la vida en Cristo".** Y el Papa Juan Pablo II, inspirándose en el mismo tema, compuso una Encíclica para toda la Iglesia.

En nuestros tiempos modernos, una de las que mejor vivieron y practicaron las obras de misericordia espirituales y corporales, fue Santa María Josefa Rossello, fundadora de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

El instituto religioso toma el nombre del santuario de Savona, bajo cuya sombra y protección se colocaron desde sus albores las religiosas. Poco a poco, los ejemplos y las virtudes de la Virgen, **"Reina y Madre de Misericordia"**, fueron inspirando e impregnando todas las actividades de la nueva familia religiosa.

SURCANDO LOS OCEANOS

Mientras las Hijas de la Misericordia multiplicaban prodigiosamente sus fundaciones en Italia, les llegó el llamado de allende el océano de abrir nuevas fundaciones en el inmenso continente americano.

Argentina fue el país que recibió los primeros beneficios de la presencia y de la acción de las Hermanas. Corría el año 1875.

En el mismo barco con que vinieron las religiosas, viajaron también los Padres salesianos. A todas luces fue una de las expediciones misioneras más extraordinarias en la historia de la Iglesia. Dos santos, San Juan Bosco y Santa María Josefa Rosselló, juntaron sus augurios, exhortaciones, lágrimas, bendiciones y oraciones para despedirlos y desearles éxitos felices en sus actividades apostólicas. Y por todo el país se esparcieron los unos y las otras como mensajeros del Evangelio y como buenas samaritanas.

EL CORAZON A DIOS, MANOS A LA OBRA

Además de sus ejemplos de virtud y de apostolado, Santa María Josefa nos dejó gavillas de exhortaciones y sabios consejos. Algunos de ellos los vamos a ofrecer aquí:

"Es verdad, somos pobres; pero existe la Providencia; y yo, con su ayuda, soy capaz de lanzarme a cualquier empresa. Tratándose de gastos para salvar almas, ni yo ni las demás religiosas retrocederemos. Si no se puede comer más que pan y sopa, ¡bendito sea Dios!; y si esto también llegara a faltar, iremos, felices y contentas, a pedir limosna" (pág. 96, de la vida de la santa).

"Es necesario imitar a los buenos cazadores que, después de cada disparo certero, guardan la presa y siguen cazando. Nunca están conformes, tanta es la fuerza de la pasión. Así debe obrar en nosotras el amor de Dios: debe hacernos soportar todo y superar todo y no permitirnos jamás decir: ¡basta! Por eso no estamos bien cuando, al padecer algo por la causa de Dios, mostramos tal disgusto que parece vamos al encuentro de la muerte o que debemos dar la vuelta al mundo... "(pág. 201).

¿Limitar obras de celo? ¡Jamás!: "¿Y qué? ¿No somos acaso aliados de la Providencia? ¿Ha dejado alguna vez que nos faltaran los medios? Desconfiar de Ella, ¿no es afrentarla y deshonrarla?" (pág. 204).

A una Hermana portera que despacha a un pobre hombre, advirtiéndole que debe pasar a otra hora: "¿Qué está haciendo,

Hermana? —le dice—. ¿Quiere que el pobre se gane dos veces el trozo de pan?" (pág. 220).

"En los niños del asilo está el Niño-Dios; en los enfermos que sufren en el hospital, está Jesús crucificado. Acá y allá encontraremos siempre ocasiones de ver a Jesús" (pág. 221).

"Encontrarán ustedes a enfermos sin educación, groseros, contestadores e intratables. Considérenlos como a sus mejores amigos, porque en realidad las enriquecen a la vista de Dios. Si pagan con insultos sus atenciones, respóndanles rodeándolos de los más fraternales cuidados y de la más exquisita caridad" (pág. 222).

"La Hija de la Misericordia enseña a cien niñas mientras debería enseñar a cien mil. Atiende a algunos enfermos mientras debería atender a millones... ¿Qué hacer? A través de la ORACION tiene el medio de ayudarlos a todos" (pág. 223).

Santa María Josefa Rossello, el 7 de diciembre de 1880, en vísperas de la fiesta de la Inmaculada, voló al cielo; pero dejando, como lo hizo el profeta Elías con Eliseo su gran corazón y espíritu de MISERICORDIA a Sor Ludovica De Angelis, que acababa de nacer.

6. — CONSAGRACION TOTALIZANTE

MUNDO NUEVO

El 14 de noviembre de 1904, Antonina comenzó su postulantado que duraba unos seis meses. Era la primera toma de contacto con las Hermanas y las otras aspirantes y las primeras experiencias de horarios, normas, costumbres, prácticas comunitarias, labores, recreos...

El postulantado es tiempo de recíproco conocimiento. La aspirante conoce la nueva vida, por su parte la maestra estudia las cualidades de la aspirante: temperamento, inclinaciones, habilidades, convivencia, esfuerzo en la práctica de las grandes virtudes del instituto: humildad, caridad, paciencia, sacrificio, unión con Dios...

El empeño de esos meses es un análisis más a fondo de la propia vocación y de los requisitos necesarios.

Entre las muchas características que enriquecen la vida religiosa, hay tres que son imprescindibles: espíritu de oración, disponibilidad y jovialidad. Con ellas toda vocación podrá tener éxito, aunque escaseen la cultura y la habilidad y aunque surjan tempestades y tentaciones; sin ellas, aun las cualidades más eminentes se tambalearían y carecerían de la motivación específica.

Al final del postulantado, Antonina junto con las compañeras fue examinada por el obispo e inició los Ejercicios espirituales, durante los cuales hizo su confesión general. Los ejercicios, como se sabe, son una remezón a fondo o un replanteo de los grandes valores y principios que deben iluminar y guiar nuestra vida y nuestras actividades. Esos valores, principios y metas están centralizados en el AMOR al Señor.

VESTICION

El 3 de mayo de 1905 Antonina vistió el anhelado hábito de Hija de Nuestra Señora de la Misericordia, que sería su librea de gloria y un pasaporte que le abriría todas las puertas.

Gracias a Dios, Antonina ilustró ese hábito con grandes obras de caridad y de misericordia y se lo llevó como una bendición y consuelo en las salas del Hospital. Lo llevó con honor tanto en la capilla como en la granja de City Bell y en el solario de Mar del Plata, tanto en la tapera del pobre para socorrer su miseria como en el palacio del rico para solicitar su colaboración en favor de los niños.

Durante la vestición, a menudo sucedía el cambio del nombre. Con ese cambio se quería significar una ruptura con el pasado para ser **"nueva criatura"** en Cristo (2 Cor. 3, 17). A Antonina le fue impuesto el nombre de Ludovica. No sabemos los motivos; quizá fue por la admiración que sentía hacia la rectitud y sentido de responsabilidad de su padre.

Con la vestición Sor Ludovica comenzó el noviciado, un año a todas luces privilegiado y dichoso. Como todo está previsto bajo la dirección de la maestra, la novicia se siente libre de toda preocupación y se entrega a las distintas actividades con gozosa espontaneidad.

La tarea primordial es la formación a través del estudio de la regla, constituciones, votos, espiritualidad de la congregación, cursillos bíblicos, dogmáticos, litúrgicos...

La fundadora, Santa María Josefa Rosello, programó para las novicias cursos especiales de catequesis. Los motivos son obvios. Las novicias necesitan fomentar su instrucción, asimilar la metodología y prepararse para ser maestras de catecismo.

El momento más feliz del noviciado es la oración, que puede ser personal y comunitaria; oral, mental y contemplativa; espíritu de oración y "oración del corazón", como diría el Padre Benvenuto Bambozzi, o sea, mirada amorosa y silenciosa.

La oración presupone el silencio y el recogimiento. Por eso durante el noviciado se hace hincapié en la vida de silencio y de "desierto".

Algunas horas de trabajo manual complementan las actividades diarias y favorecen el ejercicio práctico de la pobreza, de la austeridad y del sacrificio.

También se viven en el noviciado muchas otras experiencias valiosas, como visitas a hogares, hospitales y lugares de dolor, con las correspondientes atenciones a niños, enfermos y ancianos.

Es, pues, el noviciado un año de abundante acopio de vivencias y experiencias, de formación y ejercicios prácticos, de oración y trabajo. El objetivo es iluminar y enfervorizar al alma para que se enamore de Jesús y se ofrezca a seguirlo con disponibilidad. El noviciado ofrece a la religiosa un directorio teórico-práctico que puede orientar su futuro y guiar sus actividades.

En particular, nos parece que Ludovica meditó a fondo hasta dejarse cautivar y encandilar, sobre los grandes interrogantes que propone Santa María J. Rossello:

"¿Saben ustedes, han reflexionado ustedes qué quiere decir Hijas de la Misericordia? ¿Cuál debe ser su perfección y espíritu?... La verdadera Hija de la Misericordia, ante todo, debe estar animada por un gran deseo de negarse a sí misma, de sacrificarse, de padecer por Dios; en segundo lugar, se requiere que arda totalmente en la caridad hacia el prójimo. La Hija de la Misericordia debe tener un corazón grande y generoso y estar dispuesta a dar aun la vida para ganar almas para el Señor. Además, debe despojarse de todo sentimiento de orgullo, de amor propio, de vanidad, de respeto humano...".

¿QUIEN COLMARA LA AUSENCIA?

El 3 de mayo de 1906, Sor Ludovica se consagró a Dios a través de la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia. En su corazón Ludovica se entregó definitivamente al Señor; pero jurídicamente era una profesión de votos temporales. Estas etapas no quitan méritos, sino que favorecen la maduración.

La teología de la vida religiosa, evocando las más bellas páginas bíblicas sobre la Alianza, da a la profesión el nombre de **"desposorio místico"** y a la consagrada el nombre de **"esposa del Señor".** ¡Qué dignidad y qué responsabilidad! ¡Qué plenitud de significados! ¡Cuántos motivos de júbilo! ¡Qué manantial de alicientes fecundos!

Toda profesión religiosa es una fiesta de enorme trascendencia. Después de años de luchas, sacrificios, incertidumbres, oraciones, esfuerzos de superación..., la religiosa ve finalmente realizadas sus aspiraciones más íntimas de pertenecer al Señor y de unirse totalmente a El: **"¡DIOS MIO Y MI TODO!"** (San Francisco de Asís).

Con la religiosa se alegra sobremanera toda la congregación que ve en la profesión la señal patente de las divinas bendiciones y la renovada actualización del carisma de la fundadora.

Los familiares de la religiosa comparten el gozo de entregar a su hija al altar de Dios. Ya que la profesión es una toma de conciencia más radical del bautismo y de sus compromisos, los padres, al acompañar a su hija al altar y al ofrecerla de nuevo al Señor, se sienten dignificados en su maravillosa misión de colaboradores del Señor.

Mientras las demás novicias se sienten rodeadas por el cariño y el bullicio familiar, Ludovica se halla sola. Ningún familiar le brinda el abrazo de paz. Sus padres no la comprenden y con su ausencia le demuestran su hostilidad. Ese vacío es una gota de amargura para su corazón; pero de esa manera su sacrificio al Señor es más puro y perfumado.

Gracias a Dios, la acompaña y comparte sus alegrías el Padre Samuel el cual también ese día sabe brindar un delicado gesto de desprendimiento y cariño, costeando con 30 liras el vestido de la profesa.

Sin embargo, a pesar de tales desazones, nos parece que ese día fue particularmente beneficioso para Ludovica. La fundadora,

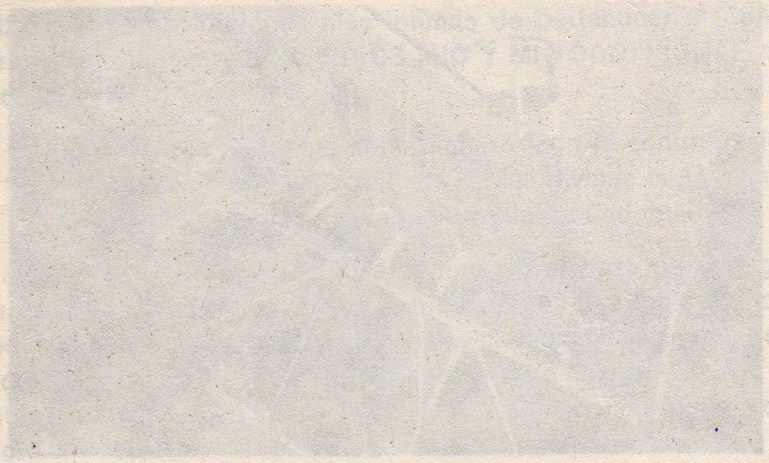
santa María J. Rossello, ¿no habrá querido sustituir con su bendición y sonrisa la ausencia de la madre? ¿No habrá adoptado a Ludovica por hija propia? ¿No le habrá contagiado su fuego íntimo?

Es una opinión; pero esa opinión está abonada por una extraña coincidencia. Ludovica nació el mismo año en que la fundadora cerraba los ojos. Antes de irse al cielo, ¿no habrá transmitido la

El barco está listo para zarpar. La 23 Expedición de Hermanas parte para América, entre ellas Sor Ludovica. Corría el año 1907

fundadora a la hija dilecta la antorcha de su carisma: la misericordia?

Esa opinión se volverá certeza si ponderamos las cosas desde el dulce misterio de la "COMUNION DE LOS SANTOS" y si consideramos a la congregación como una gran familia en la que la fundadora es, por imperio de su amor y de sus sacrificios, la madre y todas las religiosas son sus hijas.



7. — CARACOLEANDO SOBRE LAS OLAS

ENTREGA GOZOSA

El noviciado es un invernáculo mimado y su término es la profesión religiosa. Pero como el pichón debe salir del nido y aprender a volar solo, así la novicia ha de emprender un camino de crecientes responsabilidades.

Con el primer destino indicado por la obediencia, la profesa entra en una nueva comunidad y comienza a tomar compromisos concretos, sufriendo los primeros choques con la realidad. Esos momentos de inserción y adaptación son difíciles, pero necesarios para que la religiosa crezca y madure.

Ludovica se alejó del noviciado, pero por otro año permaneció en la casa madre de Savona, continuando con su vida de oración, estudio y trabajo; pero ya se percibe un replanteo. En base a los grandes principios monásticos: "ORA ET LABORA - ORACION Y TRABAJO", si la oración tiene valor prioritario, el trabajo ocuparía buena parte de la jornada y debería ser un trabajo de Hija de la Misericordia, donde, junto al empeño de las manos lo que más vale es la entrega gozosa del corazón y la alegría de servir y donde la "misericordia" ha de ser el alma, la inspiración y el aliento de todo.

EMBRUJO AMERICANO

El año 1907 es un año muy fecundo para la congregación de las Hijas de la Misericordia y de trascendente importancia para Sor Ludovica.

Desde el año 1875, frecuentes expediciones de Hijas de la Misericordia surcaron el océano Atlántico y recalaron en puertos

americanos, para reforzar las casas ya fundadas y dar nuevas respuestas a las crecientes demandas y necesidades.

También para el año 1907 se programa el envío de un nuevo contingente, que sería el vigésimo tercero. Cada envío, se sabe, exige gigantescos esfuerzos en el reclutamiento del personal y cuantiosos gastos.

Entre las privilegiadas a zarpar y acercarse a las playas argentinas se halla Sor Ludovica. ¿Fue destinada por la obediencia o pidió ella venir?

Sor Ludovica conoce muy poco de historia y geografía americanas, aunque tiene un hermano que viajó a Norteamérica a intentar fortuna sin lograrlo. ¿Qué motivo, pues, tiene? El primer motivo es comunitario: consolidar con nuevos aportes las exuberantes actividades que las Hijas de la Misericordia desarrollan en la cuenca del Río de la Plata.

Además, existe un motivo personal. Su familia no se había resignado a dejarla en libertad para que siguiera su vocación, sino que con diferentes instancias la incitaba a regresar a casa. Sor Ludovica está preocupada y piensa que, poniendo de por medio el mar y un viaje que en general no admitía la posibilidad de regreso, las cosas se tranquilizarían Nos lo indica su sobrina Elisa: "Estando Ludovica en Savona, su madre la instaba a volver; pero ella, por miedo a que la obligaran, se fue a la Argentina".

Ludovica viene, pues, a la Argentina tanto para cumplir un mandato de la obediencia como para cortar amarras con su pasado y seguir su vocación. Ni de lejos ella hubiera podido soñar esa gigantesca labor caritativa que le tocó realizar. Sin embargo, siendo fiel al llamado del Espíritu, poco a poco por un extraño conjunto de circunstancias, la Providencia la va preparando para que asuma esa misión.

Sin duda, el hecho de abandonarlo todo: padres, hermanos, patria, idioma... y de embarcarse hacia lo desconocido para ponerse al servicio de los más pobres y necesitados, es un gesto de gran significación y hasta de auténtico heroísmo.

El alejarse de su tierra para conocer tierras lejanas y exóticas fue siempre una apasionante aventura. Fueron grandiosas

las hazañas de Cristóbal Colón y de los conquistadores. Muchas expediciones han llevado a nuevos y progresistas descubrimientos... Por encima de todo, el enarbolar las banderas de la EVANGELIZACION y de la PROMOCION humana es una aventura divina a la que nos envía el Señor: **"Vayan por todo el mundo, prediquen el Evangelio y bauticen!**..." (Mc. 16, 15...).

La fundadora, al enviar a las primeras Hijas de la Misericordia a la Argentina, les dirigió este mensaje de despedida que nos parece muy ilustrativo:

"Ustedes no van a la Argentina con el mezquino ideal de muchos, que emigran a América para hacer dinero. Ustedes van para salvar almas. También allá ustedes serán las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia. Recuérdenlo. Permanezcan fieles a la santa Regla y conserven intacto el espíritu de nuestro instituto. Eviten, en lo posible, todo contacto con el mundo. Amen la pobreza, porque también en América podrán ser perfectas pobres. Obedezcan a su superiora. Soporten con ánimo esforzado los sufrimientos y las tribulaciones. Respétense, ámense, vivan en aquella unión de corazones que hace ligero todo sacrificio... En tierra extranjera podrían llegar a faltarles muchas cosas espirituales y temporales. No teman: confíen en el Señor. El les proveerá aun a costa de milagros.

"¿Quieren tres buenos consejos? Aquí los tienen: los pecados, al confesor; las necesidades, a la superiora; las penas, a Jesús. Si se atienen a estas indicaciones, serán felices. Hijas mías, les aseguro que las acompañaría gustosa; pero estoy vieja y cansada y debo permanecer en casa. No se extrañen si oyen temblar mi voz y si ven algunas lágrimas en mis ojos. Al fin, soy madre y no lo sería si no me afligiera su partida que, se lo aseguro, me quita diez años de vida. Pero, ¡ánimo! Si el Señor así lo quiere, también lo quiero yo y estoy contenta de separarme de ustedes. Rueguen por mí. Escríbanme pronto, largo y seguido...".

MAR Y CIELO, CIELO Y MAR

El 14 de noviembre de 1907 Sor Ludovica, con otras cuatro religiosas, se embarca en el vapor "Lombardía".

Mientras el barco se aleja lentamente, desde el muelle y desde los puentes flamean los pañuelos, los brazos se agitan, las voces se cruzan en algarabía y los rostros se cubren de lágrimas. Fuera de los abrazos de sus cohermanas, Ludovica no recibe otra despedida. Es un sacrificio más que le pide su vocación de misionera y, se sabe, el sacrificio tiene una fecundidad divina: **"Sólo con el derramamiento de sangre se logra la redención"** (Hb. 9, 22) .

Sor Ludovica es alérgica al uso de la pluma. Nosotros nos permitimos prestarle la nuestra para interpretar sus emociones, mientras el barco avanza majestuosamente como una ciudad flotante.

Son naturales en todo viajero los sentimientos de nostalgia y de incertidumbre. También los experimenta Ludovica al evocar su pasado familiar, los tres densos años de vida religiosa y los acontecimientos que impulsaron su partida. Aunque el nuevo contingente es esperado en Buenos Aires, no faltan motivos de incertidumbre en la mente de la religiosa: "¿Cuál sería el lugar de su destino? ¿Con quién conviviría? ¿Qué tipo de trabajo le tocaría? ¿Cómo se las arreglaría con el idioma? ¿Fracasaría o lograría alguna realización en sus actividades?".

Esos momentos de pesimismo son como nubes pasajeras. Ella tiene bien grabados en la mente estos dos puntos: debe vivir y actuar siempre como Hija de la Misericordia, y en todo momento y lugar debe servir al Señor alegremente, es decir, cumplir su voluntad y hacer el mayor bien posible.

La travesía trastorna un poco los horarios, pero no cambia el ritmo básico de vida de las Hermanas: momentos de oración, lecturas, labores, recreos, algunas horas dedicadas al estudio del español, supuesto que no surjan mareos o tempestades.

La vida a bordo brinda muchas horas de libertad para abrirse al diálogo a la amistad, a establecer contactos... que pueden ser preciosos para el apostolado.

Sobre todo, un viaje en barco favorece el disfrute contemplativo que, excitando la fantasía y exaltando las emociones, eleva al

alma hacia una gozosa alabanza del Creador: la inmensidad de los espacios, la fascinación de los crepúsculos, el incansable baile de los delfines, los suaves chapoteos o los ímpetus bravíos de las olas, las caricias de las brisas, los nocturnos esplendores estelares...

La llegada a los distintos puertos del itinerario y la visita a sus ciudades son manantiales de novedades y de gratificantes experiencias: el paisaje, la faz edilicia, el colorido y el bullicio de la gente, las modas y costumbres, los mercados, las iglesias... Todo ello te ilustra y te enriquece.

NAVIDAD SIN NIEVE

El 4 de diciembre de 1907 el barco llega a Buenos Aires y nuestras viajeras se confunden en un abrazo de fraternidad y cariño con las cohermanas que las esperan en el puerto.

Después de las prácticas aduaneras, todas se dirigen hacia la casa provincial (San Nicolás 3850 — 1419 Buenos Aires), para pasar unos días de aclimatación y adaptación. Partieron con los primeros fríos otoñales y se encuentran con los días tórridos y húmedos del verano porteño.

El nuevo ambiente y las nuevas necesidades obligan a todas a profundizar el estudio del idioma castellano. Seguramente también Sor Ludovica habrá tenido en sus manos alguna gramática y se habrá esforzado por repetir listas de frases y de conjunciones; pero con escaso provecho.

En los diálogos con la Superiora Provincial cada Hermana expresa sus deseos y recibe las instrucciones sobre su nuevo destino.

A decir la verdad, las actividades de las Hijas de la Misericordia son muchas y variadas en el país: hogares, hospitales, colegios; pero Sor Ludovica no se hace ilusiones. Sus deficiencias culturales le inhiben todo acceso a puestos de relieve, como maestra o enfermera. Ella sabe bien que sus lugares de trabajo será la cocina, la

despensa y la ropería. Justamente la cocina, la despensa y la ropería serán el destino que se le asigna; pero también, por un extraño juego de la Providencia, serán catapultas para puestos de elevada responsabilidad. Bien dice la Biblia que **"Dios juega en la historia y en los destinos humanos"** (Pr 8, 31).

Ese año 1907, la Navidad le llega casi por sorpresa sin el ambiente típico de nieve y frío y sin el folklore de cantos y sones a los que estaba acostumbrada. Con todo, Navidad es siempre Navidad tanto bajo la nieve como en plena canícula. Navidad es la fiesta del AMOR, la encarnación del Hijo de Dios que se hace "misericordia", para salvarnos. Navidad es, pues, la fiesta de los niños, de las familias y de toda persona que busca a Dios.

8. COCINERA Y DESPENSERA

NOBLE INICIATIVA, PERO UN PRESENTE PRECARIO

A principios del año 1908, Sor Ludovica recibe la orden de ir al Hospital de Niños de La Plata. La superiora provincial pensaba seguramente en las necesidades del Hospital que había que resolver y difícilmente pensaba en el destino de grandeza para el que la estaba preparando. Son los estupendos juegos de la Providencia, donde "el hombre propone, pero Dios dispone".

Al contemplar en el año 1987 el imponente edificio del Hospital de Niños que ocupa una manzana entera en varias plantas, con sus innumerables servicios, con el equipamiento técnico completo y una pléyade de personal médico, sanitario y auxiliar, nadie puede imaginarse cómo se hallaba en el año 1908, cuando Sor Ludovica hacía su ingreso. En esa época, como nos dicen las crónicas, todo el Hospital se reducía a "una alambrada, un portón y dos salas de madera bajas y chatas para sesenta camas".

Tampoco la ciudad de La Plata estaba tan poblada y tan extensa como lo es hoy en día. A la sazón la ciudad tenía 26 años, habiendo sido fundada por el Dr. Dardo Rocha en el año 1882. Comparando fechas de nacimiento, podríamos decir que Sor Ludovica y la ciudad de La Plata son casi contemporáneas y crecieron juntas; y la obra de la primera —el Hospital de Niños— fue como un florón o broche de oro para gloria de la segunda y también, como se decía, para "el orgullo nacional".

Las Hermanas de la Misericordia, por los servicios prestados, tienen raíces sólidamente plantadas en La Plata y méritos sobresalientes. Desde el año 1887 dirigen el hospital San Juan de Dios y el Policlínico Gral. San Martín, desde abril de 1888 el colegio de

la Misericordia, desde diciembre de 1889 el Hogar "Stella Maris" y el Hospital de Niños.

El Hospital de Niños, como muchas otras iniciativas similares, surgió por impulso de las Damas de Beneficencia, las que desde el comienzo pidieron la colaboración de las Hermanas. Había habido algún progreso, ya que el lugar inicial era inadecuado y se mudaron al sitio actual, mucho más espacioso; pero todo era precario y un tanto deprimente.

El envío de Sor Ludovica, a pesar de su destino que era la cocina y la despensa, fue como la aurora de un gran día, ya que ella llegaría a ser la propulsora y —como declara Don Raúl Romero, Director General de Administración del Ministerio de Salud— "el alma insustituible de esta obra gigantesca".

El personal sanitario estaba integrado por seis médicos y dos enfermeras. De entre los médicos sobresalía el director, Dr. Carlos Cometto, quien —al decir de su sucesor en el cargo, el Dr. Carlos Boffi— "era toda una institución y hasta podría decirse que él era el Cuerpo Médico Escolar".

Sin embargo, para el Hospital de Niños el mérito mayor del Dr. Cometto fue su finísima intuición psicológica que le permitió percibir en Sor Ludovica —una religiosa joven, regordeta, callada y de marcado acento itálico— un alma audaz, un espíritu progresista, un corazón de fuego y una voluntad obstinada.

ENTRE OLLAS Y HORNALLAS

El puesto de trabajo que se le fija a Sor Ludovica es la cocina y la despensa; un puesto, sin duda, humilde y sacrificado por la constante dedicación que demanda.

Pero ella no ambiciona más, ya que estaba acostumbrada a ello desde su niñez.

Otras Hermanas se dedican a actividades de nivel superior, como el magisterio o la enfermería. Ella no las envidia. Se considera una "pobre ignorante" y por esto busca el último lugar: ser la servidora de todos. La misma mentalidad de servicio y disponibilidad, a ejemplo de Cristo, la conserva du-

rante toda su vida, incluso cuando las circunstancias "la pongan sobre el candelero" como superiora y administradora.

Más aún, Sor Ludovica sabe esta enorme verdad que en todo lugar, por humilde y vil que sea, se puede amar al Señor, servir a los hermanos y lograr la propia santificación. O sea, descubre que en todo lugar puede ella ser una auténtica Hija de Nuestra Señora de la Misericordia.

"Peleando" con las ollas, Sor Ludovica comienza a realizar esos maravillosos malabarismos de procurar estirar los magros presupuestos para que cubran las muchas y apremiantes demandas. Pero ella ya sueña con dos cosas: que haya cierta abundancia que asegure, sin zozobras, la plena atención de los enfermitos actuales y que haya alguna fuente de recursos para expandir los servicios a muchos otros niños necesitados.

Sor Ludovica depende sí, de los presupuestos oficiales y del juego de las licitaciones; pero, como estratagema, ya establece su campo de acción para aumentar las entradas y ampliar así los servicios. ¿Cómo lo logrará? A Sor Ludovica le falta cultura; pero le sobra, como veremos, creatividad, que es capacidad de ver, prever, proveer y habilidad de aunar voluntades en pos del bien o ideal común.

CRECIENDO Y MADURANDO

Todo hospital es un mundo en pequeño con toda su "carga" de dolores, angustias, problemas, preocupaciones ,ansiedades... Es el gran campo donde las Hermanas han de mostrar la "Misericordia" que es el emblema que distingue su instituto.

Muy pronto la actitud callada y serena de Sor Ludovica atrae las simpatías de los ayudantes de cocina que le confían sus problemas y dificultades personales y familiares. Desde ese momento la joven religiosa se vuelve paño de lágrimas de las angustias ajenas y a su palabra de aliento se añadirá la ayuda eficaz para resolver los problemas.

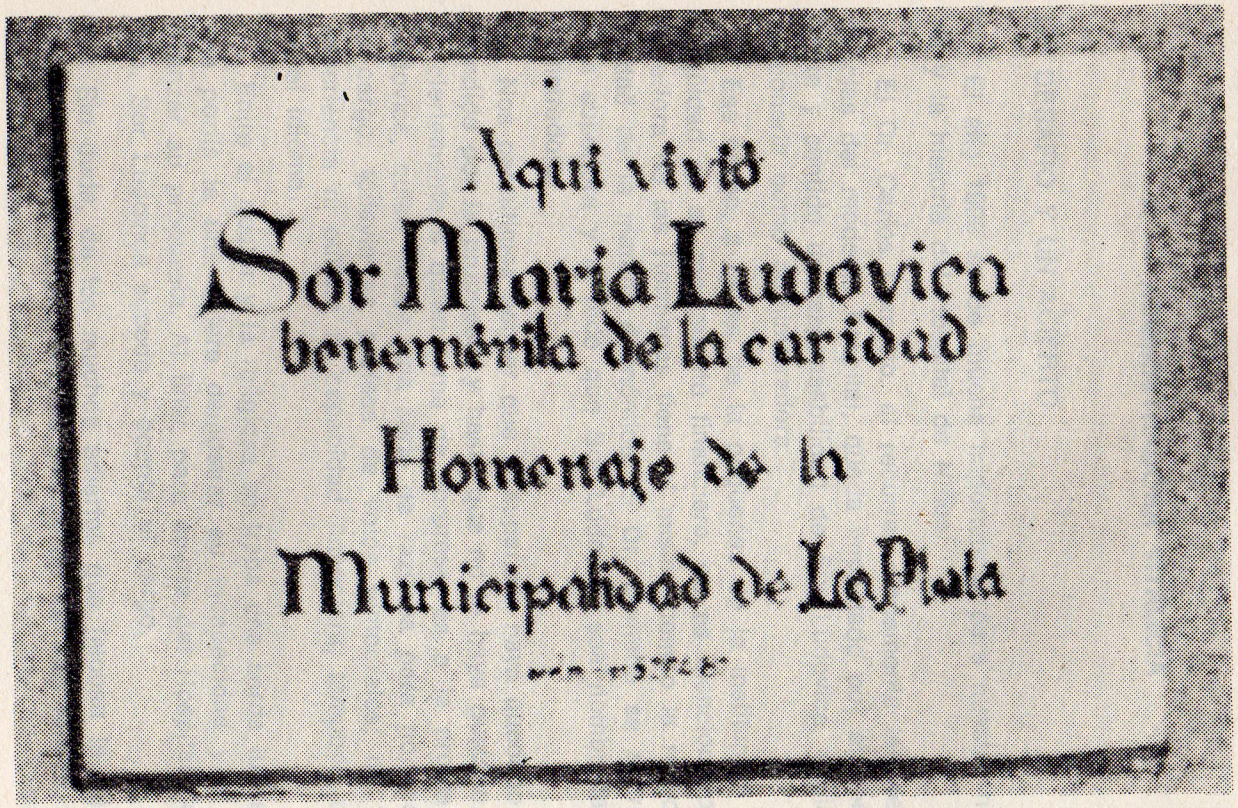
Las visitas de Sor Ludovica a las salas son ocasionales, pero muy provechosas. Allí descubre a niños que lloran o gri-

tan, a niños desamparados y a veces abandonados por sus mismos padres, a niños atrapados por el miedo y la desesperación, a niños profesionalmente bien cuidados pero faltos de cariño...

Si la niñez sana tiene su amplia problemática, la problemática de los niños enfermos es mucho más grave y delicada. El hombre del mañana será lo que es el niño de hoy. La sociedad del mañana la preparamos con los niños de hoy. ¡Que estupendo desafío, pero también qué acervo de responsabilidades para los padres, los educadores y los gobernantes!

¿Quién sufre más en un hospital de niños? Sin duda, las que más sufren son las madres. Sus desvelos y sus inquietudes se pintan en sus ojos, en sus rostros crispados y en cada uno de sus ademanes. ¡Cómo necesitan ser consoladas, orientadas y alentadas! ¡Qué enorme campo para ejercitar la verdadera "misericordia", para comprender el misterio del dolor a través de los más sutiles matices de la psicología y de la fe!

La fundadora, Santa María J. Rossello, daba a sus Hijas esta consigna: **"¡Junto al lecho del enfermo, sean ángeles de consuelo!".**



En el Centenario de la Fundación de la ciudad de La Plata, la Municipalidad homenajeó a Sor Ludovica, colocando una placa en la entrada del Hospital. (19 de Noviembre de 1982)

9. — ADMINISTRADORA VITALICIA

UN DESAFIO Y UN ACIERTO

El año 1909 es de mucha importancia para nuestra historia y la historia del Hospital de Niños.

El Dr. Carlos Cometto, al recorrer diariamente las dependencias del modesto hospital, queda impactado por el don de gente y sentido de responsabilidad de Sor Ludovica, y piensa proponerla como administradora.

Ese cargo, a causa de la pequeñez de la institución y la exigüidad de su movimiento financiero, no es mencionado. La superiora de las Hermanas tiene al mismo tiempo la responsabilidad de la marcha económica. El Dr. Cometto se apersona a la superiora y le pide que Sor Ludovica sea nombrada administradora.

Nos permitimos pensar que la superiora haya quedado sorprendida por la propuesta y hasta que no le haya gustado. Pero ciertamente a quien toma de sorpresa, es a la propia Sor Ludovica, quien aduce una serie de razones para no aceptar el cargo: todavía es profesa de votos temporales; no tiene experiencia ni cultura ni capacidad financiera; tampoco domina el idioma...

Entre el doctor y la religiosa se traba una sorda lucha. En esa porfía la una quiere demostrar su incapacidad y el otro afianzar su propuesta. Al final, para suerte del Hospital de Niños, Sor Ludovica accede y acepta el cargo.

Sin duda, de los muchos aciertos que jalonan la foja de servicios del Dr. Cometto, éste es uno de los más felices. Y no será el único.

Desde ese momento y hasta la hora de la muerte acaecida en el año 1962, a pesar de intentonas oficiales de despojarla, Sor Ludovica guardará el cargo y lo honrará con una admirable y progresista entrega y una trayectoria de vida santa y sacrificada.

Queremos poner de relieve que la superiora lo era de la comunidad de Hermanas y era nombrada por las autoridades de la Congregación; en cambio, la administradora lo era del Hospital y era un cargo del Ministerio de Salud Pública. A veces las dos funciones permanecían separadas; otras veces, como más tarde en el caso de Sor Ludovica, se unificaban en una sola persona.

Por su parte, el Dr. Cometto, luego de 15 años de servicios, se retirará del Hospital para asumir cargos más elevados en el Ministerio de Salud Pública.

MISTICA DEL SERVICIO

Los primeros tanteos de Sor Ludovica son difíciles y complejos. Las mayores dificultades son de índole psicológica. Hasta ese entonces estaba acostumbrada a obedecer y gozaba de la dulce tranquilidad de que, al obedecer a la voz de la superiora, hacía la voluntad de Dios. Ahora debe asumir personalmente la delantera, tomar decisiones, dar órdenes, admitir personal, distribuir tareas, delegar responsabilidades, vigilar sobre todo y sobre todos... Gracias a Dios, poco a poco se acostumbra al cargo y lo toma como un servicio más y una posibilidad de mayor entrega.

Las dificultades externas en las que desde los comienzos debe debatirse, son enormes. El Hospital es una entidad de muy modestas proporciones y urgentemente debe progresar en todos los aspectos edilicios, organizativos, técnicos, farmacéuticos, profesionales, presupuestarios. Pero, sobre todo, debe progresar por dentro: sensibilizar y estimular el espíritu del personal, aunar criterios y esfuerzos, insuflar una mística de servicio, intensificar el sentido de responsabilidad en todos los

niveles, fomentar la cohesión y la armonía, crear o, al menos, afianzar el espíritu de familia.

La labor es larga y la brega dura; pero sin ese espíritu de familia y de armoniosa convivencia, ¿qué sería un hospital aunque esté equipado con los instrumentos más modernos? ¿No estaría todo marcado por una frialdad mecánica, asfixiante, inhumana?

Todo nuestro trabajo hablará con creces de los logros alcanzados. Ahora nos contentamos con el testimonio de Raúl Romero: "Sor Ludovica luchó y logró quitar al Hospital de Niños toda la frialdad de los hospitales clásicos".

Pero antes de lograr ese espíritu de familia y esa mística de servicio, Sor Ludovica tiene que merecérselo mediante el aprecio y el respeto hacia el personal, la ayuda positiva, la amistad sincera, el aliento en las dificultades, las más amables atenciones y delicadezas... En lenguaje cristiano, diríamos caridad dinámica y abierta.

Muchos testimonios hablan de Sor Ludovica como de "consejera espiritual": "Indiscutible directora espiritual del personal y de los familiares de los pacientes" (Raúl Romero). "Para muchos fue consejera excepcional por su experiencia de la vida y su conocimiento de las virtudes y de los defectos humanos" (Dr. Santiago Gorostiague).

Además, durante esos primeros años Sor Ludovica aprovecha todo momento libre para aprender y ejercitarse en todos los oficios propios de una enfermera y llega a ser una experta colaboradora de los médicos hasta en el quirófano. El Dr. Gorostiague así la describe: "Sor Ludovica se desempeñaba como anestesista, ayudaba en los actos operatorios, aplicaba inyecciones, hacía curaciones, y, secundada por las Hermanas, hacía de serena; y desempeñaba todos los menesteres hasta los más humildes, para que el Hospital alcanzara el funcionamiento normal'".

A través de su fina intuición y la experiencia diaria, Sor Ludovica llega a la captación tan cabal del enfermo, tanto en

su faz somática como psíquica, que los médicos dan gran crédito a sus observaciones y a veces las prefieren a las de sus propios colegas...

PROFESION DE VOTOS PERPETUOS

El derecho canónico dispone que, después de la profesión de los votos temporales, exista un período de tiempo, no inferior a los tres años, en que los religiosos sigan analizando su itinerario espiritual, progresen en la comprensión de sus compromisos y maduren para una consagración definitiva al Señor a través de los votos perpetuos.

Sor Ludovica profesó con los votos temporales el 3 de mayo de 1906. Año tras año los fue renovando. Finalmente el tres de mayo de 1911 profesa con los votos perpetuos.

En ese 3 de mayo de 1911 Sor Ludovica canta con la Virgen su júbilo y su gratitud al Señor que un día pasó cerca de ella, miró su pequeñez y la llamó a la vida religiosa. Por su profesión ella ya no se pertenece, sino que se da toda al Señor, como esposa al Esposo divino, y a El confía todo su futuro. ¿Quién, pues, podría arrancarla de los brazos amorosos de su Señor?

OTRO ACIERTO DEL Dr. COMETTO

En el año 1915 muere Sor María Rita Libardi, superiora del Hospital de Niños.

Al Dr. Cometto se le ocurre otra de las suyas. En el año 1909 porfió para que Sor Ludovica fuera nombrada administradora. Ahora. acompañado de otros médicos, se dirige en misión oficial a la Madre Provincial, Sor María Federica Veglio, para pedirle que, en sustitución de la superiora difunta, sea nombrada Sor Ludovica, ya que tanto él como todo el personal del Hospital admiran en ella dotes no comunes de prudencia, previsión y capacidad de dirección.

La Madre provincial accede con mucho gusto; pero lo más difícil es convencer a la interesada. Ella conoce sus límites: es una "pobre ignorante" y hasta se maravilla mucho cuando los mé-

dicos la consultan y aprecian sus opiniones. Sin embargo, todos la juzgan capaz de asumir la responsabilidad de superiora, no por su cultura, sino por su sabiduría práctica, sus virtudes y su espíritu religioso.

Sor Ludovica, hija de la obediencia, ante tan cariñosas presiones, acepta el cargo y desde ese momento hasta la muerte será prácticamente superiora de la casa, a excepción de los períodos rotativos prescritos por las constituciones.

Ese nombramiento es otro acierto más del Dr. Cometto para bien y alegría del Hospital de Niños.

El Dr. Cometto y Sor Ludovica habían nacido para entenderse en armonía perfecta. Los dos eran bondadosos y dinámicos; los dos estaban animados de espíritu progresista; los dos estaban identificados con los fines del Hospital de Niños, sintetizados en el lema: "¡Para el niño enfermo, todo lo mejor!".

Para expresar nuestra complacencia, nos permitimos llamar al Dr. Cometto el padrino que descubrió y valoró a Sor Ludovica y la puso como una lámpara sobre el candelero.

10. — EL NUEVO HOSPITAL DE NIÑOS

AMPLIACIONES PAULATINAS

Sor Ludovica, con el fin de beneficiar a sus enfermitos y expandir los servicios asistenciales, emprendió numerosas obras, administró muchos caudales públicos y privados, gastó muchos pares de zapatos en frecuentes recorridas a las oficinas oficiales, llamó a la puerta y al corazón de muchos empresarios, cobijó como una madre a multitud de niños huérfanos, desamparados o abandonados por sus familiares...

Vamos a esbozar sucintamente esas obras, para ponderar, más adelante, los móviles y los principios animadores que las impulsaron. Nuestros relatos serán mechados y embellecidos por numeroas anécdotas.

Para tener una idea global, nunca debemos perder de vista el punto de partida y las metas alcanzadas. A la llegada de Sor Ludovica, en el año 1908, el Hospital de Niños era una obra precaria, con dos salas de madera para 60 camas y unos reducidos consultorios externos. A su muerte, como lo destaca el Dr. Boffi, director del Hospital, en el discurso del sepelio: "Hoy funcionan en el Hospital 25 servicios con capacidad para 600 enfermitos. Todo es obra concebida, dirigida y obtenida por la superiora Madre Ludovica".

El edificio pertenecía a la Sociedad de Beneficencia, benemérita institución privada; pero, como sabemos, de recursos escasos y elásticos.

Al asumir el cargo, Sor Ludovica encaró una paulatina ampliación y, para lograrlo, como hormiga hacendosa, solicitó la ayuda de los platenses.

Se la vió frecuentemente encima del carro de caballos yendo a través de la ciudad, para visitar familias, tiendas, al-

macenes, granjas... solicitando humildemente el óbolo o la ayuda en especie para sus niños. Con donaciones, rifas, festivales... comenzó esa gigantesca labor edilicia que sólo terminaría con su muerte.

Los resultados iniciales fueron escasos; pero el resultado mayor fue de orden psicológico para la misma Hna. Ludovica. Le hizo tomar conciencia de que, a pesar de las dificultades y a pesar de su hablar dialectal, ella podía avanzar, aunar voluntades y recursos y lograrlo todo en nombre de una causa tan noble: ¡La causa de los niños enfermos! Despertó las simpatías del alma popular y descubrió su generosidad.

Poco a poco Sor Ludovica llegó a aprender y a apropiarse la ya clásica metodología de los santos, que tan fúlgidamente brilló en la obra de su fundadora: "Mucho esfuerzo y mucho sacrificio propio para servir a los demás por el amor del Señor". **"Si uno quiere ser el primero en el reino de los cielos** —dice el Señor—, **sea el último de todos y el servidor de todos"** (Mc. 10, 44).

UN GRAN VUELCO

En el año 1925 el Hospital de Niños pasó a depender del Ministerio de Salud Pública de la Provincia. Fue un avance muy positivo y beneficioso. Sor Ludovica se hizo la portavoz de las necesidades de los niños y de las nuevas exigencias que reclamaba el progreso: pabellones nuevos, equipos modernos, mejores atenciones... La Provincia se sintió en deuda con la salud de los niños y brindó sus recursos fijando partidas anuales para el Hospital de Niños; pero, gracias al arte de prestidigitación administrativa de Sor Ludovica, cada partida, en lugar de achicarse en el camino, se multiplicaba y acrecentaba su valor. Si se votaba una partida para la construcción de una sala, en las manos de la superiora Ludovica esa partida, como tocada por una varita mágica, iba a servir para la edificación de dos salas. Si se votaba una partida para la compra de 100 frazadas, en las manos de Sor Ludovica servía para la compra de 200. Y así para todos los rubros.

Lo reconoce con inocultable admiración el propio ex Ministro de Salud de la Provincia, Dr. Carlos A. Bocalandro: "Antes de pedir ayuda al ministerio, Sor Ludovica iba a golpear los corazones de los ciudadanos platenses y de los hombres de bien... No se cansaba de ír a Buenos Aires para solicitar colaboraciones con el fin de mejorar los servicios del Hospital".

Lo mismo declara el Dr. Gorostiague quien, quizás más que otros, apreció la labor de la superiora: "Entre los años 1925 y 1932, por su iniciativa y esfuerzo, se construyó el Pabellón de Cirugía. Ella recaudó fondos, materiales, asesoramiento... Estuvo presente en todo y todo lo administró con buen sentido y la inspiración de la divina Providencia.

"En 1930 inició la construcción de un Pabellón para Lactantes y enfermos de Otorrinolaringología, departamento para médicos internos, salón de sesiones científicas, Servicio de rayos X, Consultorios Externos, Servicios de Odontología, Farmacia, Vestíbulo, Capilla, Lavadero mecánico, Departamento para empleados...

"En el año 1934, luego de la demolició de las antiguas salas de Clínica Médica, promovió la construcción de seis salas para enfermos de ambos sexos con capacidad para 180 niños...".

En el año 1948, el Ministro Bocalandro inauguró dos salas más. En esa oportunidad se preparó para la Superiora un homenaje especial: la entrega de un Crucifijo de marfil con una plaqueta de plata en señal de gratitud de parte de la esposa del gobernador, María Elena C. de Mercante, del ministro citado y del personal técnico administrativo del ministerio. "de todos los cuales se había granjeado la simpatía y la admiración por el celo desplegado en su humanitaria misión inspirada en un profundo amor cristiano".

¿INTUICION O PARAPSICOLOGIA?

Sor Ludovica no mezquinaba con nadie, ni con las personas, ni con los materiales. Para sí buscaba lo más pobre y gastado; pero para los enfermos y el hospital buscaba lo

mejor. Por esto todo el hospital debía ser azulejado con materiales de primera calidad. Los azulejos más famosos de la época eran los de la marca "San Lorenzo". La Hermana María Felicitas nos relata este simpático episodio.

Al hacer unas ampliaciones y al necesitar más azulejos, se presentó a su proveedor habitual, la Casa Bellone. El dueño le dijo que no tenía más de esa clase y le ofreció azulejos de otra calidad, aunque el resultado deseado no sería el mismo y la duración sería menor.

Sor Ludovica no quedó muy convencida y con maravillosa intuición lo encaró y le dijo: "Ud. tiene de esa clase de azulejos "San Lorenzo". Véndamelos que es para el Hospital de Niños".

El señor Bellone guardaba en el depósito unas cuantas cajas de esos azulejos y no tuvo más remedio que entregárselos, y seguramente con alguna bonificación, después de haber sido atrapado por el poder de penetración de la mirada de Sor Ludovica.

CONSTRUCTOR Y FINANCISTA

Por esos años, en La Plata, se había labrado una sólida posición económica y un excelente prestigio social el constructor Antonio Francese. Tenía algo de la genialidad de los hombres del Renacimiento: sabía de todo y su asesoramiento era buscado y escuchado.

Sor Ludovica tuvo la gran suerte de encontrarse con él y entrar en sus gracias. Por otra parte, en muchos aspectos las dos idiosincrasias eran muy semejantes: tenían visión de futuro, firmeza de voluntad, rapidez de decisiones, ansias de servicio y progreso. Pero no faltaban diferencias entre los dos. Sor Ludovica tenía ambiciones desmesuradas para el incremento del Hospital, pero carecía de recursos y de créditos bancarios; en cambio, Don Antonio era más positivo: tenía recursos propios y gozaba de créditos bancarios.

La superiora se le acercó y cometió la ingenuidad —¿ o la agudeza?— de pedirle que fuera su asesor, su constructor

y financista de sus obras. Ella le rogaba que "soportara la carga de las construcciones", pese al no cumplimiento en término de las obligaciones. Como aval, la superiora ponía por delante la aprobación oficial del proyecto y la promesa de alguna partida presupuestaria; pero, sin duda, el mejor aval eran el entusiasmo y el empeño tesonero de ella misma.

Como es evidente, Sor Ludovica no se ajustaba a las meras formalidades de las licitaciones; pero la construcción seguía siempre adelante. Nos parece compendiar así las modalidades de trabajo de la superiora. ante todo, plantear los problemas, asesorarse técnicamente, elaborar proyectos, pedir la aprobación y solicitar algún aporte oficial. Una vez preparados y aprobados los planos, ella ya se sentía impulsada a dar mano a la obra: buscar los materiales, almacenar todo lo que podía, solicitar donaciones, organizar rifas y comenzar las obras. No conocía dilaciones. Toda espera le hubiera parecido un gesto de desconfianza hacia la divina Providencia. Era, pues, una mujer que sabía juntar la audacia con la previsión, sabía aprovechar las oportunidades; pero, sobre todo, confiaba en Dios. Sor María Felicitas nos da la clave para descubrir el misterio de su dinamismo: "Sor Ludovica no vacilaba en hacer obras, porque obraba por la fe".

PERCANCES Y DESGRACIAS

"En las obras de ampliación y de construcción —nos informa Vicente Bianchi, un niño al que la superiora amparó, educó e hizo estudiar— no faltaron percances y desgracias que, gracias a Dios, fueron pocas. Se produjo una sola víctima. Luis Paolini era el segundo capataz y muy buen hombre. Cayó de unos quince metros y a las pocas horas falleció.

"En otra oportunidad el percance podía transformarse en una tragedia horrorosa. En la demolición de la vieja construcción, los materiales fueron depositados en el techo de una bovedilla que cubría el pasillo donde estaban instalados los consultorios externos y el consultorio de otorrinolaringología.

"El día sábado, por la mañana, en ese espacio se habían apiñado unas 120 personas entre niños y sus familiares. Al día siguiente, domingo, mientras se celebraba la Misa, un ruido infernal paralizó el oficio divino. Se había derrumbado el techo de la bovedilla y el pasillo quedó materialmente cubierto por los escombros. El sacerdote que oficiaba la ceremonia, preguntó: "¿Hay víctimas?" "No", le dijeron. "Pues, volvamos a la capilla para continuar la Misa y dar gracias a Dios, dado que esto, que pudo ser una catástrofe, se convirtió solamente en un susto".

"Como de costumbre, el personal, tanto masculino como femenino, sin distinción de categorías, despejó el lugar y, al anochecer, sólo quedaba la falta de techo como testigo del desplome. Al día siguiente, las tareas se desarrollaron con normalidad".

POLVO LIMPIADOR CAIDO DEL CIELO

"En el año 1932 —sigue relatando V. Bianchi— reventó en Chile el volcán Descabezado. Sus cenizas, blancas y finas, arrastradas por los vientos, se esparcieron por toda nuestra ciudad y también se depositaron sobre las terrazas del Hospital de Niños. Eran años en que se aprovechaba todo y no se tiraba nada. Todo el personal hospitalario fue movilizado para juntar latas y recipientes y llenarlos con ese polvo blanco, que durante varios meses se utilizó como polvo limpiador de pisos y vajillas".

11. — SABIDURIA PROFETICA

COPITAS DE LICOR

9 de Julio de 1931. Toda la patria está de pie y de fiesta para celebrar la proclamación de la Independencia.

Algunos la recuerdan con verbo encendido, rico en retórica pero vacío de hechos; otros, con desfiles y fanfarrias; y otros, con almuerzos de camaradería. En las principales iglesias se canta el TE DEUM, para agradecer a Dios el regalo de una patria libre y soberana.

Un núcleo de estudiantes de La Plata piensa festejar la Independencia realizando una colecta de víveres para distribuirlos a los olvidados presos de las cárceles; y solicitando en confiterías y bazares la donación de golosinas y juguetes en desuso, para llevarlos al Hospital de Niños y obsequiar a los enfermitos.

Esa tarde del 9 de Julio es muy fría, pero hay regocijo y entusiasmo en los siete muchachos que cargan hasta el pescante dos taxis y se dirigen al Hospital.

Los recibe Sor Ludovica y como buena anfitriona ella misma los acompaña de sala en sala. En los rostros de los niños se contemplan la sorpresa y el gozo; en el de la superiora una profunda emoción por la inesperada visita a sus "criaturas" predilectas.

Al final, Sor Ludovica reúne a los jóvenes en su despacho severo y cordial y les sirve una copita de licor para ahuyentar el frío, licor preparado por sus mismas manos. También les obsequia estampas y medallas.

Todo es simple y familiar; pero hay tanta cordialidad en las palabras y en los gestos que los muchachos se sienten impactados. Para todos ellos ese lejano y heroico invierno 1931 constituye un

jalón inolvidable. Desde ese momento, todo lo que se refiere a la vida, hechos y obras de la religiosa lo guardan celosamente en la memoria.

"Tal fue la impresión que nos produjo —exclama uno de ellos, Luis Horacio Velázquez, quien años después, en 1950, audazmente y aún en vida de la superiora trazará la primera **"Semblanza de una Religiosa inolvidable".** La edición fue costeada por la Asociación Gremial de Profesionales y Practicante del Hospital de Niños.

¡Honor al mérito y al esforzado dinamismo juvenil! ¡Ojalá haya muchos émulos e imitadores!

Sin embargo, la superiora, al enterarse del escrito sufrió un disgusto y procuró que las Hermanas no lo conocieran.

TRAVESURAS Y FRACTURA DE CRANEO

El Hospital de Niños, gracias al corazón caritativo de Sor Ludovica, no sólo atendía a niños enfermos, sino también a algunos niños sanos. Era, pues, también un pequeño hogar.

Eran casos de niños huérfanos, desamparados o abandonados por sus mismos padres. La superiora los amparaba con su cariño y protección, seguía amorosamente su educación, costeaba sus estudios de secundaria o de universidad. Algunos llegaron a ser técnicos, farmacéuticos, abogados, contadores... llevando en su corazón una eterna gratitud por su bienechora. Les daba también las conocidas recompensas o propinas que todo padre brinda a sus criaturas; pero también, desde la adolescencia, les señalaba alguna tarea concreta que recompensaba como pequeños empleos. Con ello los honraba, los acostumbraba al trabajo y los preparaba para el porvenir.

El Padre Carlos Herrmann, uno de los beneficiados, recuerda que la misma metodología de recompensas o "sueldos", como los muchachos risueamente lo llamaban, se practicaba también en el solario de Mar del Plata, "con los que ayudábamos en las distintas tareas u ocupaciones de las salas o de la casa. Me animo a decir que fue una hermosa y muy constructiva **"terapia ocupacional",** sobre todo cuando se trata de adolescentes (va-

rones y mujeres) propensos a perder el tiempo y dejar vagar la imaginación".

Por el año 1933 ó 1934 dos jovencitos, internados en el Hospital, Vicente Bianchi y Diomedes Sergio Corneli, después del almuerzo, como lo hacían casi diariamente, se dispusieron a jugar a la pelota en un pequeño patio en forma de U. Contra la pared existía un brazo de luz que iluminaba el lugar y permita practicar el deporte también de noche.

Pelotazo va y pelotazo viene, llegaron a romper el artefacto. Una tarde, contra la opinión de Vicente, a Diomedes se le ocurrió tratar de solucionar el problema. Subió al techo y se tendió para arreglar la luz. Pero al tocar los cables, recibió una tal descarga que lo despidió del techo y lo arrojó al vacío, cayendo con la cabeza contra el pavimento. Cedemos la pluma a Vicente, para que nos relate el espeluznante episodio:

"A mis gritos terribles acudieron los empleados y con rapidez lo trasladamos a la sala de curaciones donde el practicante Lizarrague ya tenía cargada la jeringa con aceite alcanforado y cafeína —estimulante de la época— para aplicar los primeros auxilios. La gravedad del caso —fractura de cráneo— hizo que se derivara al enfermo a una habitación para medicarlo con suero y medicamentos aconsejados. Nadie daba un céntimo por su vida y, por si fuera poco, a las 36 horas el paciente se agravó.

"Llamados en consulta, el cirujano García Díaz, el director Dr. Oyuela y el Dr. Giordano Cavazzutti decidieron operarlo.

"Comunicaron la decisión a Sor Ludovica, pero ésta se negó rotundamente a la intervención. De nada valieron los argumentos y consejos de los facultativos. La respuesta fue terminante: **"Si Diomedes tiene que morir, se morirá así. Yo me opongo terminantemente a la operación".**

"Los profesionales salvaron su responsabilidad a través de la palabra del Dr. Cavazzutti, vocero de los consultores: "Si Ud. así lo decide, así se hará. En este momento Ud. tiene la maternidad del enfermo".

"Ya a las 48 horas, Diomedes había salido del estado comatoso y recobraba el conocimiento, acentuándose su mejoría rápida-

mente. Cuando alguien le preguntaba a la superiora, ya fueran médicos u otras personas, el motivo que la había impulsado a semejante decisión, aplicaba su sabiduría litúrgica: **"Dios me dijo que no era necesaria la operación".**

"¡Cuántas otras veces, en obras y hechos del Hospital, habra aplicado la misma sabiduría, que para mi era obra de milagro!".

12. — EXTIRPACION DE UN RIÑON

PROCESO CANCEROSO

En el año 1935 una dolorosa enfermedad postró a Sor Ludovica. Un riñón estaba afectado de tumor canceroso.

Los médicos del Hospital, especialmente los doctores Cavazzutti y Oyuela, estudiaron el caso con la más solícita dedicación. Llamaron también en consulta a un eminente urólogo de la capital, el cual decidió la intervención quirúrgica. Había que extirpar el riñón. Es de imaginar lo que significaba en esos años una intervención de ese tipo. Gracias a Dios, la operación se cumplió con todo éxito y a los pocos meses la paciente correteaba como antes, a pesar de los retos de los médicos.

Como a menudo sucede, una intervención tan delicada dejó no pocas secuelas en Sor Ludovica: malestares generales, dolor de cabeza, insomnios, trastornos en las vías urinarias, retención de líquido, hemorragias, hinchazón en las piernas... Y murió también de tumor canceroso.

De este conjunto de condiciones debilitantes, brotan unos interrogantes: "¿Cómo pudo sobrevivir y trabajar tan intensamente? ¿Cómo pudo aguantar un ritmo de vida "matador" y un trajinar tan continuo por el progreso del Hospital? ¿Cómo pudo darse a los enfermos, al personal y a las Hermanas con tanta dedicación?". Sólo lo pudo hacer con la gracia de Dios y una indomable fuerza de voluntad.

RETORNO A LA "BELLA ITALIA"

Después de semejante operación, la comunidad de Hermanas propuso a Sor Ludovica un período de descanso que sería el primero después de treinta años de trajines y desvelos. Y co-

mo en Italia se estaba por realizar el capítulo para la elección de la Madre General de las Hijas de la Misericordia, la ocasión era óptima para que Sor Ludovica participara como electora.

Sor Ludovica, cuya cabeza era, según el pintoresco lenguaje de Sor María Celsa López, "una caldera a presión" en nuevos proyectos y nuevas iniciativas, no quería saber nada del viaje; pero al fin la convencieron. Se embarcó en el famoso transatlántico "Giulio Césare". Una delegación del Hospital fue a despedirla. "En el puerto —pinta con añoranza V. Bianchi— las enfermeras con delantal blanco y capa celeste dieron un hermoso colorido".

FOGONAZO DESLUMBRADOR

El Hospital de Niños lo era todo para Sor Ludovica: era su casa, su nido, su corazón. Por esto, cada vez que viajaba, traía siempre recuerdos y regalos.

Estando en Italia, después de cumplir sus compromisos de Hija de la Misericordia, se preocupó por visitar laboratorios, hospitales y casas de cura. Como fruto de sus contactos y de su interés, "traía aparatos y accesorios con destino al Hospital".

En Savona, aprovechó la amable cortesía de alguna Cohermana para darse un paseo por la encantadora "Riviera Lígure", donde las bellezas del paisaje, los contrastes entre el mar y la sierra, las terrazas cuajadas de flores, los chalets escondidos entre pinares... ofrecen al turista uno de los más bellos espectáculos.

Sin embargo, Sor Ludovica no viajaba como turista, sino como madre preocupada por la salud de sus "niños" y ansiosa de su curación.

Entre sus "niños" enfermos los había raquíticos, tísicos, atacados por dolencias oseas o ganglionares y ella soñaba todas las mejores oportunidades y remedios para su recuperación.

Visitó en la "Riviera" varias de esas casas consagradas a la recuperación de los niños débiles y se le encendió la lamparita, como se dice, para renovar en tierras argentinas esas mis-

mas experiencias tan beneficiosas. Además, para el país sería casi una primicio que acrecentaría el prestigio del Hospital de Niños.

Ya no cabía en sí de alegría por el fogonazo recibido y quería regresar pronto al país para emprender animosamente la obra, que sería el "SOLARIO" de Punta Mogotes (Mar del Plata) y del que hablaremos en los próximos capítulos.

Pero, antes, la esperaban sus familiares y conocidos de San Gregorio (Abbruzzi), para estrecharla en un abrazo de cariño y amor.

"HABLABA POCO ORABA MUCHO"

Sor Ludovica tomó el tren y se dirigió a San Gregorio. Al acercarse a su pueblo y al comparar las fértiles pampas argentinas con los retazos áridos y desolados de sus tierras natales, experimentó una impresión dolorosa, pero, poco después, los abrazos y las fiestas que le hicieron, le devolvieron pronto la serenidad y el disfrute familiar.

Su sobrina, Elisa De Angelis, describe así las tres visitas que hizo Madre Ludovica a San Gregorio en los años 1935, 1949 y 1956.

"Acostumbreba llevar una bolsa oscura sobre los hombros, sin portafolio ni valija. Era siempre muy simple. Hablaba poco, oraba mucho. Decía que prefería acostarse temprano porque tenía que madrugar para orar, ya que el día antes había orado poco. En general permanecía tres días".

Tres días de estadía en su pueblo después de casi treinta años de ausencia nos parecen muy pocos; pero, si los juzgamos a la luz de sus graves compromisos con el Hospital de Niños, veremos en todo ello un notable sentido de desprendimiento para servir mejor a "sus" niños enfermos.

Uno de los momentos más emocionantes de aquellos tres días fue la visita de Sor Ludovica a la tumba de sus padres. Allí las lágrimas y las oraciones se fundieron en un solo homenaje de cariño y de gratitud. Treinta años atrás se había casi

fugado de casa para seguir el llamado del Señor, haciéndolos sufrir mucho. Pero, en ese momento, los huesos de sus padres debieron haberse estremecido del más noble orgullo por la labor "gigantesca" de su hija predilecta y sus almas desde el cielo debieron invocar las más abundantes bendiciones sobre ella y sobre "sus" niños, a los que ellos podrían considerar de alguna manera "sus" nietos. ¡Y qué innumerable multitud de nietos!

"¡COMO SOY FELIZ EN MI VIDA!"

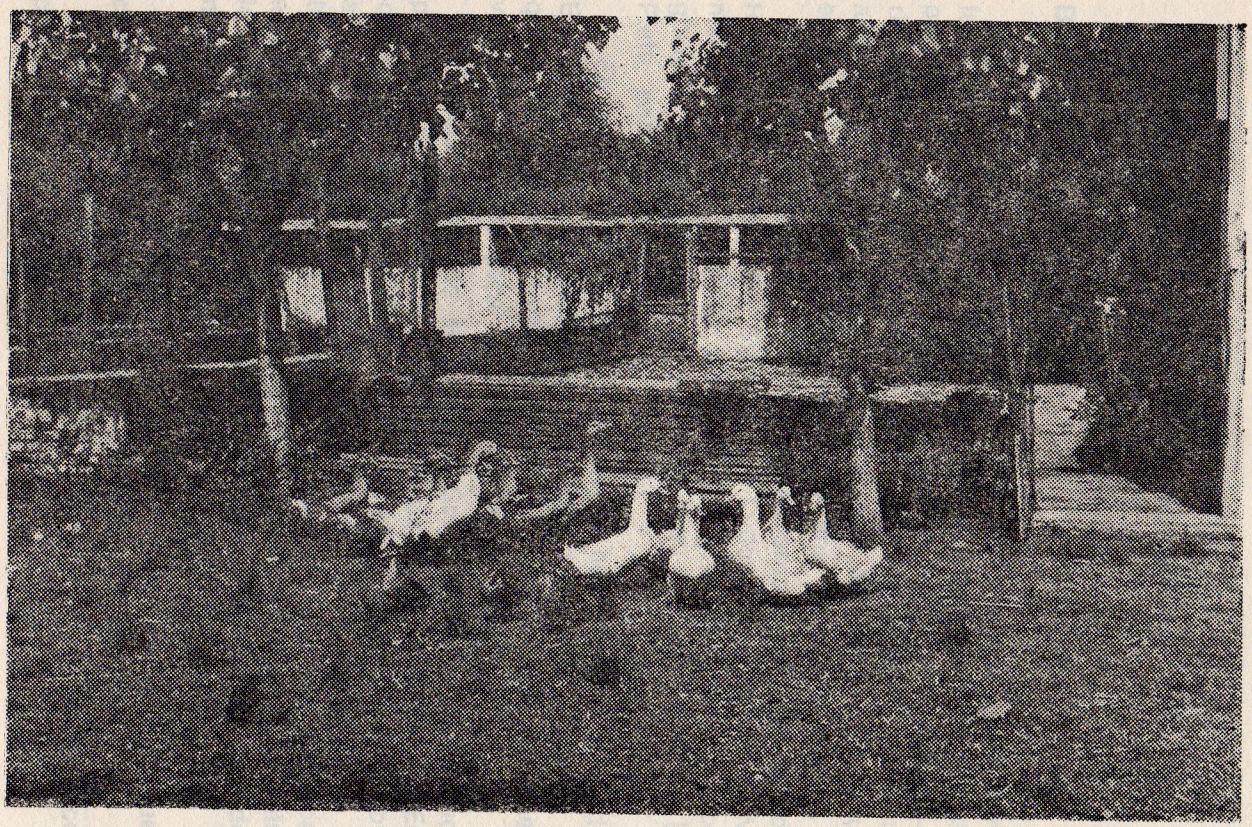
Al visitar a la hija de una prima, Elisa Mastrosa, evocaron un tema muy delicado: el deseo de la madre de Ludovica de que se casara y fuera así feliz, como si no hubiera muchos caminos para servir a Dios y al prójimo y ser así felices y realizados.

Sor Ludovica la escuchó con paciencia, pero pronto se dibujó en su rostro una sonrisa beatificante y pronunció estas palabras:

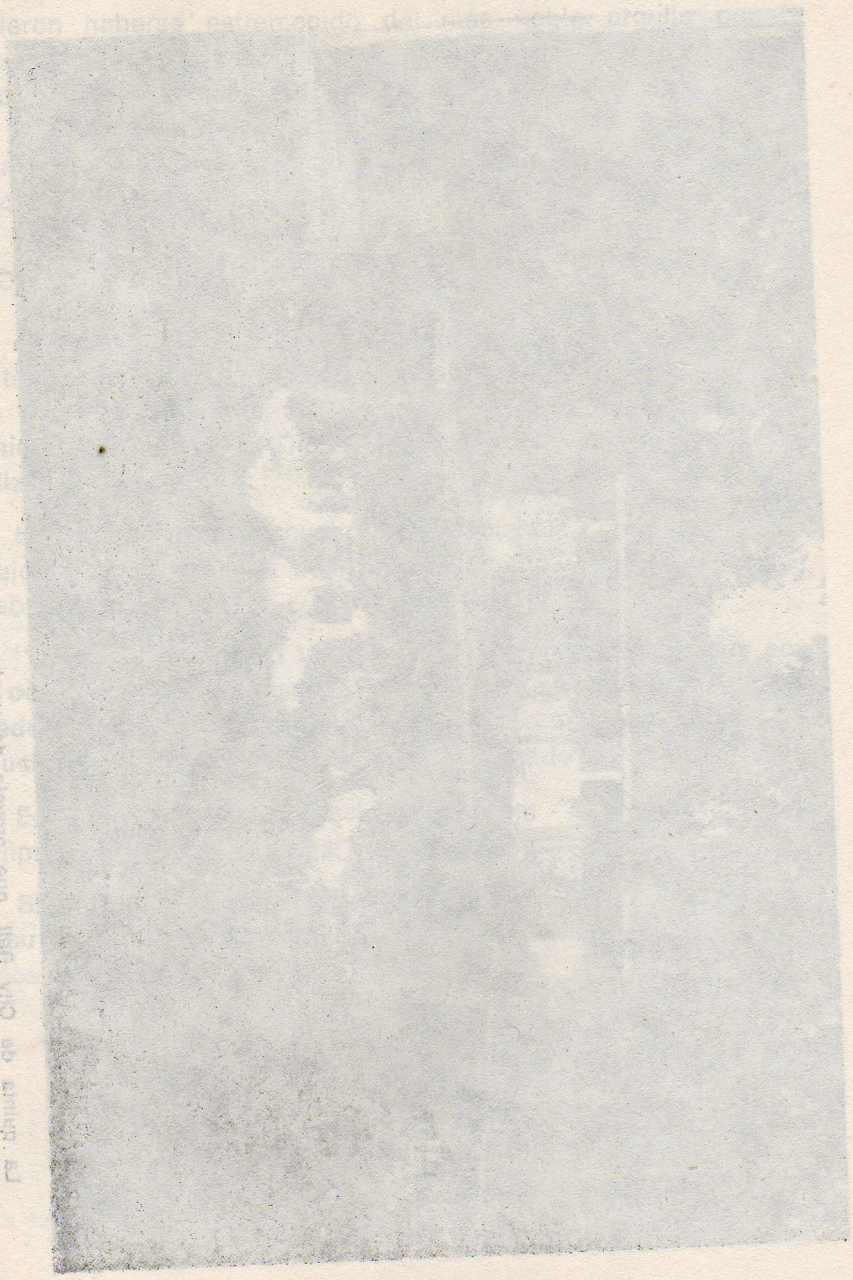
"Pero, ¿qué piensan ustedes? ¡Si supieran lo feliz que soy yo con mi vida religiosa! ¿Por qué no se hacen religiosas ustedes también? Yo soy mucho más feliz así, que si hubiera escuchado a mi mamá y me hubiera casado".

Esta pariente termina así su informe: "Sor Ludovica era siempre muy simple, serena y contenta".

Sí, Sor Ludovica era siempre feliz porque tenía a Dios en su corazón y palpitaba en su mente un racimo de gigantescos !DEALES de servicio y de entrega.



La quinta de City Bell, que proveía de verduras, frutas, aves, etc. para el Hospital de Niños.



13. — MONJA CHACARERA

BARBECHO EN ESPERA

A su regreso de Europa y como arrebatada por el sagrado fuego de brindar los mejores beneficios posibles para la recuperación de los niños convalecientes y raquíticos..., Sor Ludovica encaró en seguida el proyecto "SOLARIUM", como un anexo del Hospital de Niños, en el que abundarían sol y luz, el aire puro, atenciones especiales y una sobrealimentación.

El 16 de setiembre de 1937, de acuerdo con el director del Hospital, Dr. Alejandro Oyuela, Sor Ludovica se dirigió al Ministro de Obras Públicas para solicitarle, a través del Sr. Longhinotti, la cesión de una quinta en City Bell, a 8 Km. de La Plata, para la instalación del solario.

En mérito a móviles tan altamente humanitarios, el Poder Ejecutivo Provincial otorgó la quinta Nº 12 y, más adelante, la quinta Nº 13 por un total de 47.000 m^2., que anteriormente servían de pastadero para los caballos de la Policía.

Apenas alcanzado el permiso, Sor Ludovica, acompañada por Sor Juana Pastorino, se dirigió para ver las chacras. Encontró un sector baldío y otro sembrado con papas. Había allí un hombre. Sor Ludovica lo llamó y le preguntó si el terreno era suyo. El hombre le respondió que no. Entonces añadió Sor Ludovica: **"Buen señor, cuando termine de levantar la cosecha, no siembre más, porque este terreno ha sido donado al Hospital de Niños".**

Parece que algunos se burlaron un tanto de los arranques chacareros de la superiora y le decían con sorna:

—Este es un campo pelado, Madre... ¿Qué va a hacer con él?

—Ya verán ustedes lo que se puede hacer con esa tierra.

Y, poco a poco, el campo pelado, por arte de la magia del trabajo, se transformó en vergel y granja.

Inmediatamente se iniciaron los trabajos para levantar una vivienda con el confort necesario para el casero. Para ello aprovecharon los materiales de demolición de un sector de la Casa de Gobierno, recibidos en donación: maderas y tirantes. Una vez terminada la casa del encargado, se confió el cargo al Sr. Luis Pascoli, italiano, casado, joven de cualidades y promesas.

Se cercó el terreno con alambre tejido, se levantó un galpón para depósito y se preparó la tierra para la plantación de frutales. Al Sr. Galindo Grattoni, padre de una de las secretarias de la Superiora, se confió la responsabilidad de delinear y embellecer el parque.

Mientras tanto, las cosas estaban tomando un rumbo diferente y mucho más beneficioso para los niños raquíticos y mucho más conforme con las "Casas de Cura" que había admirado en la "Riviera Lígure". Había visto y comprobado que Punta Mogotes, de Mar del Plata, podría ser el lugar ideal para el proyectado solario; y ya había comenzado las tratativas para lograrlo.

Acertadamente Sor Ludovica no abandonó ninguna de las dos oportunidades y en seguida tomó la decisión de transformar los terrenos de City Bell en una quinta para hortalizas sanas y frescas y fruta abundante y en una granja para cría de aves y cerdos. De esa manera brindaría a "sus" niños huevos, pollos y embutidos de cerdo, todo de primera calidad.

MISION BAJO CARPA

Mientres las plantaciones de frutales y de árboles para el parque crecían y la construcción de la vivienda y del galpón progresaban, Sor Ludovica, como hija de la Iglesia y en común acuerdo con sus Hermanas, comenzó a ponderar el abandono

religioso en que vivían los chacareros vecinos y se preocupó por proveerlos de particulares atenciones. Si los niños enfermos merecen todo lo mejor para su recuperación, las almas enfermas, por las que Cristo derramó su sangre redentora, lo merecen mucho más, infinitamente más.

Los trabajos pastorales se distribuyeron en tres momentos: misiones populares, catequesis permanente y proyecto de una capilla.

Sor Ludovica se presentó al arzobispo de La Plata, Mons. Francisco Alberti, para manifestarle los problemas religiosos de City Bell, ofrecer su colaboración y la de las Hermanas para resolverlos y le pidió permiso para organizar una misión.

La misión estuvo a cargo del Padre Bienvenido Alvarez, S. J., con la plena cooperación de las Hermanas del Hospital. La falta de un local adecuado obligó a levantar una carpa.

Ese ambiente pintoresco, con resabios bíblicos y con todo su sabor funambulesco de risas y fiesta, atrajo la curiosidad y las simpatías de toda la población que se volcó masivamente a participar en los actos. Por la mañana, Misa y sermón; durante el día, visitas y bendición de las casas; por la tarde, catecismo y sermón.

La misión fue un acierto, y los mejores éxitos coronaron sus esfuerzos. Hubo bautismos entre los cuales los de un luterano y de su familia, cuya alegría luce en una estampa de la época; se realizaron matrimonios y regularizaciones y se prepararon niños para la Primera Comunión y la confirmación.

Como consecuencia de los resultados obtenidos, surgió la idea de levantar una capilla.

CATEQUESIS, FARO DE VIDA

La catequesis es la primera misión y la primera escuela de la Iglesia, y la comunicación de la verdad es la primera caridad que toda labor pastoral debe privilegiar.

Sor Juanita Pastorino, quien vivió largos años junto a la Superiora y gozó de su confianza, en su lozana ancianidad

sigue evocando con fruición su labor catequética al servicio de los niños de City Bell:

"Al principio había un salón y todas las tardes iban dos Hermanas a enseñar catecismo a los niños porque esa zona no tenía asistencia espiritual. Sor Ludovica las enviaba con bizcochuelos y sandwiches de milanesas preparados en la cocina del Hospital, porque los niños eran muy pobres e iban sin tomar la merienda. A fin de año tomaban la Comunión y ella rebosaba de alegría y alabanzas a Dios. Ver esa cantidad de niños que recibían a Jesús era vida para la Superiora. También se enseñaba canto y se organizó entre los niños un coro de ángeles".

UNA CIUDAD APADRINA UNA CAPILLA

La zona de City Bell carecía de todo signo religioso. Era necesario construir un templo donde la gente pudiera reunirse, orar, escuchar la palabra de Dios, recibir los sacramentos...

Se solicitó permiso del Poder Ejecutivo para levantar una capilla en uno de los ángulos de la chacra. Se trazaron los planos que fueron aprobados por la autoridad civil y paternalmente bendecidos por el arzobispo de La Plata el 13 de junio de 1938, día de San Antonio y fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Por eso la capilla se dedicó al "SAGRADO CORAZON DE JESUS".

Entre la sorpresa y la alegría de los habitantes, con extrema rapiz, el 1º de julio de 1938 se comenzaron los trabajos de excavación. Las dimensiones de la capilla son 30 m. de largo por 8 m. de ancho, incluyendo la sacristía.

El constructor de la obra fue Antonio Francese, quien no sólo era el hombre de confianza de la superiora, sino que también financiaba las obras que ella poco a poco iba pagando.

Pero quien corrió con todos los esfuerzos, sacrificios y trajines fue Sor Ludovica. Ella corría de una parte a otra para procurar materiales, buscar donaciones, solicitar el óbolo de unos y otros.

Su entusiasmo era arrollador y contagioso y muy pocos se le resistieron. Con vivo gozo tuvimos en nuestras manos una abultada carpeta en la que hemos leído los nombres y los aportes de las personas y negocios que brindaron su colaboración para la construcción de la capilla, embellecer sus altares, alegrarla con la campana y el armonio y equiparla con todo lo que fuere necesario. Por eso nos parece un deber de justicia y de gratitud proclamar que toda la ciudad de La Plata apadrinó la obra de la capilla.

ACONTECIMIENTO MUSICAL

En tiempo récord se construyó la capilla con materiales de primerísima calidad" (V. Bianchi) y se adornaron los altares con finos mármoles de ónix. Los gastos totales, prolijamente distribuidos en materiales y mano de obra, fueron $ 38.483,59.

El 7 de mayo de 1939 —¡menos de un año después de los comienzos!—, el nuevo arzobispo de La Plata, Mons. Juan Pascual Chimento, en medio de la alegría vecinal y la gozosa algazara de todo el Hospital de Niños, inauguró el nuevo templo. También asistieron muchos platenses para festejar "su" obra y ofrecerla a Dios. Naturalmente quien no cabía en sí por el gozo, era Sor Ludovica que con ese templo quería honrar al Sagrado Corazón de Jesús y brindarle, en nombre de los niños enfermos, el más santo de los homenajes.

Un testigo presencial, Vicente Bianchi, revive en su testimonio el orgullo y la alegría de todos. Le cedemos, pues, la pluma: "Algunos empleados, enfermeras y jóvenes formamos un coro bajo la dirección de la Hermana Anacleta que ejecutaba en armonio. Fue todo un acontecimiento musical. Los componentes del coro éramos todos entusistas aficionados; pero el resultado fue un afiatamiento digno de elogio. Una de las voces fue la del adolescente Roberto T. Speroni que llegaría a ser ilustre escritor y poeta".

En el año 1961, el templo pasó bajo la jurisdicción del arzobispado de La Plata, el cual, para brindar las más amplias

satisfacciones espirituales a los vecinos de City Bell, procedió a elevarlo a sede parroquial. El primer párroco fue el Padre José Dardi, virtuosísimo sacerdote y gran admirador de la obra de Sor Ludovica. El nuevo párroco, en una carta "le manifiesta su profundo agradecimiento por esa obra, exclusivamente «suya», y le ruega quiera continuar su tan preciosa y necesaria asistencia a la parroquia y a la feligresía".

DE CAMPO PELADO A VERGEL

La alimentación de los niños con productos sanos y frescos, fue una de las principales preocupación de la Superiora. Pero, ¿cómo? Como ella sabiamente tenía del hombre una visión integradora, no le fue difícil hallar la solución: utilizar el terreno de City Bell para huerta y granja. Así el Hospital de Niños tendría frutas y hortalizas frescas, sanas y a buen precio, y huevos y carnes de aves y de cerdo de "primerísima calidad".

Sor Ludovica, desde su niñez, tenía amplias experiencias en el laboreo de la tierra y en los cuidados de la granja. Tenía, además, entusiasmo y empeño. No le fue difícil encontrar un encargado que compartiera sus entusiasmos y se dedicara con responsabilidad a las tareas de la chacra. Muy pronto instaló un criadero de gallinas ponedoras y dos incubadoras en continuo funcionamiento.

Durante diecinueve años, cuenta un testigo, día por medio, iba personalmente a la chacra, y siempre regresaba con las canastas llenas de huevos y de hortalizas. Durante la temporada de los tomates preparaba la conserva para todo el año.

Aprovechaba el viaje para llevarse un grupo de niños a darse un paseo. Mientras ellos correteaban y retozaban por el campo, ella procuraba resolver los problemas locales. Pero también —como nos lo relata Ramón Castillo, uno de los protegidos de la Madre e idóneo en farmacia—, la Superiora, reviviendo sus experiencias infantiles, enseñaba a los niños a realizar trabajos livianos, como juntar huevos, recolectar to-

mates, desbrotar, dar vuelta a las batatas para que no se echaran a perder, ayudar en las faenas de los cerdos...

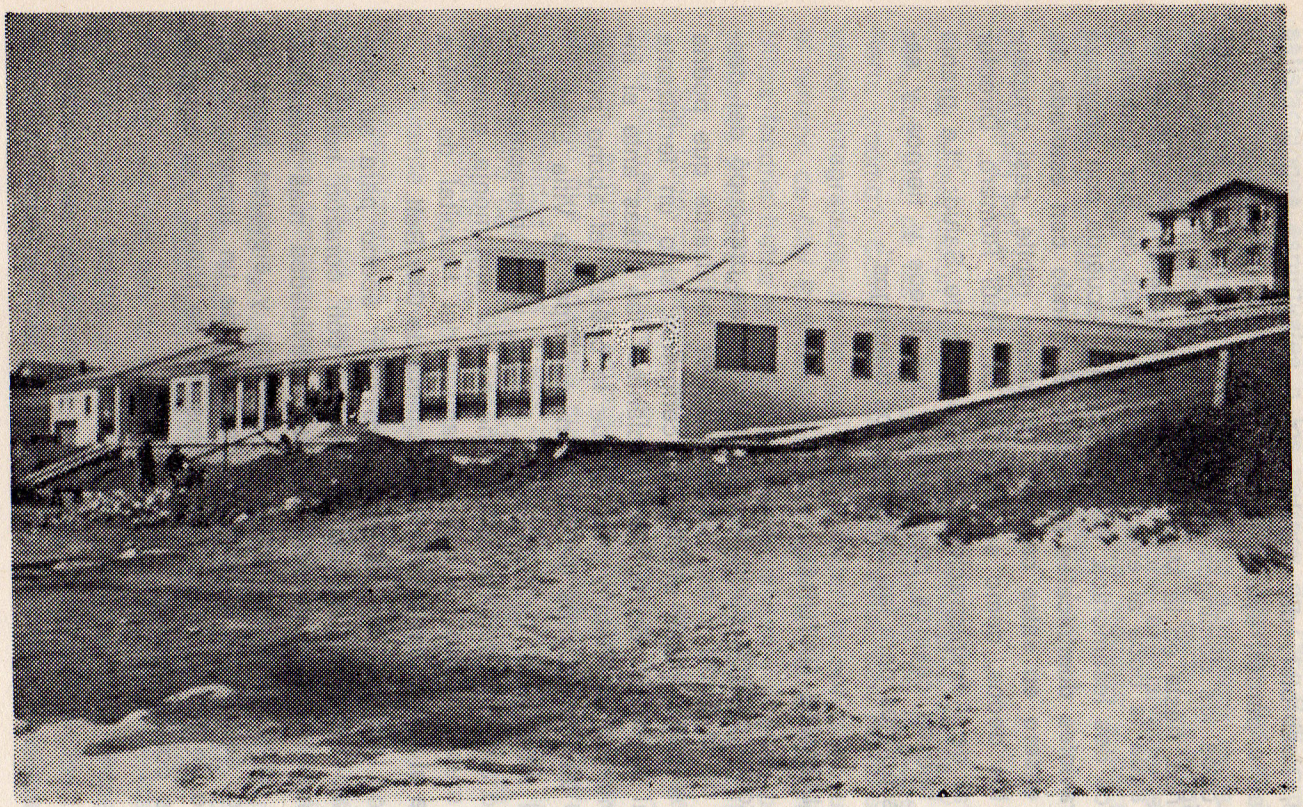
Todos los domingos del año eran fiestas del Señor y de los niños, fiesta en la Misa y en la mesa. A los testigos se les hace agua la boca al evocar las delicadezas de Sor Ludovica. Citamos dos testimonios. Ramón Castillo recuerda con añoranza **"los ravioles dominicales para todo el mundo con estofado de pollo casero en salsa casera".** Lo mismo repite, casi chupándose los dedos, como se dice, el Dr. Raúl Romero, Director General de Administración del Ministerio de Salud: "La granja daba huevos caseros para amasar los fideos y tiernos y sabrosos pollitos para las extras de los domingos".

FERTILIZANTE NATURAL

Como experta agrícola, la Superiora se preocupó del desgaste de la tierra y no buscó cualquier fertilizante que podría tener a largo plazo efectos cancerígenos, sino un fertilizante natural y barato. Se le ocurrió plantear las cosas ante el intendente de La Plata y pedirle que le cediera el abono proveniente de los caballos del corralón municipal de Villa Elisa.

El intendente, Dr. Hipólito F. Frangi, indudablemente complacido ante tan insólita petición hecha por una monja, autorizó "con mucho gusto" a que el camión del Hospital de Niños retirara el abono con destino a la quinta de City Bell.

Sor Ludovica no se avergonzó pedir abono para su chacra. Las humildes realidades, hechas con corazón noble, se empalman estupendamente con las actividades más elevadas. Quien sabe inclinarse hasta lo humilde y elevarse hasta lo excelso, ése puede dirigir los destinos de un imperio. Y el imperio de Sor Ludovica era el Hospital de Niños y el corazón de sus colaboradores.



"Hoy ese Solario San José, de Punta Mogotes, enorgullece a la ciencia argentina y en él obtienen mejoras notables y curaciones completas cientos de niños desahuciados con otros medios y en otras latitudes" (Dr. Carlos Boffi - Director del Hospital - 26/2/962).

14. — SOLARIO DE PUNTA MOGOTES: ORGULLO NACIONAL

DE UNA EXPERIENCIA A UN DESAFIO

Buscar lo mejor para los enfermitos del Hospital de Niños era, para Sor Ludovica, no sólo un programa de acción, sino una mística de servicio y el cumplimiento de la voluntad de Dios: **"Todo lo que ustedes hacen a uno de los míos, aunque fuere el más pequeño, a Mí me lo hacen"** (Mt. 25, 41). Para lograrlo, aprovechaba tanto las experiencias ajenas como las propias.

A su regreso de Italia, la Superiora enarboló ante el personal del Hospital y ante las autoridades provinciales la bandera de un "solario" o casa de cura, similar a los que había visto en la "Riviera Lígure".

El primer tanteo fue City Bell que poco a poco canalizó sus actividades hacia la producción de hortalizas y la cría de aves de corral.

La que puso a la Superiora en el caminos justo, fue su misma experiencia personal.

Debido a la extirpación del riñón, a pesar de que ella tratata de ocultarlo, su salud se había debilitado. Para recuperarse un tanto, por prescripción médica, fue obligada a tomar una breve temporada de descanso en Mar del Plata. Sintiendo en sí misma los beneficios del mar, del aire yodado y de los rayos solares, comenzó a pensar en los beneficios que sacarían los niños débiles, raquíticos, atacados por problemas óseos... Desde ese momento, gracias a Dios, descartó el intento de City Bell y se embarcó decididamente en el proyecto de un solario marítimo en Mar del Plata.

Sin embargo, antes de lograrlo, ¡cuántas tempestades y cuántos escollos! La lucha titánica, para vencer las resistencias, duró siete años. Sólo la voluntad tenaz de Sor Ludovica, arrebatada por una causa tan noble y sostenida por las oraciones de todos, pudo superar todos los obstáculos.

ESTACAS FLORIDAS

El planteo de un solario no sólo era interesante, sino también original, ya que no existía en el país un establecimiento semejante o no era debidamente aprovechado.

Nadie la podía ayudar con medios económicos, pero todos apoyaron calurosamente la idea. La Superiora tomó contacto otra vez con el Sr. Longhinotti, el cual en seguida le brindó su respaldo. No pudiendo ir él, tuvo la gentileza de enviar a su hijo..., para que la acompañara, junto con Sor Juana Pastorino, a Mar del Plata, y las ayudara a realizar los trámites ante el intendente de esa ciudad.

La memoria de Sor Juanita, a pesar de su ancianidad, se exalta al evocar esos acontecimientos. He aquí su testimonio.

El viaje era largo —¡casi 400 Km.!—; pero las Hermanas lo iluminaban y alegraban con fervorosas oraciones, con el fin de conmover el Corazón de Cristo. "Durante el viaje la Superiora decía a Sor Juanita: "Rece mucho para que el señor Intendente Municipal sea benigno con el gran pedido que le llevamos".

Planteando fines tan nobles y con el respaldo de la oración **—¡Todo es posible al que cree!** (Mc. 9, 22)—, los primeros trámites fueron todo un éxito. "Dios escuchó nuestras oraciones, porque el Sr. Intendente nos atendió con gran respeto y deferencia y nos brindó muchas cortesías. Nos cedió un auto con chofer para que hiciéramos todos los trámites necesarios en esos días".

Se indicó a la Superiora que eligiera un sitio entre el Puerto de Mar del Plata y el partido de Gral. Arenales (Miramar). Al pasar por el lugar que ocuparía el futuro solario, como inspirada, dijo: **"¡Aquí!".** La llevaron también hasta Miramar,

para que conociera otras posibilidades. Todo fue en vano. El lugar elegido era el mejor y no aceptó cambiar. Seguimos el relato de Sor Juanita:

"Fuimos hasta Punta Mogotes, donde estaban señalados los lotes con estacas. Al bajar del coche, la Superiora me decía: "Sor Juanita, fíjese dónde están los palitos que nos señalan el lugar donde levantar el solario. Se le veía el rostro gozoso. Una gran alegría inundaba su corazón misericordioso hacia los enfermos, los pobres, los desamparados, los sin familias".

Esas "estacas" poco a poco tomaron vida y florecieron en paredes, losas, pabellones..., y a su sombra se cobijaron y se recuperaron niños enfermos, poliomielíticos, desamparados...

ECONOMIA Y CREATIVIDAD

Los esfuerzos de tramitación fueron coronados por el éxito. El 28 de febrero de 1939, el Gobierno Provincial cedió al Hospital de Niños una fracción de cien metros de playa, entre el viejo Hotel Gamba y Punta Canteras.

Como impulsada por un resorte, Sor Ludovica, asesorada por el director del Hospital, encargó a un grupo de arquitectos amigos la elaboración de los planos, que debían adecuarse al lugar y a los fines específicos. Todo debía ser muy luminoso, muy funcional y muy acogedor. En los planos se debían aliar el abrigo natural de la saliente rocosa, la máxima apertura hacia la captación de los rayos solares y el respeto de la playa que debía ser parte integrante de la metodología y praxis curativa.

Una vez aprobados los planos, la Superiora se lanzó en seguida a buscar materiales y recursos, solicitando la colaboración de los platenses y de los bienhechores de Mar del Plata, y pidiendo con fuertes aldabonazos aportes oficiales.

Confió la ejecución de las obras a la maestría y solvencia económica del constructor Antonio Francese, quien una vez más abrió un generoso crédito a la Hermana y financió parcialmente las obras con su bolsillo.

También para esta obra, para ganar tiempo y dinero, Sor Ludovica soslayó la licitación y la encaró con contratación directa, depositando su confianza en la Providencia y en la comprensión de los bienhechores. Sin embargo, su audacia, que ahora todos ponderamos, no fue comprendida ni apreciada y costó a la Superiora más de un disgusto con ciertos gobernantes que creían que malversaba los subsidios y créditos otorgados por el Gobierno. Sor Ludovica, apremiada por las necesidades infantiles, no quería atascarse en una economía manejada por la burocracia; sino que soñaba con una economía iluminada por los superiores valores de servicio y lubricada por la creatividad y la colaboración solidaria.

CHOQUES DE INTERESES TURISTICOS Y COMERCIALES

Sor Ludovica puso en movimiento todo su dinamismo y la obra del solario comenzó a avanzar y las estacas a "florecer".

"La Superiora —escribe Sor Juanita— consiguió piedras y camiones de Obras Públicas que las trasladasen".

"La construcción comenzó a todo ritmo —testifica V. Bianchi—; pero, cuando estaba lista la estructura de hormigón", súbitamente las aguas se encresparon y se levantó una recia tempestad de protestas, denuncias, críticas, escándalos... que obligaron a paralizar las obras.

Los hoteleros de Mar del Plata, encabezados por el señor Peralta Ramos, dueño de la mayor parte de los terrenos de la ciudad, al saber que se levantaría un solario, alzaron sus gritos al cielo, porque "un establecimiento de ese tipo era perjudicial para sus intereses" y para la misma salud de los turistas. Los niños tuberculosos provocarían el contagio.

Los desechos, tirados al mar, infectarían las aguas. Todo el ambiente quedaría contaminado.

Los diarios de Mar del Plata, sostenidos por las actividades turísticas y comerciales, abrieron sus páginas a las denuncias y propalaron tan malas noticias. Concluye Sor Juanita con doloroso estupor: "Todos hablaban mal del solario y de la Su-

periora Ludovica. Los hoteleros acudieron a la Gobernación y obtuvieron eco, pues se dio la orden de suspender la obra".

Luis H. Velázquez, el primer biógrafo, fustiga con palabras duras la actitud de los hoteleros, en los que "se aliaba el egoísmo con la ignorancia".

Sin duda, el obstruccionismo de los hoteleros era injustificable; pero también debemos comprenderlo. El juego de intereses era muy grande y todos soñaban con una ciudad balnearia de nivel internacional. Sólo el tiempo, estudios más profundos y mayor madurez darían serenidad a sus ánimos y mesura a sus palabras y favorecerían la armonía recíproca, donde los sanos deben saber convivir con los enfermos y todos juntos disfrutar de los maravillosos regalos que Dios ofrece a todos en abundancia.

"EL DIABLO ANDA SUELTO"

La suspensión de los trabajos era una medida grave que no sólo paralizaba las obras y afectaba el prestigio de las personas involucradas, sino que también creaba preocupaciones en los obreros y en el constructor y hacía cimbrar la confianza de mucha gente.

Sor Ludovica, apenada pero, sobre todo, "mujer de mucha fe", reunió a las Hermanas que compartían sus ideales y anhelos, y les dijo: **"Hermanas, el diablo anda suelto, ¿saben? Todos los diarios hablan mal en contra del edificio que vamos a levantar por los pobres chiquitos enfermos. Debemos rezar todos los días, la jaculatoria: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío".**

Todo el hospital fue un clamor de oraciones: "Hermanas, enfermos y enfermeras rezábamos con mucho fervor. La Superiora hacía celebrar los primeros viernes una Misa al Sagrado Corazón por esta intención".

"La Superiora Ludovica tenía mucha fe y en los momentos de mayor contrariedad rezaba mucho y se mantenía serena". Alentaba a las Hermanas con estas palabras: **"El diablo**

rabia porque ésta es obra de Dios; se hace por el bien y por amor a Dios y al prójimo" (Sor Juanita).

El Padre Carlos Herrmann nos relata con profunda emoción: "La Superiora nos pidió que entre todos los enfermos y el personal rezáramos 1.000.000 de jaculatorias; y así lo hicimos. Cada día, luego del santo Rosario, rezábamos, cada día y cada uno, 30 ó 40 jaculatorias que, luego, contabilizábamos. Además, tengo la idea de que el decreto por el cual se saldaba la deuda con don Antonio, se firmó precisamente el día de la Fiesta del Sagrado Corazón. Tengo muy presente que todos la juzgamos una gracia especial".

Sor Ludovica no sólo movilizó a todos para que oraran, sino que también acudió al apoyo de sus amistades y "siguió bregando y recorriendo oficina tras oficina" (V. Bianchi). "Ella tenía la firme convicción de que el Sagrado Corazón no fallaría" (Sor Juanita). ¡Y no falló!

Finalmente, luego de titánicas luchas que duraron siete años y superadas mil barreras, la buena causa —la salud de los niños— triunfó y la fe de la Superiora y de todos los devotos logró la merecida recompensa. Al llegar a la Gobernación de la Provincia el Dr. Rodolfo Moreno, éste en seguida dejó sin efecto el decreto anterior de suspensión y se reanudaron las obras. "Al saberlo, la Superiora Ludovica lloró de emoción, alabando a Dios" (Sor Juanita).

"El solario se inauguró en el año 1943. Estaba edificado sobre la playa en dos alas y el lugar era magnífico" (V. Bianchi).

"La misma Superiora acompañaba personalmente en los viajes (400 Km. de distancia) a los chiquitos, acostumbrados a su presencia y a su dulzura. Una perfecta organización, natural a la disciplina que ella se había impuesto, hizo del solario el refugio para los indefensos y los debilitados, que encontraron, junto a la pródiga naturaleza y a los juegos, la asistencia médica y el calor del hogar. Sin embargo, eso no era todo. Sor Ludovica sabía que sanar el espíritu es más beneficioso que curar las enfermedades. Por eso, hizo construir una capi-

lla, casa de Dios y de la oración, que dedicó a San José" (Ana María Grattoni).

SIGNIFICADO HUMANITARIO Y CIENTIFICO DEL SOLARIO

El solario no sólo era una obra de magnitud, sino en muchos aspectos de avanzada, por no decir pionera. ¿Qué significado humanitario y científico podía tener? De los muchos testimonios hemos querido espigar tres de mayor relieve por su competencia profesional y de gobierno.

El Dr. Carlos Boffi, director del Hospital, el 26 de febrero de 1962, en el sepelio de Sor Ludovica, pronunciaba estas exaltantes palabras: "Hoy ese solario "San José" enorgullece a la ciencia argentina y en él obtienen mejoras notables y curaciones completas cientos de niños desahuciados con otros medios y en otras latitudes".

El Dr. Santiago Gorostiague, en el mismo acto del sepelio, ponderaba: "La construcción del solario nos muestra la imprescindible necesidad de contar con un lugar para el tratamiento del niño débil o raquítico o con afecciones ganglionares u osteoarticulares. Con la internación en el mencionado solario se benefician no sólo los niños de La Plata, sino de toda la Provincia de Buenos Aires y de otros lugares de la República".

El Dr. Carlos A. Bocalandro, ex Ministro de Salud de la Provincia de Buenos Aires, con toda su autoridad y competencia calificaba el solario de "OBRA MARAVILLOSA".

Lamentablemente, en los últimos tiempos, el solario ya no cumple funciones tan preclaras y específicas. Hubo replanteos administrativos y cambios de jurisdicción y de autoridades. Actualmente el solario funciona como jardín de infantes y escuela primaria.

LOS VIAJES DE LA "CAÑONETA"

El solario era un anexo del Hospital de Niños y Sor Ludovica era la responsable no sólo como administradora, sino también como impulsora y animadora.

Invariablemente viajaba dos veces por mes a Mar del Plata en un vehículo al que ella con nombre pintoresco llamaba "cañoneta". Vicente Bianchi, que la acompañaba como chofer, así nos relata: "Salíamos de La Plata a las 6 en verano y a las 7 en invierno. En el viaje, como siempre, transportábamos algunos enfermitos. La superiora se encargaba de repartir emparedados y café con leche. Al llegar a Mar del Plata, el chofer por orden de la Superiora almorzaba y descansaba un par de horas, mientras ella recorría las dependencias, dialogando con el personal y los enfermos. Terminado su almuerzo, la Superiora hacía llamar al chofer para trasladarse al centro de la ciudad, pagar a los proveedores y efectuar las compras necesarias para la quincena. De regreso al solario, a las 18 hs., aproximadamente, continuaba con sus tareas y, a veces, después de la cena, con la Hermana encargada repasaba lo realizado en el día. Vale decir que habían transcurrido 16 ó 17 hs. de incesantes trajines. ¡Ah! Y a veces, al día siguiente, ya a las 6 ó 7 de la mañana se emprendía el regreso a La Plata. Por esto debo decir que esta mujer gozaba de un físico privilegiado". En cambio, por otras fuentes sabemos que sufrió graves dolencias con secuelas y molestias que le duraron toda la vida. Por esto su secretaria, Ana M. Grattoni, nos dice que "la Madre trataba de esconder lo precario de su salud".

Tanto a la ida como a la vuelta, la "cañoneta" iba siempre cargada de niños. "A su regreso del solario —declara Sor Juanita que a menudo asistía a tan dulces escenas—, los niños venían tan robustos que sus familiares no los reconocían".

También disfrutaron de los beneficios y de las curas del solario seminaristas, médicos, enfermeros e hijos necesitados del personal que diversamente no hubieran podido lograr con sus propios medios.

He aquí un recuerdo personal del Padre Carlos: "Estuvimos en el solario dos seminaristas (al menos que yo conozca) y vivimos en él durante cuatro años uno y durante tres años y tres meses otro".

En alguna oportunidad el solario abría sus puertas a esos niños huérfanos o necesitados, que amparaba la Superiora. "Gracias al solario y a Sor Ludovica —escribe con alborozo Vicente Bianchi—, pudimos conocer Mar del Plata y gozar, siquiera por unos días, de sus playas".

PINCELADAS DE LUZ, GOZO Y VIDA

Durante la construcción del solario, la superiora se hospedó en alguna oportunidad en el vecino hotel Gamba, atendido por la familia. En el mismo hotel solía hospedarse Monseñor Miguel De Andrea, fundador de la Casa de la Empleada y gran luchador por la justicia social, el cual celebraba Misa todos los días en el solario.

Por su parte, el Sr. Gamba tuvo siempre particulares atenciones hacia la superiora, la apoyó en su titánica lucha y a veces daba una mano para resolver las urgencias imprevistas.

Del testimonio del Padre Carlos espigamos un racimo de otros hechos que enriquecen de luz y de gracia nuestra historia.

"Dado que los enfermos permanecían mucho tiempo internados y se retrasaban en el ciclo primario, la superiora se interesó y logró que en el mismo solario funcionara una escuela. Otro tanto existía en el Hospital de Niños.

"Como la mayoría de los internados éramos enfermos de huesos o necesitados del control radiográfico y de análisis de eritrosedimentación, por iniciativo de la superiora y a sugerencia de los médicos, se instaló un laboratorio de radiología y uno muy primario de sangre. La superiora decía que era muy importante que los chicos no perdieran quince o veinte días de sol y de playa para tener que sacarles una radiografía y para ello trasladarlos a La Plata.

"Demás está decir que la principal preocupación de la superiora era la atención espiritual de las Hermanas, del personal y de los enfermos; en especial ,la preocupación para la preparación de los chicos para la Primera Comunión, haciendo que el hecho fuera un verdadero acontecimiento, sin que faltara lo externo, lo

festivo, lo familiar. Cada niño, además de su vestimenta adecuada, recibía un regalo personal. Las Primeras Comuniones en el solario eran fiestas religiosas y familiares.

"Merced a la preocupación de la superiora y de las Hermanas por la vida espiritual, surgieron de entre las empleadas (dentro de lo que yo conozco) cuatro vocaciones religiosas: dos para Hijas de N. Sra. de la Misericordia y dos para otras Congregaciones".

ALBOROZOS O DESENGAÑOS

"Merece una mención especial la alegría que significaba para todos: Hermanas, empleadas, enfermos y el médico, la llegada de la superiora Ludovica

"Todos corríamos a recibirla. Se dejaba el almuerzo comenzado o el descanso luego del almuerzo, y todo el mundo salía corriendo. Las enfermeras quedaban impedidas de hacer observar el orden, porque el impulso y el cariño hacia la visita eran muy grandes...

"La superiora tenía un saludo para cada uno. A cada empleada le preguntaba sobre lo que, en el sentir de la superiora, la estaba preocupando. Luego de unos veinte minutos o media hora, las cosas volvían al ritmo normal, cuando la superiora sonrientemente nos decía que fuéramos a nuestros lugares...

"Ese afecto de los chicos y de los grandes hacia ella se palpaba más, cuando en algunas oportunidades llegaba la camioneta, pero **'no vino la superiora**...'. Las caras de todos denotaban el desengaño".

MARISCOS Y PEJERREYES

Mar del Plata no sólo es playa y arena, sino también puerto de pesca.

La Superiora aprovechaba la vecindad del puerto para procurarse canastas de pescados o mariscos frescos y baratos.

A ella le gustaba mucho el pescado y a la vez podía variar el menú del Hospital con esos manjares.

Sor Felicitas así la recuerda: "Al regresar a La Plata la superiora depositaba la mercadería en la cocina, ponía todas las empleadas en movimiento, les enseñaba a preparar el pescado y trabajaba con ellas. Una vez que todo estaba encaminado, salía para City Bell. Sor Ludovica era incansable: estaba siempre en actividad".

15. — INTERVENCION POR MALVERSACION DE FONDOS

Mientras Sor Ludovica estaba empeñada en sus peripecias edilicias, en sus viajes con la "cañoneta", en sus cuidados de la quinta y de la granja y, sobre todo, en sus desvelos maternales por su mundo infantil, desde la Dirección de Higiene de la Provincia había gente que estaba acechando sus actividades, tamizando sus cuentas y controlando cada uno de sus actos. Las circunstancias políticas eran un tanto turbulentas. No existían autoridades elegidas según la Constitución y el Gobierno de la Provincia estaba presidido por un Interventor Federal.

El Director de Higiente, Dr. Juan C. Martínez, presuntamente respaldado por un Acuerdo de Ministros del 5 de agosto de 1943, intervino la Administración del Hospital de Niños que, como sabemos, estaba a cargo de Sor Ludovica. Aparentemente era una medida de "carácter general' para todos los hospitales; pero, con evidente discrecionalidad, sólo se aplicó al Hospital de Niños. ¿Intrigas, tendenciosidad, saña persecutoria?...

SIETE ACUSACIONES

Primera acusación: las obras fueron construidas **"sin licitación"** en contra de todas las normas establecidas.

Segunda acusación: **independencia** en el manejo de los fondos sin control directo, aunque sí sometidos a la Contaduría General.

Tercera acusación: construcción de obras en **desacuerdo con el proyecto aprobado;** o sea, obras mayores a las proyectadas. El desacuerdo era de bulto y las diferencias eran notables. La obra proyectada y aprobada para el solario era a una planta con una superficie cubierta de 855,50 m2.; la obra realizada era a dos plantas con una superficie cubierta de 1.515,50 m2. Para

peor, la obra proyectada era una "construcción de tipo rural en madera"; la obra realizada era "en fábrica de mampostería". Este replanteo de la obra, sin duda justificadísimo, creó no pocas molestias y un interminable vaivén de expedientes entre Dirección de Higiene y la Dirección de Arquitectura para llegar, al fin, a "efectuar nuevos planos de relevamiento".

Cuarta acusación: la diferencia entre lo proyectado y lo realizado obliga a **mayores erogaciones** en las partidas fiscales.

Quinta acusación: "De las inspecciones realizadas "prima facie" aparecen **malversados los fondos** asignados por los presupuestos provinciales".

Sexta acusación: la malversación **"viene de varios años atrás"**, dado que sumas considerables de los presupuestos se han invertido y se invierten en las construcciones".

Séptima acusación: hubo **transgresiones legales.**

Las acusaciones del Director de Higiene no fueron retóricas sino que cuajaron en una serie de medidas graves e inmediatas:

(1) Intervención a la Administración del Hospital de Niños, donde fueron emplazados un nuevo administrador y dos contadores interventores.

(2) Denuncia y derogación unilateral del contrato celebrado en el año 1924 entre el Poder Ejecutivo Provincial y la Congregación de las Hijas de la Misericordia. Era un abuso patente, ya que no hubo ni aviso ni preaviso como correspondía hacerlo, ni análisis de los hechos incriminados para, en lo posible, subsanarlos, ni promesa de indemnizaciones morales y materiales. Las Hermanas deberían ser arrojadas, "de patitas", en la calle, después de 60 años de servicio...

(3) Molestias y perjuicios sin fin para todos los que trabajaron en las obras, especialmente para el constructor Antonio Francese.

BACHES Y OLVIDOS

El Director de Higiene no tuvo en cuenta toda la realidad y su apresuramiento lo hizo caer en baches y olvidos y cometer errores que difícilmente pueden justificarse.

La pomposa declaración de que "toda esa obra del Hospital de Niños de City Bell y solario se realizó con fondos del Estado y provenientes de la Nación, de la Provincia y del Municipio", era casi una mentira ridícula, cuando todos sabían que, para recaudar fondos con que costear las obras, además de los aportes oficiales, se hicieron rifas, festivales, bonos... y se buscaron doquiera donaciones.

También era pólvora de fogueo afirmar que "se trataba de una medida de carácter general", cuando "UNICAMENTE", como refutan los defensores, se intervino la Administración del Hospital de Niños, mientras "al Hospital Policlínico se agregó un administrador a la labor de la superiora y al Hospital San Juan de Dios —cuyo director era hermano de un alto funcionario del diario "EL DIA", al que se temía— no se lo molestó absolutamente para nada". Hay, pues, tendenciosidad y sectarismo.

El Director de Higiene no tuvo en cuenta las anteriores autorizaciones del Gobierno Provincial: "Aprobaciones de proyectos y cuentas, las normas y modalidades de financiación de las obras" que merecieron las públicas alabanzas de los funcionarios anteriores.

Lo más grave fue soslayar el contrato existente desde el año 1924 entre el Gobierno Provincial y la Congregación de las Hijas de la Misericordia. Esta "desprolijidad" pudo haber provocado situaciones de conflictos inútiles y perjudiciales para todos.

DEFENSA Y DESCARGOS

No vamos a refutar las acusaciones con palabras nuestras, sino con las de los documentos oficiales, demostrando así que todo fue una maraña de falsedades.

A la primera acusación de construir obras "sin licitación", contestamos proclamando que el mismo Ministerio de Obras Públicas, desde el año 1939, había autorizado la contratación directa entre el Hospital de Niños y el constructor A. Francese.

A la segunda acusación de autonomía en el manejo administrativo, contestamos reproduciendo la primera cláusula del

contrato entre el Gobierno y las Hermanas: "Las Hermanas son las únicas responsables de todo el movimiento administrativo y económico del Hospital. Por consiguiente no admiten administrador". (Evidentemente, a fin de año, las Hermanas sometían el balance a Contaduría General).

A la tercera acusación de hacer obras más sólidas y más amplias que las proyectadas, podríamos responder con un estupendo aplauso por la audacia y modernidad. Pero todo lo actuado queda avalado por las palabras del Dr. Alejandro M. Oyuela, director del Hospital: "Efectuamos modificaciones a los planos anteriores del solario y seguimos nuevos planos por imperiosas razones de constitución del terreno, ampliaciones...". (En buen romance, una cosa es proyectar para lugares llanos y otra cosa es proyectar para lugares con salientes y barrancas...).

A la cuarta acusación de mayores costos por mayores ampliaciones, contestamos con palabras del propio Ministerio de Obras Públicas: "Las obras se ejecutan no con fondos oficiales, sino con fondos que obtenga el Hospital de Niños por medio de colectas, subsidios, suscripciones y rifas... También los pagos se hacen según las posibilidades", lo que es una medida muy ventajosa.

A la quinta acusación de malversación de fondos, le negamos sentido, ya que se hicieron —y con los debidos permisos— obras mayores y mejores y más beneficiosas para todos. Por otra parte, "todo ha sido alentado y aplaudido por todos los gobernantes". Las carpetas que poseemos no son más que una trayectoria de obras y de aprobaciones.

A la sexta acusación de malversación de fondos y de petición de informes administrativos desde el año 1930 a 1943, respondemos con esta constancia: "Las cuentas de las partidas de gastos y obras ejecutadas en el Hospital de Niños y en sus dependencias, fueron aprobadas por Contaduría General y Tribunal de Cuentas hasta el año 1942 inclusive".

A la séptima acusación le negamos sentido ya que todo se ejecutó a la luz del sol y en armoniosa colaboración y aprobación del Gobierno Provincial, y para beneficio de todos.

MODALIDAD SANA Y HONESTA

Los vaivenes de acusaciones, inspecciones y descargos debieron amargar muy mucho a la pobre Sor Ludovica y desvelar sus sueños. Pero ella lo tomó con la serenidad de tener la conciencia tranquila y como una prueba que el Señor le enviaba para purificar su alma. No levantó la voz en quejas ni en protestas, sino que siguió su ardoroso ritmo de trabajo y de oración, esperando que el vendaval se aplacara y llegara la luz. Y la luz llegó a través de la defensa y exaltación de sus colaboradores:

"La superiora, Sor María Ludovica, es una INSTITUCION en La Plata. Ha trabajado como una hormiga. Su actividad, su bonhomía y eficacia son del dominio público. Todas las familias la quieren y respentan, porque conocen su destacada obra de VERDADERA CARIDAD CRISTIANA.

"Goza de un gran crédito y, haciendo uso de él, mantiene al Hospital de Niños bien provisto de todo. Su previsión ha hecho que en estos momentos sea el único instituto que tiene y utiliza elementos que escasean o faltan en los SANATORIOS, con los cuales puede competir con ventaja.

"La MALVERSACION, de que hace mérito el Director de Higiene, constituye una modalidad sana y honesta de la superiora, que ha sido tolerada, alentada y aplaudida por todos los gobernantes —sin distinción de credo político— desde 1924 hasta fines de junio de este año 1943.

"Dicha MODALIDAD consiste en comprar directamente todo lo necesario, almacenar lo más posible para evitar contingencias desagradables; obtener donaciones, muestras gratis de específicos en cantidad; organizar rifas y aceptar dádivas en dinero y en especie de los familiares de los enfermos que son atendidos con cariñoso esmero. Todo ello, como es lógico, acrecienta el haber mensual y produce sobrantes en la partida general de gastos.

"Ese sobrante —con el calificativo de **economías**— la superiora emplea en el pago de MEJORAS introducidas y ampliaciones efectuadas en la edificación que redundan en mayor comodidad para los pacientes y el personal del servicio hospitalario; y sig-

nifica, sobre todo, una nota simpática y de gran VALOR MORAL Y MATERIAL para la Provincia de Buenos Aires, cuyo Gobierno atiende, en esa forma, un aspecto importante de la asistencia social.

"Así con sobrantes de partidas, adquisiciones económicas o gratuitas de material, rifas, donaciones..., se ha construido un SOLARIO, en Mar del Plata, para niños débiles y enfermos —que aún no se ha terminado de pagar— y una CAPILLA en City Bell, donde se cultiva una quinta FISCAL que provee todo el año verdura fresca y sana a la cocina del Hospital, con cuyo presupuesto se cubren todos los gastos de Administración.

"El GENERAL GALLI —que es toda una autoridad— actual Presidente del Departamento Nacional de Higiene— ha podido decir y ha dicho que el Hospital de Niños de La Plata, más que un ORGULLO PLATENSE, es un ORGULLO NACIONAL, desde que está montado y mantenido como el mejor de los SANATORIOS DEL PAIS".

DOS TRIUNFADORES PARA UNA SOLA CAUSA

Entrar en los enredos burocráticos es siempre urticante y doloroso, aun teniendo razón, porque engendra sospechas y recelos.

Por esto, nos parece un deber destacar que las palmas del triunfo no sólo lo merecen Sor Ludovica, las Hermanas, el personal del Hospital, sino también muchos otros colaboradores, de manera peculiar el constructor Antonio Francese, cuyo dinamismo profesional y "aguante" en la percepción de sus derechos lo señalan como una luminosa estampa al servicio de la causa común: el bienestar de los niños, la alegría de las familias y el progreso de la patria.

Cedemos la pluma a la palabra autorizada del Dr. Alejandro M. Oyuela, director del Hospital de Niños, en ocasión de la inauguración del solario:

"...No contábamos con fondos para construir el solario. Era necesario financiar la obra. Sólo la acción tesonera, el empeño, la energía, la actividad y hasta el sacrificio de la gestora de este

solario, nuestra Hermana Superiora, Sor Ludovica, religiosa compenetrada ampliamente de la función humanitaria que le incumbe, fueron capaces de solucionar este serio problema. Pero ella encontró en el constructor Don Antonio Francese, hombre altruista de sentimientos generosos y nobles un eficaz e imprescindible colaborador, pues se comprometió a edificarnos el solario, adelantando los fondos necesarios, que serían reembolsados cuando y como pudiera el Hospital, según rezan los términos del contrato firmado con la dirección del mismo. Este compromiso significa para él el sacrificio de su bienestar personal, pues debo señalar que el señor Francese, de posición económica desahogada, se había alejado, con todo derecho, de su actividad de constructor".

COLETAZOS ILUSTRATIVOS

Al decretarse la intervención administrativa, las Hermanas tuvieron que desentenderse del control de las cosas, y dejaron en las salas las llaves de la despensa, roperos, vitrinas con remedios e instrumental de urgencia.

Muy pronto, mientras duraba la intervención, se advirtió la falta de cosas de la despensa, roperos y vitrinas y se asomó el rostro huesudo del desabastecimiento...

Si, el hombre es bueno; pero, si vigilado, es dos veces bueno...

Una vez comprobada la falsedad de las acusaciones y ante las falencias de la intervención, se le pidió a la superiora que retomara la administración.

Entonces ella, sincerando su corazón, declaró que esa intervención fue una ofensa muy grande, no para ella "pobre ignorante", sino para la Iglesia y la Congregación. Para que ella reasumiera el cargo, era necesaria una reparación. Esta consistió en un acto en que el Sr. Ministro la puso nuevamente en sus funciones.

La verdad y la dignidad siempre corrieron parejas.

16. — ENTREVEROS BUROCRATICOS

A LA CAZA DEL TESORO

Las acusaciones del capítulo anterior dolieron mucho a Sor Ludovica y a todas las Hermanas. Sin embargo, las cosas eran tolerables, porque estaban de por medio el bien y el progreso del Hospital de Niños.

Pero la acusación de enriquecimientos ilícitos debió doler mucho más a la superiora tanto por la injusticia como por herirla en uno de sus compromisos religiosos. Justamente a ella, que había hecho voto de pobreza, un Interventor Federal la acusó de haber comprado un chalet. Nos relata el bochornoso episodio Luis H. Velázquez:

"En cierta ocasión llega a la Provincia un Interventor Federal. A través de su secretario hace llamar a la Madre Ludovica a su presencia. Esa mañana ella debía partir en la camioneta a Mar del Plata para realizar la inspección mensual del solario, pagar al personal y dejar internados, para su curación completa, a varios enfermitos que la acompañarían. En su lugar envía a otra Hermana.

"Mientras la conducen a presencia del Interventor, ella va feliz pensando si habrá llegado a oídos de las autoridades, cuanto se ha hecho y cuanto falta aún por realizar, y si habrán resuelto prestarle una colaboración decidida.

"Pero, con gran asombro, se siente interrogada sobre el enriquecimiento de la Congregación religiosa y la compra de un chalet a su nombre particular... ¡Gente malévola ha sembrado la intriga y la insidia!

"Es cierto que en sus luchas se ha llevado por delante, con tal de hacer el bien, tantos prejuicios estúpidos y tantos intereses

creados; sin embargo, jamás hubiera supuesto que esgrimieran esta clase de armas alevosas contra su acción.

LLORAR, REIR O PORFIAR

"Al principio, la Madre se siente indignada y casi se deja llevar por su santa ira. ¡No! Debe contenerse! Sonríe piadosamente, perdonando. Son muchos los extraviados. Entonces sus palabras severas y admonitorias, en su dialecto tan pintoresco, se deja oír en el despacho suntuoso.

"Yo no entiendo de leyes —le dice—. Trato de hacer el bien que puedo a los demás. Pido todos los días y a todo el mundo para el Hospital y los enfermitos. No para mi Congregación, pues tenemos jurado voto de pobreza. Todos nuestros bienes son los hábitos que llevamos puestos. ¿Usted, señor Interventor, no tiene en sus manos los resortes para averiguar dónde están las propiedades que he comprado para mí?... Me gustaría conocerlas... ¿No le basta tocar un timbre y hacer que se investigue?...".

"El gobernante ha cambiado de color. ¿Cómo ha podido errar así? Madre Ludovica expresa que, aunque es vergonzoso dejarse llevar por los chismes y habladurías, comprende que el señor Interventor tal vez no sea culpable. Toda obra buena tiene sus detractores y enemigos. En esta ocasión han llegado muy alto con la maldad, para hacerle caer por error. ¡Tentaciones del demonio! ¿Por qué le han informado tan mal?

"Su Excelencia quiere disculparse en medio de su zozobra. Pero ya no podrá olvidarse de aquella humillación que ha soportado como castigo y de aquel injusto agravio que ha inferido a un alma tan pura".

UN SOLO CUERPO FIRME E INDIVISIBLE

El Sr. Raúl Romero, Director General de Administración del Ministerio de Salud, gozó "de la dicha de contar con la amistad y confianza de Sor Ludovica", y nos va a relatar los dos episodios siguientes.

"Durante la Gobernación de Mercante se relevaron de su cargo a todas las administradoras religiosas de los hospitales: Policlínico, San Juan de Dios, Casa Cuna, Melchor Romero... y en su reemplazo se nombraron civiles. No tengo autoridad para juzgar el resultado; pero sí puedo testimoniar que la única administración que quedó en manos de una religiosa fue la del Hospital de Niños y no precisamente porque Sor Ludovica lo solicitara ni porque las Superioras Mayores hubieran intercedido, sino simplemente porque, de Ministro para abajo, a nadie se le hubiera ocurrido pensar que la Hermana Ludovica podría dejar el cargo y sus funciones, ya que la Hermana y el Hospital formaban un solo cuerpo, firme, íntimo, indivisible, que ni aún la muerte pudo separar, ya que la ausencia material de la Gran Superiora es cubierta por la presencia espiritual de su obra, para ejemplo de la posteridad".

"YO NO ENTIENDO NADA"

"Ya confirmada en el cargo de administradora, la Hermana Ludovica concurre con los restantes administradores sanitarios de La Plata a una conferencia que darán en el Ministerio los funcionarios de la Dirección de Administración, presentando el Régimen Administrativo y Contable.

"Por coincidencia, me siento al lado de Sor Ludovica quien aparenta prestar atención a las explicaciones de los "genios contables"; pero veo un pequeño movimiento de sus dedos, medio ocultos entre los pliegues de su hábito. Está rezando y va corriendo las cuentas de su rosario.

"Terminada la conferencia por cierto bien pesada: inventario codificado, partidas de crédito, imputaciones preventivas y definitivas, órdenes de compra, registro de proveedores, de pago, de liquidaciones y cantidad de requisitos más... trato de animar a la Hermana con palabras adecuadas; pero con total sencillez y con la mayor franqueza ella me responde:

—Querido Don Romero, ¡non ho capito niente! ¡No entendí nada!

—Pero, Hermana, ponga atención: ¡el nuevo régimen es obligatorio para todas las administraciones!

—Sí, ya sé... ya sé. Pero yo tengo quien se ocupa de estas cosas. Y, sin agregar más palabras, veo que acaricia con su mano el Crucifijo que tiene sobre el pecho.

"No me animo a emitir opinión sobre este asunto tan delicado, ni puedo imaginarme a Cristo haciendo los registros contables. Lo que sí puedo asegurar es que en más de veinte años posteriores a ese momento, la administración del Hospital a cargo de la Hermana Ludovica siguió siendo perfecta hasta en los más mínimos detalles. ¿Hasta dónde podrá llegar el poder de la oración?".

¿ESTAMPITAS O MONEDITAS?

Mientras el Interventor Federal acusaba a Sor Ludovica de enriquecimiento, los familiares italianos la acusaban de poca sensibilidad ante sus necesidades.

Durante esos años, la Segunda Guerra Mundial estaba llevando lutos y desastres a las naciones. Los hermanos y sobrinos de San Gregorio estaban padeciendo bastante estrechez.

Sor Ludovica periódicamente les escribía enviándoles noticias y saludos y alentándolos en sus dificultades. Les enviaba también estampas. Pero ellos hubieran deseado alguna ayuda material. Por esto su hermano Genuino se quejaba diciendo que "tenía una hermana en América que le enviaba estampitas, pero no moneditas".

Sor Ludovica, que ya ayudaba a muchos, con los debidos permisos, hubiera podido enviar alguna ayuda; pero las preferentes atenciones y cuidados del Hospital de Niños se lo impidieron.

La queja del hermano, de por sí injustificada, es un testimonio elocuente del desprendimiento religioso de Sor Ludovica, de su delicadeza de conciencia en el manejo del dinero y de su totalizante entrega al servicio de "sus" niños enfermos.

CONFLAGRACION MUNDIAL Y COMPRAS DE A FARDOS

Ver, prever y proveer es la síntesis de toda sabiduría de gobierno y Sor Ludovica la poseía con creces.

Al intuir que la locura humana desataría otra vez los horrores de la guerra, previó en seguida la carencia de productos medicinales. Y, como con la salud de los niños no se debe jugar nunca —¡tampoco con la de los grandes!—, corrió en seguida a comprar fardos de gasa y algodón, jeringas hipodérmicas, anestésicos, desinfectantes, remedios importados... cubriendo la enorme demanda por largo tiempo. Así pudo aguantar los cinco años de conflagración, sin que faltara nada a sus enfermitos.

La administración de Sor Ludovica no era egoísta ni cerrada, sino abierta y generosa. Ella guardaba y cuidaba, pero sabía comprender y dar. Así lo testifica Vicente Bianchi en el caso de la tragedia sanjuanina del año 1945: "Otra muestra del trabajo de hormiga que practicaba Sor Ludovica, se demostró después del trágico terremoto de San Juan. El Hospital de Niños de La Plata mandó al lugar del desastre más suero antitetánico, antigangrenoso y antidiftérico que la Dirección General de Hospitales de la Provincia".

Año 1949. Con motivo de la Canonización de la Fundadora Santa María Josefa Rossello; el S. P. Pío XII, recibe en audiencia junto a otras hermanas y Frailes Franciscanos menores a Sor María Ludovica.

17. — AÑOS DE PLENITUD

MAXIMA GLORIFICACION ECLESIAL

Para Sor Ludovica y para todas las Hijas de la Misericordia, el año 1949 fue un año de gozos profundos, solemnes celebraciones, renovados compromisos y apremiantes desafíos.

El 12 de junio de 1949, su Madre y Fundadora fue canonizada, o sea, fue proclamada santa: SANTA MARIA JOSEFA ROSSELLO.

¿Qué significa canonización?

Los santos son santos, desde cuando vuelan al cielo, a la casa del Padre, al encuentro con el AMOR. No necesita de alabanzas, ni de halagos, ni de títulos, ni de fiestas En cambio nosotros, por un sinfín de razones telógicas, pastorales y pedagógicas, necesitamos verlos coronados con esos fulgores o coronas de gloria eclesial.

Por cierto, lo que hace al santo es su interioridad: su vida en gracia, su unión con Dios, su disponibilidad radical, su entrega al servicio del prójimo. En cambio, nosotros necesitamos de esas manifestaciones exteriores, para que nos sirvan de recuerdo y aliciente, de ejemplo y acicate, de exaltación por el carisma y desafío de imitación.

A través del minucioso proceso de canonización, la Iglesia estudia la vida y las virtudes de los siervos de Dios, sus méritos y obras, su valor y su significado, la mística que insufló sus ánimos y guio sus actividades.

Los fines son múltiples. En los santos y siervos de Dios, proclamamos las MARAVILLAS de Dios, sus OBRAS MAESTRAS. En los santos y siervos de Dios ponderamos a los mejores hijos de la Iglesia y a los más altruistas bienhechores de la humanidad.

En la vida de los santos y siervos de Dios unificamos en síntesis armoniosa su consagración a Dios y su servicio al prójimo.

Por esto la Iglesia, Madre y Maestra, propone a los santos como modelos de vida para todos los creyentes, ejemplo de perfección moral y de entrega generosa. Todo santo es, pues, una luz que ilumina el sendero de la vida y un estímulo para recorrerlo.

Más aún, si los santos han fundado alguna institución, como Santa María Josefa Rossello fundó a las Hijas de la Misericordia, las razones para honrarlos y celebrarlos se multiplican. La glorificación eclesial es reconocimiento no sólo de su santidad, sino también de su carisma, de la perennidad de sus IDEALES, de la actualidad de su mensaje; y es un poderoso llamado para que muchas otras almas, inquietas y sedientas, se cobijen bajo su bandera y sigan sus huellas.

UN MILAGRO EN LA PLATA

Si todas las Hijas de la Misericordia se regocijaron por la canonización de la Madre, de manera peculiar saltaron de júbilo las Hijas de la Misericordia de La Plata, porque justamente allí se realizó el primer milagro que impulsó el proceso de canonización.

Sor María del Espíritu Santo ejercía el magisterio en el colegio de la Misericordia de La Plata. En su juventud sufrió dos hemoptisis que la debilitaron mucho. A los treinta y dos años le sobrevinieron fuertes dolores en los riñones e intestinos. El diagnóstico era fatal: la Hermana estaba atacada de tuberculosis renal de avanzada gravedad. No se podía hacer nada. La debilidad de la enferma no permitía operación alguna.

Pidió los sacramentos y en medio de violentas fiebres de hasta 42 grados se preparaba para el tránsito supremo.

Las cohermanas iniciaron una novena a la Madre Fundadora y, al terminarla, los dolores de la enferma desaparecieron, los colores volvieron a su rostro, retornaron el apetito y las fuerzas La Hermana se levantó y reanudó su vida de comunidad, súbita y perfectamente curada.

JUNTO AL PAPA PIO XII

En ocasión de la canonización, toda la congregación de las Hijas de la Misericordia se movilizó para participar.

Entre las delegadas argentinas fue elegida también Sor Ludovica quien, como de costumbre, aprovecharía el viaje para establecer contactos con clínicas y laboratorios y traer mucho material sanitario al país.

Sor Ludovica retomó el barco, descendió en Génova, subió al tren y se dirigió a Roma. El 12 de junio de 1949 la plaza de San Pedro fulguraba de colores y de animación: estandartes, banderas, música, canto, marejadas de blancas tocas de Hijas de la Misericordia, innumerables multitudes de devotos y peregrinos...

En el interior de la basílica de San Pedro el ingreso del Papa Pío XII, en la majestad de la silla gestatoria, fue recibida por una explosión de aplausos y gritos jubilosos, mientras gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de muchos.

Pío XII, con su infalible autoridad, proclamó santa a María Josefa Rossello; es decir, proclamaba que ya gozaba de la bienaventuranza eterna y que su vida era un ejemplo para todos y su obra tenía la rúbrica del Espíritu de Dios.

Las celebraciones se sucedieron en todas las casas del instituto en una dulce porfía de exaltación de la Fundación. Sin embargo, uno de los momentos más bellos fue la audiencia de las Hermanas con el Papa Pío XII. Cada una anhelaba acercarse al Papa, besar su anillo, pedir su bendición, hacerse sacar una foto junto a él.

También Sor Ludovica, como todas, pugnó por acercarse al Papa, pedir sus bendiciones y sacarse una foto junto a él porque ella, más que ninguna, llevaba sobre sus hombros y en su regazo la carga de congojas, temores y esperanzas de todos los niños enfermos. Ella sería la portadora de sus bendiciones para con ellos y sus madres.

Nos gusta imaginar que el Papa haya preguntado a las hermanas el país de origen y, al oír de los labios de Sor Ludovica el nombre de Argentina, nos parece que el Papa, quien como cardenal había presidido el magno acontecimiento del Congreso Eu-

carístico Internacional de Buenos Aires en el año 1934, haya experimentado momentos de nostalgia y profundos estremecimientos de gozo.

"SEMBLANZA DE UNA RELIGIOSA INOLVIDABLE"

En el año 1950, Sor Ludovica ya había cumplido más de 40 años de asidua y fervorosa labor para el bienestar de los niños y el progreso del Hospital. Su personalidad y su capacidad ya habían echado hondas raíces en el cariño y en la consideración tanto del personal del Hospital como de la población de la ciudad.

Como fruto maduro de esa admiración, Luis Horacio Velázquez preparó un esbozo biográfico de Sor Ludovica y le dio el título de "SEMBLANZA DE UNA RELIGIOSA INOLVIDABLE".

El relato es breve —apenas 36 páginas—; pero palpitante de vida, y tanto agradó que la Asociación Gremial de Profesionales y Practicantes lo apadrinó y prologó.

Desde el Ministro de Salud Pública, Dr. Carlos Bocalandro... hasta el último peón de maestranza, todos aplaudieron la iniciativa, a excepción de la propia biografiada Sor Ludovica. Ella era esquiva de los honores por naturaleza y por virtud. Sus criterios de acción eran: hacer el bien por el bien, hacer el máximo bien posible, hacerlo todo, sólo y siempre por el amor a Dios. **"¡Sólo a Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén!** (I Tim. 1, 17).

HOMENAJE DE EXCEPCION

El Dr. Carlos A. Bocalandro, Ministro de Salud, era uno de los muchos admiradores de la personalidad y labor de Madre Ludovica.

Haciéndose eco e intérprete de los sentimientos de todos, con fecha de 4 de setiembre de 1951, preparó un Decreto Oficial "para que el Hospital llevara su nombre".

Para el lector apresurado, ese Decreto podría ser uno de los muchos homenajes que, con más o menos justicia, distribu-

yen los gobernantes de turno. Pero, al analizar en profundidad las motivaciones, todos nos sentimos atrapados por el embrujo de su generosa entrega a la causa de los niños.

La iniciativa fue recibida con alborozo por todos. La única que se opuso fue la Madre Ludovica, que —como nos testifica el mismo Dr. Bocalandro—, "dada su humildad, modestia y sencillez, me venció logrando que ese decreto quedara archivado".

—¡Un homenaje menos, pero un nuevo rubí para su grandeza moral!

¿BROMA O EQUIVOCACION?

¿Cómo logró la superiora hacer archivar un decreto ya aprobado y firmado?

He aquí los sabrosos pormenores que se vivieron detrás de las bambalinas, según el testimonio del Padre Carlos.

Sor Ludovica se enteró de la existencia del decreto por medio de los periodistas que, conociendo la determinación gubernamental, fueron a entrevistarla, intentando hacerle un reportaje y tomarle fotografías. La superiora era alérgica a todo tipo de publicidad, en particular a que le sacaran fotografías. Por eso existen tan pocas de ella.

Cuando estuvo delante de los periodistas y se enteró del motivo de la entrevista, les dijo que deberían estar equivocados y, que si no era una broma que les habían hecho, era una noticia falsa. Y despidió sin más trámites a los reporteros y periodistas.

Mientras los periodistas se alejaban cabizbajos, la superiora llamó por teléfono a Monseñor Segura:

—Padre, por favor, tengo que hablar con Ud.

—¿Qué pasa, superiora?

—¿Cómo qué pasa...? Ese decreto que han firmado y en el que, sin duda, Ud. tuvo algo que ver.

—Mire, superiora. Yo no tuve ninguna intervención en eso...

—Padre, ¿me puede hacer el favor de venir al Hospital?

Al llegar al Hospital, Mons. Segura la encontró con cara de pocos amigos. La superiora, sin mayores preámbulos, le dijo:

—Padre, ¿en qué pensaron?... ¿Con quién me confundieron?... Yo soy una religiosa. Yo no soy un almacenero que tiene su nombre en un cartel sobre la puerta?... Uds. pensaron que yo vine para esto?... Vaya y dígale a esta gente (la superiora sabía de la amistad de Monseñor Segura con algunos funcionarios) que rompa ese decreto... Y, si no lo hacen, sepan que mañana mismo me voy para Italia... ¡Hágame el favor!...".

"La superiora no se equivocaba —concluye el relato Mons. Segura—. Yo sabía de la intención de ponerle el nombre al Hospital y había dado mi opinión en contrario; pero la admiración y el agradecimiento del Ministro y del Fiscal pudieron más e hicieron el decreto. Salí del Hospital y, al conversar con los responsables del decreto, se tomaron dos decisiones: dejar el decreto sin ejecutar hasta cuando muriera la superiora y, además, llamar a los periodistas para que no dieran la información acerca del decreto". (Sólo no se pudo rectificar el despacho ya enviado al diario La Nación de Buenos Aires, que publicó un pequeño suelto).

CREADORA DEL HOSPITAL DE NIÑOS

Sólo después de su muerte se pudo llevar a cabo este homenaje tan significativo y ejemplarizante.

Para gozo y disfrute del lector, vamos a reproducir las motivaciones:

"CONSIDERANDO:

Que Sor María Ludovica cumple desde hace cuarenta y tres años una fecunda labor como Superiora y Administradora del Hospital de Niños de La Plata, lapso durante el cual ha alentado con la fuerza de su espíritu hondamente cristiano la función asistencial del establecimiento;

Que desde el comienzo se consagró con verdadera devoción al cumplimiento de la elevada misión que se le confiara, dando muestras de un dinamismo, perseverancia y firmeza en su acción que cristalizó en obras de positivo valor;

Que fueron frutos de sus desvelos y constante preocupación el Solarium de Punta Mogotes de Mar del Plata, el actual pabellón de Cirugía, la capilla de City Bell y otras salas; obras éstas que nos la presentan como la auténtica creadora de lo que en su mayor parte constituye hoy el Hospital de Niños;

Que en el presente continúa desenvolviendo su sagrado apostolado en el que se transparentan la fe y la caridad como las virtudes esenciales de su vida;

Que, dotada de un corazón henchido de amor a Dios y a las almas, ha contribuido a mitigar el dolor de los que sufren y a reconfortar su espíritu con la bondad y dulzura de su palabra;

Que siempre ha derramado los beneficios de la caridad con austeridad y sencillez, inspirándose en los principios del Evangelio que nos mandan el amor al prójimo y que constituyen la esencia de esa virtud cristiana;

Que si bien es cierto que las almas consagradas al divino Maestro no aspiran a los bienes de este mundo, es propósito del Poder Ejecutivo tributar testimonio de reconocimiento a la proficua labor que ha cumplido y cumple Sor Ludovica en el orden espiritual y temporal, que la señalan como una vida ejemplar;

Por todo ello, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires

D E C R E T A :

"Impónese el nombre de "Superiora Sor Ludovica" al Hospital de Niños de La Plata".

VISITA DE LA VIRGEN PEREGRINA

Para la superiora y todas las Hermanas del Hospital, el punto focal del año 1951 fue la visita de la Virgen peregrina al Hospital. Era una imagen de Nuestra Señora de Fátima que recorrió el mundo entero. Fue traída en avión desde Córdoba y estuvo varios días en La Plata.

Todo el Hospital fue movilizado en los preparativos, en la recepción triunfal, en las veladas de oraciones, en los cantos y en la conmovedora despedida.

La Virgen transitó de sala en sala, brindando sonrisas maternales, bendiciendo a los enfermitos y animando sus esperanzas.

La madre es siempre madre, pero lo es mucho más cuando está a la cabecera de su niño enfermo. Hay un trasiego de dolores que tocan todas las fibras de su ser y le hace sentir nuevamente la grandeza de su maternidad.

Si esto lo proclamamos para nuestras madres terrenales, mucho más debemos exaltarlo en la Virgen María. Donde hay un dolor, allí está ella para iluminarlo y alentarlo como lo estaba al pie de la cruz.

Durante esas visitas de la Virgen Peregrina se multiplican las manifestaciones jubilosas y las expansiones emotivas, que acrecientan el fervor de la religiosidad popular. Pero existe el riesgo de que todo se reduzca a una exterioridad superficial. Toca a los animadores insistir en la toma de conciencia de los valores profundos, para que cada uno crezca en madurez, altruísmo, sensibilidad, compromiso...

Para Sor Ludovica, de manera peculiar, la visita de la Virgen Peregrina puso en resalto su gran devoción mariana, que ella mamó desde el regazo maternal, creció con la edad y la experiencia, tomó nueva luz y fuerza al hacerse religiosa y llegó a plenitud en el Hospital de Niños.

Día y noche, al recorrer pasillos y salas, desgranaba rosarios y elevaba piropos a la Virgen. Sus largos viajes a Mar del Plata no era sino una rica estela de rosarios y de silencios contemplativos. Velando a la cabecera de los enfermos, unía en hermosa síntesis el remedio, la palabra de consuelo y el fervor de la oración.

Anualmente el personal del Hospital de Niños peregrinaba a Luján, para brindar su ofrenda de amor a la Patrona de la patria. La abanderada y la animadora era siempre la superiora.

El más tierno regalo que Jesús hizo a la humanidad, fue el de su Madre, para que tanto El como nosotros compartiéramos el amor, los desvelos y el poder de intercesión de la Virgen. Nuestra respuesta ha de ser una entrega amorosa a la Virgen, una devoción acendrada, una alabanza gozosa, una invocación apremiante, un anhelo de imitación...

Los muchos testimonios de las carpetas nos hablan de la entrañable y constante devoción mariana de Sor Ludovica. Si, ella fue una verdadera Hija de Nuestra Señora de la Misericordia.

18. — EDEMA PULMONAR Y CAMPANAZOS DE ETERNIDAD

Sor Ludovica era extremadamente parca al escribir cartas. Por los conocidos problemas escolares, ella se expresaba con dificultad. Por otra parte ella era mujer de acción.

Se conservan de ella muy pocas cartas. En una de ellas relata a los familiares residentes en Italia un agudo ataque de edema pulmonar.

Desde cuando le extirparon en el año 1935 el riñón, su salud quedó debilitada. Pero ella, devorada por sus ansias de servir a los niños, se despreocupó de sus problemas personales.

También a lo largo de los años sufrió más de un edema pulmonar. Por ejemplo, una vez, al regresar de Mar del Plata, de improviso se sintió abrumada de dolores y tuvo que recalar en el hospital de Dolores para ser asistida.

Pero el edema pulmonar que padeció en agosto de 1957 alcanzó una gravedad extrema tanto que ella pensó ya hallarse en vísperas de su último viaje. Y, si se curó, lo atribuye a una gracia especial de Nuestra Señora de la Misericordia. He aquí la carta que les envió el 2 de diciembre de 1957:

"Queridos:

"Les escribo en esta ocasión, ante todo, para augurarles felices y santas fiestas navideñas y, después, para hablarles de mi salud.

"Les hago saber que estoy en vida por la gracia de Nuestra Señora de la Misericordia, porque me hizo atender en seguida. En los primeros días de agosto sufrí un edema pulmonar del que escapé con vida por voluntad del Señor.

"Desde hacía mucho tiempo, no me sentía nada bien; pero el trabajo no me dejaba tiempo para pensar en ello. Una mañana me

fue imposible levantarme para ir a la Misa e hice llamar al Padre para que me trajera la Comunión. Momentos después, me sentí tan mal que pedí, como pude, los santos Sacramentos. Yo creía que estaba por llegar mi última hora.

"En seguida vinieron los médicos y me hicieron de todo, tanto que a mediodía ya me sentía mejor y poco a poco logré recuperarme y regresar a mi trabajo que será hasta cuando el Señor quiera.

"Aprovecho la ocasión para pedirles que, si debiera dejar este mundo, se acuerden de mí en sus oraciones. También les pido —pero sin ninguna obligación— que, si quieren acordarse de mí, hagan celebrar las santas Misas Gregorianas. Lo pido siempre que sea posible y sin que sea demasiada carga. Desde ya les agradezco sabiendo que de todos modos ustedes se acordarán de mí en sus oraciones.

"Por ahora estoy bien y no se inquieten por mi salud. Lo que acabo de decirles, lo hago sólo porque las cosas hay que decirlas en vida. Pues bien, no se preocupen por mí y pasen todos juntos una hermosa Navidad y feliz Año Nuevo. Yo los recuerdo siempre y pido al Señor que los colme de todo bien, como ustedes se lo merecen. Les deseo todo bien y los abrazo a todos en el Señor...

Sor María Ludovica".

19. — TRAJINES DIARIOS

GRAN CAPACIDAD DE OBSERVACION

VERLO TODO, PREVERLO TODO, PROVEERLO TODO es el programa de todo superior.

VERLO TODO, PREVERLO TODO, PROVEERLO TODO fue la gran responsabilidad que se asumió Sor Ludovica, no sólo como obligación profesional; sino, sobre todo, como misión humana. como respuesta a su vocación religiosa, como manera de servir a Dios.

Por cierto, en un hospital la responsabilidad mayor incumbe al director; pero, dados los cargos de administradora y de superiora, sus vastas experiencias, su influencia sobre el personal, los fulgurantes resultados de sus iniciativas... todo ello daba a Sor Ludovica un resalto excepcional.

Sus recorridas por las salas de los enfermos y por las distintas dependencias eran algo más que el cumplimiento de un deber. Era una necesidad psicológica de ver a sus "hijitos" enfermos, de examinar la evolución de sus dolencias, de consolar y alentar a las madres, de orientar y animar a las enfermeras, de organizarlo todo para un servicio pleno y eficiente.

Así nos la pinta Vicente Bianchi: "Me parece verla recorrer desde hora temprana las salas, consultorios, despensa, cocina; en fin, todos los rincones de la casa para que funcionara a la perfección, como ella quería. Nada debía faltar y, si algo faltaba, había que agotar los medios para conseguirlo".

Los rasgos que nos describe Aracelis H. Míguez de Galli son de gran calidad humana: "En su andar casi siempre pausado por las salas, comedores y demás dependencias para poder observar si todo funcionaba de acuerdo a las necesidades de los pacientes, médicos y enfermeras... siempre tenía una tierna y generosa palabra de consuelo y esperanza para los familiares de los pequeños internados, para transmitirles fe en la cura y en la pronta recuperación".

El testimonio de Sor Juanita es más concreto y pintoresco: "Al salir del noviciado en el año 1931, la obediencia me destinó

al Hospital de Niños de La Plata. La Superiora me dio como empleo la atención de las salas 8 y 9 de enfermos de cirugía. Tenía que hacer el trabajo de enfermería, higiene de la sala y vigilar la limpieza. La Superiora visitaba con bastante frecuencia las salas, para ver si, tanto las Hermanas como las enfermeras, cumplíamos con nuestras responsabilidades. Pasaba por las salas, conversaba con los chiquitos, tenía una gran capacidad de observación. Al retirarse en una oportunidad de la sala y al llegar a una escalera que bajaba, me llamó y me dijo: **"Sor Juanita, no tiene que estar siempre con los ojos bajos —¡ya sabe!— como en el noviciado. Mire las cortinas que están colgadas del techo".** (Eran telas de araña).

POR LAS CALLES EN VOLANTA

La tarde estaba dedicada a otras actividades de peculiar relevancia para la marcha y el progreso del Hospital: visitar a la Casa de Gobierno y a otras dependencias oficiales "para agilizar trámites administrativos" (V. Bianchi) como "en busca de recursos para ir cumplimentando las obras" (Corneli): visitar a comercios particulares "para pedir ayuda y donaciones" y controlar las tareas de la quinta y granja de City Bell.

Sor Ludovica, hasta el año 1935, se movilizaba en un break o volanta que le enviaba la municipalidad. La volanta era tirada por dos caballos blancos y tenía asientos en la parte interna que se enfrentaban para diez o doce personas. Más tarde, se modernizó y usó una camioneta a la que, como ya sabemos, ella risueñamente apodaba **"cañoneta".**

Pero también esas visitas y trámites administrativos perdían su adustez burocrática y tomaban un aire familiar y pedagógico. Llamaba por turno a una docena de niños y niñas en estado de convalecencia y partía con ellos para distraerlos y oxigenar sus pulmones.

"Mientras esperaban la partida —recuerda Vicente Bianchi—, la Superiora gastaba bromas con los niños. En una oportunidad uno de los pequeños viajeros, que hacía unos días que no participaba del paseo, al llegar al hall de entrada, le dispensó abrazos y besos tan efusivos, nada habituales en aquellos

años, que provocaron la sorpresa de la homenajeada y la hilaridad de los presentes".

Al iniciar el viaje rezaba un Padrenuestro. Y mientras ellos se divertían con sus juegos y chácharas, la Superiora seguía el hilo de sus preocupaciones. Para ellos era un pasatiempo y una experiencia de vida al ver caras y cosas nuevas; para la superiora era una fiesta del corazón y un desahogo de su desbordante cariño por la niñez. Según se lo había enseñado el divino Maestro (Mt 23, 37), ellos eran sus **"pollitos"** y ella la **"gallina"** que los cobijaba y amparaba bajo sus alas.

¿COMO ANDA SU ESTANCIA?

Sor Marta Dimele recuerda dos cosas de la Superiora: sus correcciones y sus preocupaciones.

La Hermana era joven y le faltaba experiencia y práctica. Por eso caía en algún descuido que debía ser subsanado. Pero la superiora no gritaba ni protestaba, sino que con discreción le hacía notar la falta: "Cuando tenía que hacerme una observación para corregirme, me llevaba a su escritorio, me miraba seria, no enojada, más bien, con cara de lástima, y me decía: **"Pero, ¡Hermana Marta! ¡Dios mío!".** Después que terminaba la corrección y los consejos, me decía: **"¡Bueno! ¡Que no se repita, sabe! ¡Vaya ahora y pórtese bien!".** Aseguro que esto me hacía más efecto que una gran reprimenda".

La Hermana estaba a cargo de una sala. Al visitarla por la mañana, la Superiora le preguntaba con dejo señorial: **"Hermana Marta, ¿cómo anda su estancia?".**

Continúa la Hermana: "Se refería a la sala, a todas las tareas que tenía que cumplir, especialmente la atención de los enfermos, e incluso a mis necesidades. Quería que la tuviera al tanto de lo que acontecía y, en especial, de las necesidades de los enfermitos. Siempre nos enviaba extras para los chiquitos delicados, enfermizos, débiles o de larga enfermedad; para los enfermos de tisiología, ortopedia y traumatología; para los afectados por las secuelas de poliomielitis... Su gran afán era que no les faltaran alimento, ropa, abrigo. Por ellos sufrió y trabajó

incansablemente hasta conseguir el solario de San José de Punta Mogotes. ¡Cuántos allí se curaron! ¡Cuántos pasaron allí su niñez sana y robusta, gracias a la superiora!".

RECORRIENDO TAMBOS

Según testimonio de Aracelis Galli, "la permanente preocupación de Sor Ludovica era que en el Hospital no faltaran alimentos, medicina, material de curación, instrumental, ropa de cama adecuada para que los enfermitos no se sintieran tan deprimidos y pudieran así sobrellevar su internación que a veces el olvido o la falta de familiares hacían muy penosa. Pero esos olvidos o faltas eran suplidos por la abnegación de las Hermanas que, brindando siempre cariño, daban alegría y consuelo".

La principal alimentación de toda criatura es la leche; pero la leche está sujeta a los juegos e inclemencias de las estaciones. Hay, pues, momentos en que puede escasear. Pero eso no era una disculpa para que la superiora se cruzara de brazos, sino un acicate para exigirse mayores esfuerzos y sacrificios.

Hedibia Berreta le debe a la superiora señalados favores. Era uruguaya, no tenía familiares en La Plata; pero Sor Ludovica la amparó "con su protección especial" y la hizo estudiar de enfermera, porque —decía— **"había que prepararse para el día de mañana"**. Más tarde, estudió pedicuría y Sor Ludovica era la primera en evaluar los progresos y examinar los diplomas.

Hedibia tuvo la suerte de acompañar a la superiora en la búsqueda de la leche. Escuchémosla: "Era la época en que escaseaba la leche. A pesar de las inclemencias del tiempo —yo la acompañaba—, la superiora recorría en camioneta los tambos para traer leche para los niños enfermos y al fin de la jornada llegábamos al Hospital con los tarros llenos de leche".

LICITACION SI, LICITACION NO

Más dramáticos se volvían los problemas al vencer las licitaciones y al no presentarse nuevos licitadores. La superiora de-

bía pelear a brazo partido no sólo con la licitación de los Ministerios, sino también con los productores de leche.

El siguiente episodio nos ubica a Sor Ludovica en frenética cuenta regresiva para resolver el problema de la leche para cientos de sus enfermos. El esfuerzo nos parece doblemente meritorio tanto por el sacrificio en sí mismo como en razón de la edad "muy avanzada". Cedemos la pluma a la Hermana Celsa López quien, junto con las otras Hermanas, compartió las zozobras y las angustias de un día de "caza a la leche".

"La superiora era de edad muy avanzada. Su preocupación mayor eran los niños internados. Todavía en esa época no se usaba la leche en polvo. Era un invierno muy frío y lluvioso y se había terminado el tiempo estipulado por el consumo de leche que estaba licitado. El comerciante que proveía la leche, hizo saber con tiempo que él no se presentaría a nueva licitación por la gran dificultad de proveer dicho alimento, a causa del mal tiempo, que hace disminuir la producción de las vacas.

"Llegó el último día del plazo fijado y ningún lechero se presentó a licitación, de modo que al día siguiente no había leche para los niños.

"La superiora estaba preocupadísima y en la mañana siguiente, muy temprano, salió con el chofer a buscar ella misma a quien pudiera proveer la leche.

"El día era lluvioso y muy frío. Llegó el mediodía y la superiora no volvió al Hospital. Llegó la tarde y tampoco regresó. Todas las Hermanas estábamos preocupadísimas, pensando qué le había pasado. Como a las seis de la tarde —era ya oscuro—, la vimos llegar, caminando con dificultad y con mucho frío, pero satisfecha porque ya tenía leche para sus niños.

"Por el chofer Filucho supimos que todo el día lo había pasado en busca de quien proveyera la leche, yendo al Ministerio con un pedido y, al ser rechazado, volver y buscar otro, recorriendo así distancias considerables, hasta conseguir la licitación. Sólo entonces regresó al Hospital".

A LOS ENFERMITOS NO DEBIA FALTARLES NADA

No sólo de leche vive el niño, sino también de azúcar, pan, aceite... Hedibia Berreta revive los tiempos difíciles en que a la escasez se añadían el mercado negro, la especulación... Pero, por encima de todo, los derechos del niño a la alimentación son sagrados.

"Cuando había escasez de azúcar y aceite, la superiora no escatimaba sacrificios hasta regresar al Hospital con bolsas de azúcar y latas de aceite. Tenía un don especial. Pedía y le daban. Le vendían en los tiempos difíciles en que escondían la mercadería pero a ella no se la negaban. Compraba y hacía cualquier sacrificio para que a los enfermitos no les faltara nada. Era incansable, confiaba en la Providencia de Dios, tenía mucha fe".

La necesidad tiene cara de hereje y la caridad supera ordenanzas y códigos... El señor Eusebio Giorgis, chofer de la superiora, nos lo testifica: "En épocas de escasez de azúcar, a pesar de que la venta estaba prohibida, Sor Ludovica siempre conseguía que alguien se la vendiera y que sus niños tuvieran de todo. Una vez, a las 5 de la mañana, me mandó con un camión a un depósito a buscar 20 bolsas. Era tanta la confianza que me tenía que, para no comprometer al proveedor, le dijo que, al entregarme la mercadería, hiciera cuenta que iba ella personalmente".

"ESE LEÑADOR MERECE EL CIELO"

El testimonio de Sor Natalina Couget nos ofrece otro episodio muy simple pero simpatiquísimo.

En esa época en la cocina se cocinaba a leña; pero nadie quería vendérsela por escasez de mercadería o, quizás, por culpa de una trenza de proveedores. Pero Sor Ludovica, acicateada por el hambre de sus "hijitos" enfermos, no se amilanó hasta salir con la suya. Le dijo a un proveedor que, para evitar represalias, le llevara la leña de noche. Así sucedió. Sólo al día siguiente las Hermanas supieron que tenían leña en el galpón.

Concluye sor Natalina: "La superiora quedó tan agradecida con el vendedor que nos decía: **"Ese señor merece el cielo por la gran caridad que tuvo para con los chicos enfermos".**

ANTE LAS CONGOJAS DE LAS MADRES

Juana Sara A. de Mulen es otra de las enfermeras que reviven su pasado y lo ven iluminado por la comprensión y la benevolencia de la superiora.

Su testimonio nos parece particularmente valioso porque nos pone en directo contacto con las congojas y preocupaciones de las madres y nos hace ver la respuesta rápida y eficiente que se les procuraba dar.

"Sor Ludovica estaba en todos los lugares del Hospital y hasta en las guardias de los médicos, a quienes ayudaba en todo. Si había que controlar una anestesia, ella lo hacía con éter y mascarilla como se usaba en esa época. Trabajaba todo el día. Llegaban las tres de la mañana y pasaba a la capilla a cumplir su profesión de religiosa. Fue una Madre de Misericordia para aquellos que se acercaron a ella...".

"Cuando llegaban las madres con sus hijitos enfermos, ella tenía mucha compasión por todos y estaba dispuesta a llamar a los médicos para que las atendieran pronto y las proveyeran de todo lo necesario, especialmente si carecían de recursos".

¿MAIZ EN GRANO O MAIZ PISADO?

Sor Ludovica era sí una solícita administradora, pero también una maestra en pedagogía intuitiva, capaz de hacer medicina preventiva. Y una buena lección puede ser provechosa tanto para la educación de los niños como para la formación de las madres. Luis Horacio Velázquez nos relata los dos siguientes episodios:

Una madre trae un niño al Hospital. Hace varios días que está enfermo.

—Lo tengo empachado, Madre.

—¿Por qué lo traes recién?

—Creí que no era nada, Madre, y que se le pasaría.

—A los chicos, hija, cualquier cosa que tengan, hay que hacerlos ver por el médico, sin esperar tanto.

—Sí, Madre. Los hermanitos estuvieron así, y acá los atendieron...

—Cuando los tuviste enfermos, ¿no te enseñaron cómo había que cuidarlos?

—Sí, pero...

—¿Tienes gallinas en tu casa?

—Sí, tengo, Madre...

—¿Qué les das a los pollitos: el grano entero o el maíz pisado?

—El maíz pisado, Madre...

—¡Bueno!... Sabes criar a las gallinas y no sabes criar a tus hijos... A tu chico lo estabas matando —¿sabes?—, porque le dabas el grano entero en vez de darle el grano picado, como a los pollitos. ¿Cuándo vas a aprender?"

La mujer agacha la cabeza, y comprende que tiene bien merecida la amonestación. La recibe como si fuera su propia madre quien la reta"...

¡MALDITO VICIO DEL JUEGO!

También era enérgica cuando veía la dejadez, la negligencia, el vicio, y sabía descargar el látigo para corregir costumbres viciosas que "roban" el dinero destinado a la crianza para tirárselo a las patas de los caballos.

"Un jornalero trae un muchachito desnutrido. El examen de los médicos arroja un cuadro de bronquitis crónica y comienzo de anemia. El problema de las enfermedades, en la niñez, en una enorme proporción, obedece a la miseria de los padres que no pueden proporcionar una alimentación adecuada a sus hijos. Pero es que el país atraviesa una época de holgura económica y los trabajadores son remunerados con salarios tan altos que su situación económica supera en mucho a la clase media.

"La superiora pregunta cuál es el salario: treinta y cuatro pesos diarios. ¿Entonces?...

—El chico no come bananas, ni naranjas, que tienen las vitaminas que necesita... Pero seguro que Ud. no falta los sábados a las carreras... ¡Maldito vicio del juego!".

"El hombre, como herido por una descarga eléctrica, se contrae sobre sí mismo. Es que Sor Ludovica, con esa percepción psicológica extraordinaria, ha tocado en la llaga".

20. — CASOS DE EMERGENCIA

PUS EN EL PERITONEO

El testimonio de la Hermana Lilia Tamborini nos ofrece un amplio surtido de casos de emergencia en los que se ponen de manifiesto la disponibilidad y el sacrificio generoso de la superiora, a pesar de los contratiempos y de las situaciones caóticas.

"Había una huelga general y los médicos fueron obligados a acatarla con el riesgo de perder su puesto si hubiesen trabajado.

"Justamente esa mañana una educanda de nuestro Colegio de la Misericordia de La Plata sufrió un ataque de apendicitis. Era uno de los muchos casos que se manifestaron en la ciudad y también en nuestro Colegio a causa de la contaminación del agua potable. Con una ambulancia la llevamos inmediatamente al Hospital de Niños en la plena seguridad de que Sor Ludovica la habría internado y hecho operar.

"La pusieron en una camilla y así la dejaron en un pasillo. Transcurrieron las horas de la mañana y con las horas la esperanza se iba apagando. Yo hacía todo lo posible para tranquilizar a esa pobre hija, diciéndole que la santa Madre no nos abandonaría.

"La oración obró el primer milagro. Apareció la buena superiora con dos médicos que se ofrecieron a operar, pero a escondidas para que nadie lo supiera. Además, el caso se había complicado porque el pus había entrado en el peritoneo.

"Terminada la intervención, la superiora introdujo a la educanda en el departamento de las Hermanas en el que, por la clausura, nadie podía entrar. Pocos días después, la joven retornaba al colegio. Si hubiéramos tardado algunos minutos, ella habría muerto".

POLIOMIELITIS Y PULMOTORES

La misma Hermana nos relata el gigantesco esfuerzo que realizó la superiora para lograr la donación de tres "pulmotores" o pulmones de acero.

"Un año —no recuerdo exactamente— hubo en La Plata una epidemia de parálisis infantil, que también atacaba a los adultos en el pulmón inmovilizando los movimientos diafragmáticos, de modo que morían por asfixia.

"En La Plata no existían aún los "pulmotores", o pulmones de acero. Habiendo oído que en Norteamérica ya los usaban, la superiora, siguiendo las vías ministeriales, se comunicó con el Ministerio de Salud de Norteamérica, a fin de que le hicieran donación de "pulmotores". Nadie sabe —¡sólo Dios!— cuán inmensa fue su fe, a cuál santo invocó con fervor y perseverancia, qué cosa haya ofrecido en cambio para obtener esta gracia. El hecho es que muy pronto llegaban tres pulmotores de acero en los que fueron colocados los tres adultos más graves. Uno era el padre de una alumna de nuestro Colegio, al que los médicos juzgaban casi muerto.

"El Hospital de Niños o de **"Mamá Ludovica"** era el lazareto de toda La Plata. En aquella tristísima prueba —cuentan nuestras religiosas— tanto los médicos como el personal paramédico, tanto la superiora como las Hermanas más jóvenes y robustas, por unos días se olvidaron que existía el lecho para dormir y el refectorio para alimentarse.

"El Señor no dejó de recompensar el sacrificio, la abnegación la caridad, el amor de esta anciana superiora que, con su ejemplo heroico, arrastraba a la comunidad para poder salvar a todos en un trance tan doloroso. Sólo murió uno porque llegó ya al filo de la vida".

BOTULISMO: DE LAS BODAS A LA... FOSA

La misma Hermana recuerda otro momento dramático.

"El restaurante "BOCCABELLA", de calle 4 y 42, gozaba de mucha simpatía entre los clientes tanto por los manjares como por las atenciones.

"Ese día la numerosa clientela celebraba una fiesta de bodas. Los dueños de casa, al hallarse desprovistos de alguna clase de legumbres que acompañarían las carnes, compraron algunas latas de las mismas sin darse cuenta de que estaban en mal estado. Sólo una pequeña hinchazón aparecía en algunos puntos. En esas latas estaba agazapado el bacilo del botulismo que, como se sabe, se desarrolla en las latas de verduras, frutas o carnes no debidamente selladas.

"Inmediatamente después de la ingestión, los presentes fueron sorprendidos y fulminados por atroces dolores intestinales. La sintomatología se iba complicando y las condiciones de la pobre gente agravando. En seguida fueron internados en el Policlínico y en el Hospital de Sor Ludovica. Muchos atribuyeron a las oraciones de la superiora los resultados casi inmediatos del diagnóstico, el decomiso de toda la partida de latas y para todos la recuperación de la salud. Además, se reconoció la inocencia de aquellos buenos hoteleros cuyos hijos frecuentaban nuestro Colegio. Este reconocimiento les evitó el proceso, el pago de daños y la clausura del local".

ENGRUPIENDO A LA "GRINGA"

Después de estos trances dramáticos, vamos a gozar con el relato de dos sabrosas anécdotas, que nos cuenta Don Raúl Romero, Director General de Administración del Ministerio de Salud.

Dos enfermeras comentan cómo hacer para engañar a la superiora y escaparse un rato antes para ver una película con un actor famoso:

"¡Che, Porota! A ver si engrupís a la "gringa" y te escapás un rato antes. Hoy dan una "fenómeno" en el cine, con Gregory Peck.

"La "gringa", Sor Ludovica, las está escuchando y sale detrás de una puerta:

—¡Que Porota ni Poroto! Señorita Wilches se llama... ¡Ah!, y de paso cortate los tacos que hacen mucho ruido; si no, mañana, te los corto yo. Y dejen ese Gregorio para el día "fran-

co". No se olviden que aquí lo primero son los chicos... Y, si están mal atendidos, estamos todos de más, desde el director hasta el último peón".

DUCHA FRIA PARA EL GREMIALISTA

"En plena época del movimiento sindicalista, se presenta a la superiora el delegado del Sindicato de Salud Pública, quejándose de ciertas medidas disciplinarias impuestas al personal. Sor Ludovica escucha.

"Yo —escribe Don Raúl—, un tanto apartado espero tranquilo, pero la noto nerviosa. La superiora no le deja terminar su queja y le replica: **"Mire, delegado y ¡Attenti! ¡Atención! Al buen personal yo lo estimulo y lo ayudo. Al malo lo corrijo y lo aconsejo para que se mejore... Pero, si no se mejora, hay que castigarlo. En cambio, Ud. se empeña en seguir defendiéndolo aunque abandone la "guardia", aunque se robe los medicamentos, aunque descuide la atención de los chicos... Al final, yo le voy a enseñar a Ud. como se hace el verdadero sindicalismo".**

DIALOGANDO Y CARGANDO LADRILLOS

La superiora tenía el don de la oportunidad. Donde ponía el ojo, ponía la "bala" de una solicitud por sus niños.

"Una vez —cuenta Luis H. Velázquez— se detiene delante de una gran obra en construcción. Están descargando materiales. Pide hablar con el ingeniero y le dice:

—"Yo también estoy haciendo una casa para... los pobres. ¿No podría donarme, ingeniero, unos cuantos ladrillos?".

"El ingeniero ordena a un peón que ponga una fila completa que al rato multiplica, impresionado por la audacia convincente de la religiosa.

"De regreso, Sor Ludovica encuentra al dueño de un transporte y le dice: "Ya que viene para acá, ¿llevarías en tu carro los ladrillos?

—Sí, Hermanita.

"Así se explica que durante años y años la presencia de los albañiles le fuera tan familiar en el Hospital como los pájaros en la arboleda".

INSOMNIOS

Las tareas son muchas, las horas cortas y las responsabilidades enormes. La mente de la superiora bulle como una caldera a presión. A veces las "cargas" de problemas, inquietudes y ansiedades se trasladan al descanso nocturno. El insomnio, causado por las enfermedades y, sobre todo, por las preocupaciones, asedia a Sor Ludovica. Nos informa Vicente Bianchi, un testigo privilegiado:

"Por la mañana me presentaba a darle los Buenos Días y le preguntaba: "¿Cómo pasó la noche, superiora?". Y ella me contestaba en su ítalo-castellano:

—"¿Eh, m'hijito? Suma uno, suma otro, estuve sumando toda la noche".

"Quería significar que los problemas del Hospital la habían desvelado toda la noche".

Sí, Madre Ludovica era un corazón palpitante y un espejo en el que se reflejaban todas las actividades y todos los problemas del Hospital.

QUEJA DIVINA

En una oportunidad Sor Ludovica conversa en una sala con un médico amigo. Está muy afligida.

—¿Qué le pasa, Madre?.. La noto preocupada.

—No tengo tiempo para rezar... Lo mismo les pasa a las demás Hermanas...

—Hermana, ¡Ud. está rezando a cada momento!... Tanto en la calle para conseguir algo para el Hospital como en cada cosa en que Ud. trabaja para sus enfermitos, a cada hora, a cada momento... ¿no se da cuenta de que está rezando?... ¡Es-

ta es la mejor forma para llegar a Dios y hacer que El la escuche!... Ud. reza así por todos nosotros... que no rezamos nunca...

Sin duda, el Hospital tenía sus exigencias y, a veces, sus urgencias perentorias; y por esto la superiora establecía el horario de la comunidad religiosa de acuerdo al ritmo del Hospital; pero jamás olvidaba que el compromiso prioritario de toda religiosa es la oración.

La superiora no dejaba nunca las oraciones y, cuando no podía de día por el gran trabajo, rezaba a la noche.

Igualmente se portaba con las Hermanas. Si alguna de ellas por alguna emergencia no podía cumplir con sus rezos, le aconsejaba que se reservara algún momento para orar...

21. — CORAZON DE MADRE: AMAR A LOS NIÑOS

MISTERIOSA IDENTIFICACION

Sin duda, todo niño es un manojo de nervios y caprichos, de travesuras y problemas, de dolencias y necesidades, de sonrisas y lágrimas... Pero es también una promesa, un cantero en barbecho, un brote primaveral, en el que pueden desarrollarse la perla de un genio o el rubí de un santo. Sin embargo, por encima de todo, el niño es un misterio, un sagrario, un signo trascendente, un hijo de Dios.

Sor Ludovica había aprendido de su fundadora a quererlos y a servirlos. He aquí unas máximas de Santa María Josefa Rossello:

"Nosotras, Hijas de la Misericordia, no debemos ir al paraíso solas, sino acompañadas de niños y enfermos que habremos llevado a Dios con nuestra paciencia y nuestra dedicación, pensando que en ellos servimos al mismo Jesús...

* * *

"Nuestra dedicación especial es ayudar al prójimo, especialmente a los niños y a nuestras Hermanas enfermas. Dediquémonos también a los trabajos que se tienen en poca cuenta; pero... ¡sea todo para la gloria de Dios!...

* * *

"Para acoger y educar a las pobres niñas abandonadas, todo sacrificio es pequeño. Somos pobres, pero ¿qué importa? La Providencia es rica. Si fuera necesario para hacerles el bien, nos contentaríamos con pan y sopa; y, si esto nos llegara a faltar, iríamos a pedir limosna por el amor de Dios".

Sin embargo, quien inculcó y ponderó el valor máximo del niño y alentó toda amabilidad y servicialidad para con ellos, fue

el divino Maestro con su entrañable mensaje: **"Dejen que los niños vengan a Mí y no se lo impidan, porque de ellos es el Reino de los cielos"** (Mt. 19, 14). Más aún, dado que en muchos aspectos el niño es el más desamparado, Jesús quiso identificarse con él: **"Todo lo que ustedes hacen a uno de los míos, aunque fuere el más pequeño, a Mí me lo hacen"** (Mt. 25, 41).

He aquí, en el testimonio de Sor Natalina, cómo Sor Ludovica se hacía eco de las enseñanzas de Jesús: "En cuanto a su cargo de superiora, nunca reprendía ásperamente sino con caridad y amor. Enseñaba a las Hermanas jóvenes que no dejaran nunca de ponerse en la presencia de Dios y rezar muchas jaculatorias mientras se estaba trabajando o atendiendo a los enfermitos. Decía: **"En ellos vemos a Jesús Niño: atendámoslo lo mejor que podamos. No faltemos a la caridad".** Así era ella: muy caritativa con los enfermos; y, para cumplirlo, hacía muchos sacrificios en silencio que sólo Dios veía".

¿De qué identificación se trata? ¿Acaso de una identificación moral o simbólica? ¡De ninguna manera! Se trata de una identificación enraizada en los supremos valores del ser cristiano: paternidad divina, filiación divina, Cuerpo Místico de Cristo, fraternidad universal...

UN SOLO OBJETIVO: EL BIEN DEL NIÑO

Las abultadas carpetas de testimonios son un imponente despliegue de los desvelos de Sor Ludovica en favor de los niños enfermos, necesitados, desvalidos...

Las grandes obras que valoramos en los capítulos anteriores —Hospital, granja de City Bell, solario— no tienen más que un único objetivo: la salud, el bienestar y el progreso de los niños.

Por los niños sufrió penurias y humillaciones, pidiendo a unos y a otros, tramitando expedientes de una oficina a otra, de un Ministerio a otro, y empeñándose en mil otras actividades.

Como una madre, adonde quiera que vaya, va siempre junto con sus niños —como la gallina con sus pollitos—, también Sor

Ludovica, ya fuere a los Ministerios, ya fuere a la granja o a la playa, siempre iba acompañada de criaturas a las que mimaba como una madre.

Más aún, cuando iba al solario de Mar del Plata, no sólo iba acompañada de criaturas, sino, no pocas veces, de sus madres, para que unas y otras disfrutaran de unos días de playa, de asueto, de gozo, de libertad... en medio de la generosidad de la naturaleza.

ANGELES TUTELARES

En sus actitudes y en sus actuaciones en favor de los niños, Sor Ludovica tenía presente las sabias exhortaciones de su fundadora, Santa María Josefa Rossello:

"Junto al lecho de los enfermos, sean ustedes ángeles de consuelo; y, junto a los niños, sean ángeles tutelares.

"Cuando vayan a los hospitales, Hijas queridas, pidan al Señor les dé su Santo Espíritu, sin el cual serían inútiles sus obras. Tengan un corazón de madres para con los enfermos. Consuélenlos y acudan presurosas al lado de los que, por la naturaleza de su enfermedad, están más abandonados y prodíguenles todos los cuidados necesarios, sin demostrar repugnancia en ningún momento.

"Se lo repito: sean ángeles junto a los enfermos. Si las ven buenas, mansas, pacientes, generosas, recibirán con fruto sus consejos de conformidad y paciencia".

Todos los testimonios ponderan el amor maternal y los desvelos tesoneros de Sor Ludovica por los niños enfermos.

Sor Juanita Pastorino declara: "El amor de Sor Ludovica a los enfermitos era incomparable. Hacía cualquier sacrificio para aliviarlos y conseguir todo lo que necesitaban. Fue un ángel de caridad".

Los esposos Eusebio y María Giorgis compendian así sus impresiones: "La vida de la superiora Ludovica eran los enfermitos, para que no les faltara nada y tuvieran la alimentación adecuada. Fuimos testigos de los niños desamparados que crio

e hizo estudiar. Algunos de ellos egresaron para casarse... La superiora era la madre de todos".

El amor a los niños se extendía a sus madres para consolarlas y animarlas. La señora Victoria Noaca de Elorza expresa así su admiración por la comprensión y el aliento que recibía: "Por mi asiduidad al Hospital tuve contacto y trato personal con la Madre Ludovica y fui testigo de su caridad hacia los niños desamparados y de sus sacrificios sin medir dificultades para proveer a los enfermitos todo lo necesario.

"La Madre Ludovica siempre tenía una palabra para consolar y darnos a las madres esperanzas cuando teníamos a nuestros hijos enfermos y los médicos no se encontraban en esos momentos. Su presencia no nos permitía que estuviéramos tristes y desconsoladas por ello, porque a su lado y al ver que recurría a solucionar nuestros problemas sentíamos una protección especial. ¿Qué podría decir de ella? Que era una santa aquí en la tierra por su caridad extraordinaria, su paciencia, su bondad, su dulzura para aconsejarnos y consolar a las mamás que acudíamos al Hospital por la salud de nuestros hijos".

"EXIGENTE Y COMPRENSIVA"

El cariño, los desvelos y las preocupaciones de Sor Ludovica por los niños no eran románticos ni líricos, sino **maternales**, es decir, concretos, personales, inmediatos, eficaces. Por esto todos los testimonios subrayan que la superiora era "muy exigente" con todo el personal. Ya hemos podido verlo en algunos episodios. He aquí otras impresiones.

Sor Juanita Pastorino escribe: "Sor Ludovica tenía un carácter fuerte. Era exigente para que cumpliéramos bien nuestras obligaciones, pero a la vez cariñosa".

Don Raúl Romero, quien ya nos alegró con sabrosas anécdotas, sintetiza así su pensamiento acerca del hondo sentido de responsabilidad que la superiora imprimía a su acción:

"Sor Ludovica era exigente, inexorable en lo que se refería al cuidado de los niños, pero a la vez humana y comprensiva de los problemas diarios, convirtiéndose en la indiscutible directora

espiritual no sólo del personal sino de miles de familiares de los pacientes que acudían a ella en busca de consejo".

En fin, nos parece que Sor Encarnación Cosoli compendia así el pensamiento de todos los que la conocieron: "Sor Ludovica exigía que **para sus enfermitos todo fuera lo mejor.** Fue un ser extraordinario".

"HERMANITA QUE SALVA"

Lo que le ha sucedido a Alberto Palacios, niño de cuatro años, es dramático y exaltante.

El diagnóstico que le hizo el Dr. A. Oyuela, director del Hospital, era de suma gravedad: peritonitis gangrenosa en último grado. Lo intervino con urgencia el Dr. Carlos Boffi, quien, al salir del quirófano, no ocultó su pesimismo y dijo a la madre y tía: "Solamente la Providencia podrá salvar al niño". La criatura pasó toda la noche y la mañana siguiendo delirando y con alucinaciones. Hablaba permanentemente.

Sor Ludovica debía salir a la calle para una tramitación; pero antes quiso visitar al chiquito, pensando que a su regreso no lo encontraría.

Al entrar la superiora en la sala, el niño la interpeló: **"¿Vos sos la hermanita que venís a salvarme?".** Ella le respondió: **"¡Sí!".**

En ese momento hizo salir a los familiares y se quedó a solas con el enfermito. A los diez minutos salió de la habitación dejando al niño tranquilo y dormido. Desde ese momento no tuvo ninguna complicación, se fue mejorando y a su tiempo dado de alta.

"Este hecho nos dejó impactados a todos. No podíamos creer... "Esto es obra del milagro", dijimos entre nosotros".

PROTECCION ESPIRITUAL Y MATERIAL

Jorge Osvaldo Vega nos cuenta su triste historia de niño enfermo, huérfano pero amparado por la Madre.

"Mi vida se la debo a la Superiora Ludovica. Nací el 16 de julio de 1949, con dificultades de salud. Le dijeron a mi madre que mi

vida estaba en las manos de Dios. Ella me dejó en el Hospital y poco después se fue a Córdoba donde falleció.

"La Madre Ludovica me cuidaba, me hacía atender y me llevaba al solario "San José" de Mar del Plata, para recuperarme y rehabilitarme. Pasé mi niñez bajo su mirada...

"La llamábamos "Madre Ludovica" porque sentíamos su protección espiritual y material y porque velaba como una madre por todos los enfermitos, para que no les faltara nada.

"Era una persona maravillosa. Creo verla presente y recorrer en este momento los pasillos y el hall central. Era incansable, recorría todas las salas y se preocupaba muchísimo para que a los niños no les faltara nada. Era exigente con las enfermeras... y se disgustaba si no cumplían con el tratamiento dado a los enfermos...

"Yo era chiquito y me llevaba con ella a la capilla. Rezaba el rosario. Yo permanecía arrodillado y miraba cómo ella rezaba, pues yo todavía no sabía hacerlo.

"Una Hermana, cuyo nombre no recuerdo, me enseñaba catecismo, pero no podía asimilarlo debido a mi debilidad. Más tarde seguí estudiándolo y estuve en condiciones de recibir la Primera Comunión...

"La Madre Ludovica se preocupaba de mi vida espiritual y, gracias a eso, hoy soy católico práctico, asisto a Misa todos los domingos y fiestas de guardar y aun entre semana".

22. — LOS PUPILOS DE LA SUPERIORA

NIÑOS HUERFANOS, ABANDONADOS, DESAMPARADOS

Muy pronto las Hermanas del Hospital de Niños se encontraron ante un problema por demás complejo y dramático: "¿Qué hacer con los niños huérfanos, desamparados porque los padres no los podían sostener o abandonados por sus mismos padres que aprovechaban la internación del hijo para escabullirse?".

Alejarlos era inhumano, derivarlos hacia otros Hogares podía ser traumático, tenerlos en el Hospital como polizones podía infringir alguna norma del reglamento. La superiora, de común acuerdo con las Hermanas, los tomó a su cargo y bajo su amparo. Los crio, los educó, costeó sus estudios, los preparó para la vida dándoles un oficio o una profesión.

De esta manera, Sor Ludovica, mujer de pocas letras, pero de gran corazón, transformó el hospital en un hogar-escuela.

Las carpetas en nuestro poder nos brindan amplios despliegues de los desvelos caritativos de Sor Ludovica.

¿Quién costeaba los gastos de esos niños y muchachos? Esos "pupilos" de Sor Ludovica no eran un rubro más del presupuesto oficial, o sea, no vivían a cargo de la administración pública, como se podría pensar; sino que la misma superiora los podía mantener, gracias a sus famosas **"economías"** que no sólo le permitía atenderlos a ellos, sino también dilatar su caridad hacia mucha otra gente necesitada. Y esas "economías", como ya lo dijeron las autoridades del Ministerio de Salud, eran frutos de sus esfuerzos y sacrificios, de su ojo avizor y de su viveza administrativa, de los ahorros en las compras al por mayor y al productor, de los cuidados con que se trataban las cosas, de las entradas de la granja-quinta de City Bell, de los donativos, de los festivales...

La mejor manera de ilustrar este aspecto es ofrecer los vívidos testimonios de los propios beneficiados. Ya hemos visto el caso de Jorge Osvaldo Vega. Ahora veremos otros testimonios.

"YO VIVI AL AMPARO DE SOR LUDOVICA"

Con este título tan significativo el contador Diomedes Sergio Corneli, "el hijo dilecto de Sor Ludovica", según opinión de Vicente Bianchi, nos relata su trayectoria:

"Nací el 8 de febrero de 1919 en la ciudad de La Plata, a pocos pasos del Hospital. Mi padre tenía conocimientos de electricidad y, cuando se lo requería, atendía los aparatos eléctricos que se utilizaban para el tratamiento de enfermos de parálisis infantil.

"En el año 1930 por motivos de salud ingresé en el Hospital de Niños. Tenía en ese momento 11 años. Por esos años fallecieron mis padres. Antes de morir mi madre en el año 1931, pidió a la superiora que me amparara. Atento a ese pedido continué en el Hospital hasta el año 1945 en que egresé para contraer matrimonio. Vale decir que estuve en contacto directo con la Madre durante 25 años y la seguí frecuentando hasta su muerte. Por esta razón estoy en condiciones de atestiguar lo humilde, emprendedora, tesonera, ejecutiva, bondadosa, cariñosa, en fin todas las cualidades de una excelsa persona...

"¿Qué más puedo decir de esta santa mujer que, pese a mil y una travesuras que hice, logró que primero terminara la escuela primaria, luego en la escuela de Comercio me recibiera de Perito Mercantil y en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires de Contador Público Nacional, con el que me gano la vida?".

NIÑA CELOSA DE SU EMPLEO

Agueda Miguel así la recuerda: "Tengo mucho que decir de mi querida Superiora Ludovica. Fue muy buena, hacía mucha caridad y estaba siempre rodeada de niños, sobre todo, pobres y desamparados.

"Yo la conocí desde que tenía ocho años y entré a trabajar a los catorce. Tuve el privilegio de estar muy cerca de ella. Para mí fue una santa.

"A los ocho años estuve internada y periódicamente me internaba, una vez por ocho meses, otra por nueve... hasta que comencé a trabajar para ayudar a mis padres.

"Como excepción, durante mis internaciones, andaba todo el día levantada y la superiora me dio un empleo: tener siempre limpio y lustrado el calentador donde se esterilizaban en esa época las jeringas por ebullición. En este empleo yo era muy celosa y cuidaba bien de él. La superiora era una excelente maestra y nos enseñaba a ser muy prolijas y limpias. Decía que teníamos que aprender a trabajar para el día de mañana.

"La conocí cuando todavía era Hermana de cocina. Yo me escapaba de la sala a la cocina porque ella siempre tenía algo para darme como extra".

EMPLEO PARA NIÑOS

Tanto el caso de Agueda Miguel como el de Vicente Bianchi, que desde los 14 años "pasó a desempeñarse como empleado de farmacia", nos plantea el problema de los empleos para niños en el Hospital. ¿Qué significado tenían?

El Hospital quería ser una gran familia. Como en las familias, los pequeños brindan su colaboración según sus posibilidades, así también era en el Hospital. Las tareas asignadas eran fáciles y las gratificaciones servían como aliciente pedagógico y obligaban al niño a dar importancia a sus funciones y a acrecentar su sentido de responsabilidad.

El Dr. Viviano Oscar Moviglia, director emérito del Hospital de Niños, nos lo confirma: "Los niños, abandonados por sus padres, eran criados y protegidos directamente por la superiora que les suministraba no sólo alimentación adecuada y vestimenta, sino también la educación correspondiente y, ya adultos, los enviaba a colegios secundarios y, luego, hasta la universidad o escuelas técnicas de acuerdo a su vocación.

"No dejaba pasar por alto las pequeñas necesidades económicas de los mismos. Por ello los ubicaba en tareas específicas y remuneradas y los ayudaba a administrar eficientemente dichos ingresos. De esta manera llegaron a ser hombres útiles para la

sociedad y a formar hogares que fueron ejemplo de rectitud y de católico comportamiento. Los que en la actualidad subsisten, dan testimonio de ello".

LA "VIEJA": SUS ENSEÑANZAS Y SUS CASTIGOS

Ramón Castillo, idóneo en la farmacia del Hospital y uno de los beneficiados de la superiora, en una conversación que tuvimos con él, desgrana una serie de recuerdos, a cual más chispeante y simpático. Como si fuera su "madre", Ramón da a la superiora el apodo cariñoso de "vieja". Reproducimos sus recuerdos con toda su frescura.

Su madre no lo podía tener en casa y lo dejó en el Hospital en el año 1945, cuando él tenía 11 años. La superiora lo tomó a su cargo.

Ramón dormía en la sala junto con los demás enfermos, comía con ellos, jugaba con ellos, trabajaba y se ganaba unos "manguitos" para caramelos. La superiora lo hizo estudiar, lo envió a la escuela comercial y, más adelante, a la industrial, donde recibió el diploma de instalador técnico, aunque la superiora deseaba que fuera contador.

La superiora le daba los consejos que toda madre suele dar: **¡Portate bien! ¡Estudia! ¡Hay que ser hombre de bien! ¡Prepárate un futuro!".**

En el Hospital sufrió varias operaciones: hernia, apendicitis... Tuvo dolores de cabeza y de garganta.

La "vieja" no quería que fuera grande. Necesitando pantalones, fue con la "vieja" a la tienda San Juan. El ya tenía 17 años y quería pantalones largos. Llamó aparte al vendedor y le suplicó que le dijera a la superiora que no había pantalones cortos, sino largos. Y se los vendió largos. Los estrenó ayudando la Misa como monaguillo; pero a la "vieja" no le gustaban y se los cortó provocando en él una pequeña rabieta.

Cuando llegó el momento del servicio militar, una parte la hizo en La Plata. Como despedida, la "vieja" le remitió una horma de queso; pero el cabo que la recibió, se la "afanó" y no llegó al legítimo destinatario. Cuando más tarde fue trasladado a Las Lajas

(Neuquén), la "vieja" le remitía paquetes con chocolatines, cigarrillos y unos "mangos".

Entre las travesuras recuerda que le gustaba ir al cine. Una vez le pidió a la "vieja" ir a una procesión y luego fue al cine, estando sobre ascuas. Regresó a casa a las 9 de la noche. La "vieja" lo esperaba a la entrada y en seguida, sin gritar, lo penitenció: **"¡A cama sin comer!"**. El castigo era muy común entre gringos campesinos. Pero poco después el Dr. Bortolotti le llevó la comida. ¿Acaso fue sugerencia de la "vieja"? Sin duda, era exigente, pero también madre.

A todos los niños internos y sanos les enseñaba a trabajar en la quinta y a preparar conservas y licores. Eran trabajos livianos, como desbrotar, trasplantar, dar vuelta a las batatas, juntar huevos en el gallinero, ayudar a faenar los cerdos...

Los doctores tenían plena confianza en la superiora y la admiraban. Una vez el Dr. Giglio iba a operar a Ramón en la pierna. Tenía las rodillas "pata de catre", o sea, encogidas. El doctor se lo dijo a la "vieja"; pero ella le dijo que no y alentó al muchacho con estas palabras: **"Eso se te va a ir solo"**. Y así sucedió

Una vez entrados en confianza, dirigimos a Ramón un montón de preguntas:

—La comida del Hospital ¿cómo era?

—Sabrosa, abundante y variada. Había que comer mucho. A la superiora no le gustaba que fueran a comer afuera, como si despreciaran la comida de la casa.

Y a Ramón se le hace agua la boca al evocar los "RAVIOLES DOMINICALES PARA TODO EL MUNDO, para niños y grandes, con estofado de pollo casero en salsa casera".

—Además del estudio, ¿tenían sus momentos de recreo y juegos?

—A la "vieja" le gustaba que jugáramos al fútbol.

—¿Les daban prendas o vestidos viejos, usados o...?

—Cuando compraba los vestidos, eran "cero kilómetro", todo nuevo en tienda San Juan. En asuntos de telas, la "vieja" era muy entendida.

—¿Ud. la veía rezar?

—Desgranaba rosarios al recorrer el Hospital y rezaba al comienzo de nuestras salidas.

—¿De dónde sacaba el dinero para propinas?

—La superiora tenía un bolsillo grande como un portafolio y tenía de todo: tijeras, papeles, caramelos, chocolatines, estampas, medallas, dinero...

—¿El Hospital celebraba alguna fiesta especial?

—La máxima fiesta y día del Hospital era el cumpleaños de la Madre. Acudía a visitarla muchísima gente y todos traían regalos y atenciones que luego servían para los niños. Todo el hall se llenaba de canastas de flores, ¡más que un velorio! (¡Sic!).

—Con tantos años y preocupaciones ¿se había aflojado un poco la memoria de la superiora?

—La "vieja" tenía una excelente memoria. Se acordaba de todos los cumpleaños del personal y con los augurios entregaba una atención. Cuando regresaba de Italia, traía regalos para todos.

—Con el personal de guardia, ¿cómo se portaba la superiora?

—Se portaba como una atenta ama de casa. Siempre había café o mate; durante el invierno, licor de guindas al que llamaban "Palito", y durante el verano cerveza.

—¿Cómo eran celebradas las fiestas nacionales?

—Las "chicas" iban bien arregladitas y pintaditas, con vestido blanco, toca blanca y capa azul, encabezadas por una abanderada, y se cautivaban las simpatías y los aplausos de la población. ¡Y todos contentos!

—¿Tiene algún recuerdo de sus viajes a Mar del Plata?

—La superiora, al viajar a Mar del Plata, llevaba de todo en la camioneta; entre otras cosas, un bolsón con primeros auxilios, por si acaso encontrara accidentados a quienes socorrer. Por intermedio de la "Costera Criolla" —dos de las hijas del dueño trabajaban en el Hospital—, casi a diario remitía al solario remedios, frutas y verduras.

—¿Cómo era la superiora?

—La superiora era igual con todos, estaba con todos y ayudaba a todos... La superiora fue mi "madre" —concluye emocionado Ramón.

¿QUIÉN GANO LA APUESTA?

"Es señor el que sabe reírse de sí mismo y permite que otros se rían de él" (Nietsche).

¿Quién no tiene debilidades, tics, modismos de lenguaje, maneras de mirar y caminar... susceptibles de ser imitados y tomados en broma? Todos los tenemos.

También Sor Ludovica tenía varios aspectos que podían ser imitados y provocar el regocijo: su jerga dialectal, sus modismos gramaticales, sus maneras de caminar... En el Hospital algunos enfermos y empleadas sabían imitarla perfectamente, provocando hilaridad.

¿Cómo tomaba la superiora la ocurrencia? Se reía ella misma, festejaba la broma y veía en ello una muestra de cariño.

El que más se lució en la imitación, fue Omar Artíguez, apodado Pichón. Lo hacía en privado, pero los compañeros le hicieron una apuesta en el sentido de que él no era capaz de imitar la manera de hablar y caminar de la "vieja", pero delante de ella.

Pichón aceptó el desafío y tres de sus compañeros debían comprobarlo, arrimándose a la puerta que quedó entornada, pero no cerrada.

Pichón entró en el escritorio de la superiora, caminando como ella lo hacía y tomándose el hábito (él los pantalones) a la altura de la rodilla:

—Buen día, superiora.

—Buen día, Pichón. ¿Qué dice?

—¿Sabe una cosa, superiora?... Los muchachos me hicieron una apuesta...

—¿Qué dice?... ¿Ahora también se ponen a jugar?...

—No, superiora. Me dicen que yo no soy capaz de hablar como Ud. Me dijeron: "¡A qué vos no hablás con "la vieja", como habla ella...".

—Ya sé que me dicen **"la vieja"**; pero es por cariño, ¿sabe?

—Sí, superiora. Es por cariño; pero ellos no creían que yo lo haría. Fíjese y vea: aquí están —(Abre de improviso la puerta y los tres que, apoyados contra ella, estaban escuchando y riéndose, casi caen dentro del escritorio).

La superiora, riéndose de la ocurrencia y de la casi caída de los apostadores de Pichón, los despidió así: "¡Dios mío! ¡Pero mira qué cosas vienen a jugar!...".

23. — ESPIRITU DE FAMILIA

CORAZON DEL HOSPITAL

Muy a menudo, tanto en las empresas industriales como en la administración pública, cunden el individualismo, el recelo, la cerrazón, brotes de envidia y de intrigas... Son actitudes y gestos deleznables y sus resultados nefastos.

Por esto es notable el espíritu de familia que en el Hospital de Niños supo impulsar Sor Ludovica con la colaboración de las Hermanas. Todos los testimonios lo destacan.

Las palabras de Hedibia Berreta, la uruguaya que gozó de "la especial protección" de Sor Ludovica, son muy ilustrativas: "La superiora hizo del Hospital una gran familia. Tenía una comunicación fluida con los empleados y conocía las situaciones y necesidades de cada uno de ellos. Trataba de solucionar sus problemas familiares".

Con la misma admiración y gratitud se expresa Agueda Miguel, la chica que, durante sus internaciones, tenía a su cargo la limpieza y lustre del calentador para esterilizar las jeringas: "La superiora se ocupaba mucho del personal, especialmente cuando teníamos mucho trabajo. Al final de las tareas nos daba un refrigerio para reconfortarnos. En el Hospital reinaba un espíritu de familia. La superiora era el corazón de esto y a su alrededor éramos felices".

ESPIRITU DE UNION FRATERNAL

El Dr. Santiago Gorostiague, después de una amplia enumeración de las actividades de Sor Ludovica, se detiene morosa y amorosamente sobre el significado hondo y personalizante de su presencia y de su acción en el Hospital. Sin duda, las cifras son

importantes y las "obras son amores"; pero los grandes valores que todo lo trascienden y lo iluminan son los valores de la fraternidad y solidaridad, el deseo de dar y de darse, la sensibilidad a todo dolor y la apertura a compartir gozos y alegrías:

"Cabe señalar que tuvo especial relieve en Sor Ludovica una permanente actitud que configuró toda una manera de ser a través de toda su vida. Esa actitud —quiero expresarlo con especial énfasis— fue la de una permanente preocupación por dotar a esta Casa, junto a los elementos materiales, de un espíritu de unión fraternal y de un nexo efectivo de humana comprensión que consiguió llevar a cabo ampliamente, como podemos atestiguarlo quienes hemos vivido aquí durante muchos años".

"Esta acción trascendió los límites del Hospital y se extendió por todas las capas sociales de nuestra ciudad. Fue ayuda providencial y ángel tutelar en unos casos; en otros consejera excepcional por el conocimiento que poseía de las virtudes y defectos humanos. Su actitud vigilante le permitió estar presente en todos los acontecimientos que acaecieron en su gran familia, acrecentando con su acción o con su presencia la alegría de los momentos felices, o llevando el consuelo y la resignación en las horas amargas de la vida".

"SUS PALABRAS DABAN SEGURIDAD"

Ese espíritu de familia no se logra con una orden, ni con un boletín, ni en un día; sino que es una conquista difícil, un esfuerzo diario, una recompensa después de múltiples sacrificios e iniciativas.

El Dr. Carlos Boffi, director del Hospital de Niños, en la alocución durante el sepelio de Sor Ludovica, ponderaba, entre otros, dos momentos de su vida:

"Durante años la Superiora Ludovica tuvo a su cargo la delicadísima tarea y la ardua responsabilidad de anestesista. ¡Y cómo la realizaba! La realizaba con la fervorosa y maternal dedicación de que cada uno de los operados era algo muy suyo.

"También atendió el teléfono del Hospital. Eran llamadas angustiosas que pedían una cama para un pequeño herido, recla-

mos doloridos de las madres que preguntaban por sus pequeños internados, ya que el reglamento no les permitía velarlos cerca... Y sus palabras, con esa entonación de seguridad tan comunicativa y consoladora, llevaban alivio a tanto corazón maternal, para que se esperara una noche más hasta la hora de la visita del día siguiente... A veces, aunque violara el reglamento, el permiso era la solución.

"En su dormitorio hay un teléfono interno. El personal de la guardia lo sabe. Por cualquier caso grave había que llamarla. No delegaba en nadie ni la responsabilidad ni las preocupaciones".

PROVISION DE ANTIBIOTICOS

Lo que cautivaba el corazón de los empleados, no sólo era la solicitud hacia ellos, sino también la preocupación para sus familiares.

Nos complacemos en citar el testimonio de María T. Bozzarelli, en el que se advierten severidad en el reclutamiento del personal y al mismo tiempo una gran comprensión hacia las necesidades familiares.

"A la superiora le debo mi nombramiento. Al presentarme a ella, me dijo con su característica forma de hablar: **"M'hijita, esto no es para vos. ¡Mucho arreglo y aquí se viene para trabajar!".**

—Sí, superiora —le contestó—. Estoy dispuesta a ello, se lo aseguro.

—¡Bueno! —me dijo—. **Como te manda el señor Ferrari, te vamos a probar. Te mando a cirugía con la Hermana Eugenia y, si aprendes, te quedas".**

"Parece que aprendí, pues todavía estoy en él".

"Decir algo de la superiora es muy fácil y difícil a la vez, pues todo parece poco. Contaré lo siguiente. Hallándose una hermana mía muy grave por una operación de urgencia, Sor Ludovica, al enterarse, no sólo me dio permiso para faltar al Hospital a pesar de que en el año 1952 había muy poco personal, sino que comprendió lo que significaba para mí sentimentalmente.

No dejó un día sin hablarme por teléfono para enterarse del estado de salud de mi hermana y me proveyó de los antibióticos que mi hermana necesitaba. Eso no lo olvidaré jamás".

ZAPATOS, JUGUETES Y CARAMELOS

El regocijo une los corazones y fomenta el espíritu de familia, como nos dice el refrán: "Una pena compartida se reduce a la mitad, una alegría compartida se duplica". Por esto durante el año se intercalan momentos de esparcimiento y fiestas que liberan de las preocupaciones diarias, alivian el espíritu y afianzan la amistad y la fraternidad.

Navidad y Reyes son los tiempos ideales para las alegrías infantiles. Los cumpleaños y los onomásticos son las gratas celebraciones de los grandes.

Un Hospital de Niños, evidentemente, debe ofrecer a los pequeños pacientes un ambiente cálido, luminoso y alegre.

Sor Ludovica, con su sensibilidad de mujer y de "madre", quería todo lo mejor para "sus" niños. Tanto la ropa de cama como los colores y los dibujos de las salas debían tener tonalidades cálidas para que la estadía fuera más grata y la recuperación más rápida.

El pupilo Vicente Bianchi así recuerda: "Para las fiestas de fin de año se instalaban en las salas ramajes traídos del Parque Saavedra, colmados de juguetes y golosinas para los enfermitos. En vísperas de Reyes, ante la puerta de la superiora depositábamos el clásico zapato que invariablemente aparecía con golosinas y un hermoso pañuelo para varones y medias para las mujeres".

María T. Bozzarelli evoca con nostalgia "las felicitaciones de fin de año con estampas del Niño-Dios que la superiora enviaba a todo el personal sin distinción".

También Don Raúl Romero recuerda con entrañable cariño las atenciones recibidas: "Tuve la dicha de contar con la amistad y confianza de Sor Ludovica. Junto a sus recuerdos conservo también sus pañuelitos y estampas, bordados por sus propias manos, y que me obsequiara para Pascua y Navidad".

PAPA NOEL, DISFRAZADO DE MONJA

Sor Lilia Tamborini, que nos ha regalado el espíritu con tantos episodios caritativos de la superiora, nos relata otro episodio en el que el traspapeleo, o destrabalenguas idiomático, favorece el envío de donaciones:

"Por Navidad le llegaban de todas las fábricas cientos de pares de calzados, pantalones, ropa interior, juguetes, golosinas, dulces y otros dones de Dios. Tenía un salón enorme en el que ponía, bien separadas y clasificadas, todas estas donaciones para hacerlas distribuir a los numerosísimos pobres, grandes y chicos, que esperaban a "Papá Noel".

"Un año, por el cambio de Ministro que no estaba enterado de hacer llegar las acostumbradas donaciones con la debida anticipación, no llegaban los regalos.

"Viendo que transcurrían los días sin recibir nada, la superiora inició una novena con toda la comunidad y se informó acerca de quién era el nuevo Ministro.

"Al saber que se llamaba Fiorito y que se había casado con una carísima alumna de nuestro colegio, pidió la dirección y se presentó en su casa para hablar con la esposa. Con la habitual humildad pero también con la seguridad de recibir algo para sus predilectos, le dijo a la señora a quemarropa: **"Necesito un favor muy grande: que me hagas GANCHO con tu esposo".**

"Esta buena hija, conociendo el idioma de la querida superiora, comprendió inmediatamente que el vocablo era totalmente errado. En lugar de decir GANCHO, debía haber dicho GAUCHADA, que significa caridad y una cortesía muy especial.

"Riendo, respondió: "Es imposible, porque mi marido ya está enganchado conmigo en matrimonio; pero la gauchada se la hago en seguida". Llamó al Ministro y, después de algunos momentos de conversación repitiendo la misma palabra equivocada, resolvió el problema. Hallándose en una reunión, el Ministro contó esta anécdota que tuvo tanto suceso que, aquel año, la cantidad de donaciones se duplicó".

DELICADEZAS Y ATENCIONES

Sembrar atenciones a lo largo de los días es un gesto de exquisita caridad y a la vez la manera más segura de conquistar simpatías y acrecentar el espíritu de familia.

Vicente Bianchi nos relata las atenciones de la superiora a través de los productos de la granja: "Sor Ludovica tenía amigos en toda la ciudad, desde las clases más encumbradas hasta las más modestas y humildes familias. Cuando se faenaban los cerdos o las cosechas de la granja rendían más de lo previsto, ella se encargaba de preparar los clásicos envíos.

Diomedes Corneli nos cuenta que se preparaban "scones, bizcochos y licores para las atenciones al cuerpo médico". Ramón Castillo nos dice que para la sala de guardias había "mate, café y licor de guindas, preparado en casa".

Luis Horacio Velázquez nos relata cómo, después de cumplir su "hazaña" juvenil con otros seis compañeros —recolectar víveres para los presos y golosinas para el Hospital—, fue obsequiado por la Madre "con una copita de licor, para ahuyentar el frío, licor preparado por sus manos".

Lo que todos más apreciaban eran las atenciones personales en ocasión de los cumpleaños u otras fiestas del personal. Eran, pues, atenciones íntimas y amistosas.

"PRESENTE EN EL DOLOR Y EN LA ELEGRIA"

He aquí las vívidas impresiones de Luis H. Velázquez: "La Madre está en todo. Conoce por su nombre y apellido a sus colaboradores y a muchísimos niños que pasaron por el Hospital, unidos por invisibles raíces a la comunidad de sentimientos. Ningún médico o practicante cumplen años sin que ella se haga presente con un obsequio: el pañuelo o la toalla con el monograma bordado primorosamente por manos recoletas. No olvida ninguna fecha, no pasa por alto ninguna ocasión. No está ausente ni en el dolor ni en los momentos de alegría. Ella misma prepara el altar del casamiento al desposarse un compañero. Y cuando al-

guien muere, sus manos deslizan las cuentas del rosario, como lágrimas negras, al rezar en la capilla ardiente".

El periodista del diario EL DIA así enriquece sus notas: "La superiora jamás olvida el cumpleaños de cada médico, quien, al llegar ese día, encuentra invariablemente un pañuelo, flores y una botella de licor de nombre absurdo, fabricado por la misma Hermana Ludovica".

La buena "gringa" sabe llegar al corazón a través de los ojos, de los labios y del estómago.

Y los médicos, cautivados por la nobleza de sus gestos y su corazón de Madre, se le entregan: "Tanto los viejos médicos como los jóvenes, ¡cómo quieren y defienden a su Hospital! ¡Cómo pelean por él, como si fuera algo propio, consubstanciado con sus mismas vidas! A ella le confían sus preocupaciones; ella es su consejera y a veces su conciencia".

Todos guardan con cariño, como una reliquia, los regalos recibidos de la superiora.

Escribe Victoria Noaca de Elorza: "Conservo un crucifijo que la superiora me obsequió para que Dios me proteja. Desde que me lo regaló hasta la fecha lo conservo a la cabecera de mi cama y no me separo nunca de El".

Don Raúl Romero confirma estas impresiones con cariño y admiración: "Junto con sus recuerdos conservo también sus estampas y pañuelitos, bordados por sus propias manos, y que me obsequiara para Navidad y Pascua".

BOCHINCHE MEDICO, SEÑAL DE UNION

Donde hay niños, hay bulla, animación, vida, alegría; y la madre, lejos de enojarse por las molestias, se siente dichosa y gratificada. A veces hay niños... grandes.

Los médicos internos del Hospital, aprovechando el sosiego nocturno, se entregaban al canto, a la guitarra o a animadas partidas de truco, en las que el entusiasmo, la euforia y a veces la gritería desbordaban las paredes y repercutían por los pasillos, estorbando el frágil sueño de la superiora y despertándola. ¿Qué se podía hacer? La respuesta de la superiora, según el testimo-

nio de Sor Natividad, nos da la clave de su espíritu generoso y maternal:

"Yo fui Hermana serena durante quince años y la superiora me recomendaba mucho que las guardias médicas y el personal de noche estuvieran muy unidos. Sor Ludovica sufría de muchos dolores de cabeza por las enfermedades del riñón —tenía uno solo, porque el otro se lo habían extirpado—. Por eso dormía siempre poco de noche y se desvelaba al menor ruido.

"Cuando yo a la madrugada pasaba frente a su dormitorio y veía el velador encendido, entraba para preguntarle si necesitaba algo y aprovechaba para quejarme porque los médicos hacían mucha bulla jugando de noche y despertándola. Ella me respondía: "No es nada, dejen que jueguen, que hagan bochinche. **Eso quiere decir que están unidos".** La superiora buscaba siempre la paz, la unión y el espíritu de familia entre todo el personal del Hospital y las Hermanas".

DIA DE LA SUPERIORA Y FIESTA DEL HOSPITAL

Nadie sabe cómo y porqué se instituyó el 1º de octubre como DIA DE LA SUPERIORA LUDOVICA. ¿Una corazonada, un hallazgo de sus admiradores, para brindarle un homenaje o una "broma" de sus colaboradores, para atraer todas las miradas de una ciudad sobre las actividades del Hospital?

Poco a poco, el DIA DE LA SUPERIORA LUDOVICA pasó a ser el día más importante del calendario del Hospital y uno de los días más faustos para la ciudad de La Plata.

Acudían tanto las personalidades más destacadas de Salud Pública como los más humildes vecinos que querían expresarle su cariño y su gratitud por los beneficios recibidos.

No sólo eran visitas de cortesía, sino que desde muy temprano comenzaban a llegar obsequios y atenciones, que se transformaban en mayor bienestar para los niños y en mejores servicios para todos. Y doquiera, por el hall y pasillos, profusión de flores, cuya policromía era un himno primaveral. Pero la superiora, más sensatamente, en lugar de esas canastas y ramos que

muy pronto se marchitarían, hubiera deseado cosas más útiles y duraderas para sus niños.

La superiora disfrutaba de la alegría de todos; pero tanto se había encarnado en ella el compromiso de sus responsabilidades como "madrecita" de cientos y cientos de criaturas que, si tenía que "realizar algún trabajo para sus enfermos", no dudaba en retirarse a escondidas. Sor Ludovica no era mujer de vida social, sino madre solícita y abnegada.

Los siguientes testimonios nos harán vivir y nos contagiarán los gozos de ese día:

Vicente Bianchi: "El 1º de octubre: no sé cómo se instituyó el DIA DE LA SUPERIORA LUDOVICA. ¿Qué se festejaba? ¿Su cumpleaños, su santo, su llegada al Hospital, su profesión religiosa? No sé. Yo nunca supe concretamente qué se festejaba. Lo positivo y real es que a media mañana comenzaban la llegada de obsequios y canastas de flores y las visitas de personalidades, amigos y vecinos humildes que ya habían participado de la Misa y que, al saludar a la superiora, más de una vez las lágrimas suplían a las palabras. No siempre la homenajeada estaba feliz. Más de una vez la oí decir: **"En lugar de flores y regalos, ¡que me manden lo que necesito para las necesidades del Hospital!".**

Diomedes S. Corneli: "Antes de mediodía la dirección se cubría de un vergel de canastos de flores y la Madre Ludovica recibía a media ciudad de La Plata".

Luis Horacio Velázquez: "EL DIA DE LA SUPERIORA LUDOVICA es el cumpleaños del Hospital y, por analogía, el cumpleaños de todos los seres vinculados a él por distintos motivos, uniendo al médico y a los servidores, a cada uno y a su familia, con esa otra familia cordial que le rodea en su labor sacrificada de cada hora. Así, unidos fraternalmente, coadyuvarán con más fervor en el progreso incesante de la Casa y en el desarrollo del bien y de la ciencia".

24. — LA BUENA SAMARITANA

Iniciativas edilicias, preocupaciones administrativas, solícitos cuidados a los enfermos, aliento y seguridad a las madres, esmeradas atenciones al personal, asistencia y amparo a huérfanos y abandonados... forman una rica foja de servicios humanos y divinos que iluminan la trayectoria de la superiora. Pero como la caridad es universal y tiene por límites las necesidades ajenas —DIOS ES CARIDAD y es Padre y Autor de todo bien—, veremos en este capítulo otros aspectos del alma caritativa de la sierva de Dios.

DISCRECION Y GENEROSIDAD

Vicente Bianchi, quien fue a menudo la mano derecha de la superiora para ayudar a los pobres, nos cuenta así:

"Ella tenía amigos en toda la ciudad, desde las clases más encumbradas hasta las familias más modestas y humildes. Cuando se faenaban los cerdos o las cosechas de la granja rendían más de lo previsto, ella se encargaba de preparar los clásicos envíos; sobre todo a las familias de antiguo arraigo que habían caído en desgracia política, malos negocios, o malgastado sus bienes. Siempre buscaba a quienes le merecíamos confianza y discreción. Depositaba los envíos con su consabido aviso: **"¡No diga adónde va, m'hjito! ¡Hay que ayudar a los pobres vergonzantes, sin que éstos se ofendan!".**

Agueda Miguel tiene recuerdos conmovedores: "A la vuelta del Hospital había un anciano abandonado y estaba solito. La superiora, al enterarse, fue a verlo y me llevó a mí para que la acompañara. Le llevó una canastita de alimentos, se cercioró de la situación y, luego, mandaba todos los días un empleado para que le alcanzara la comida y lo auxiliara en sus necesidades.

"Conocí a una familia, que vivía frente al Hospital, familia de muy buena posición, pero que por razones políticas quedó muy pobre y no tenía qué comer. La superiora con mucha reserva le hacía llegar la comida con mucha delicadeza y prudencia para que no sufriera ni se enteraran los vecinos y empleados.

"La superiora era excepcional. Cuando había un drama en una familia, allí estaba ella para solucionar problemas familiares, unir matrimonios, socorrer hijos... Cuando falleció mi mamá, la superiora fue a buscar a mi papá y a mis hermanos y nos hizo todos los trámites para aliviar nuestro dolor".

OLLAS POPULARES

Luis Horacio Velázquez así describe la penosa situación de algunas familias: "Gente muy pobre llega a golpear la puerta del Hospital, sobre todo de noche. Trae su marmita, su olla vacía, su tachito limpio. La serena ya sabe la orden terminante de Sor Ludovica. Va adentro y los trae llenos de comida. Durante años se ha dado a muchos el sustento cotidiano, pues por disposición superior las cocinas deben preparar las comidas con holgura".

Sor Encarnación Cosoli nos relata una situación particularmente penosa del año 1934. Fue un año de hambruna "para gente que había estado en muy buena posición y vinculada al hospital y que por circunstancias políticas había empobrecido y no tenía qué comer.

"La superiora iba a la cocina y, con las cosas que le donaban, preparaba la comida que, alrededor de las 11 hs., distribuía en ollitas listas para la entrega.

"Para evitar a las personas la vergüenza de venir a buscarlas, ella misma en el mateo las repartía. No hacía más que tocar el timbre, dejar las ollitas y seguir a la otra casa.

"Esto se supo después de mucho tiempo porque ella jamás lo mencionaba. El señor que manejaba el mateo les dijo a las Hermanas lo que la superiora hacía en la época en que la gente tenía tanta hambre".

CAMA, REMEDIOS Y ATENCIONES

La benevolencia de la superiora de manera peculiar se extendía a los familiares de los empleados.

He aquí cómo se expresa Vicente Bianchi: "Como aquellos años los enfermos de oftalmología eran escasos, siempre había algunas camas disponibles en las salitas de varones o mujeres. En las mismas se alojaba el personal masculino o femenino que padeciera alguna enfermedad y otra piecita en el mismo servicio que albergó muchas veces a familiares del personal, sin distinción de categorías, que Sor Ludovica trasladaba al Hospital para su atención. Mi madre, atacada de una fuerte dolencia bronquiel, gozó también de ese privilegio".

Hedibia Berreta lo confirma: "Se preocupaba mucho por los familiares de los empleados y médicos. Cuando se enteraba que había enfermos en sus casas, los mandaba buscar, los hacía internar, los colmaba de atenciones y les procuraba la alimentación y los medicamentos mandados por el médico".

Juana Mulen pondera tanto la ayuda material como la ayuda moral: "La superiora me daba hermosos consejos para que fuera buena cristiana y una chica responsable y cuidadosa de la salud de los niños. Me decía que, cuando necesitaba ayuda, recurriera a ella. Yo tenía un familiar enfermo y ella me prestaba dinero para comprar los remedios y para su atención.

¡Cómo no estar yo agradecida, por todo lo que ella hizo por mí! No sólo le importábamos los empleados como tales, sino que se ocupaba de todos nuestros problemas. Vivía las necesidades de todos. Se preocupaba por nuestra salud, por nuestras familias y sus necesidades".

LA PALABRA DE LA SUPERIORA ERA UNA ORDEN

La bondad de la superiora hacia Eusebio Giorgis nos parece hasta exagerada tanto que llegó a desafiar una disposición del director; pero lo hacía para amparar a un pobre indefenso. He aquí su relato:

"Cuando ingresé al Hospital, la superiora me llevó al escritorio y lo primero que me dijo, fue: **"Esta es su casa; aquí hay**

que tener mucho respeto". A los quince días me llamó para preguntarme dónde vivía y le respondí en una pensión. Me dijo: **"Desde ahora ésta es su casa: se queda a comer y a vivir aquí".**

"Fui chofer de Sor Ludovica: ella fue una segunda Madre para mí.

"Se hacía respetar. Era exigente en cuanto se atendiera bien a los enfermitos y se cumpliera con todo lo indicado por los médicos. Era la Madre de todos.

"En una época, el director del Hospital, Dr. Carlos Boffi, me llamó y me dio el pase para el Hospital de Romero. Decía que yo manejaba despacio y estaba sordo. Por eso él no me quería en el Hospital.

"La superiora Ludovica, como administradora y jefa del personal, se apersonó al Sr. Director y le dijo: **"Pero mire, Sr. Director, ¿no lo quiere a Giorgis, porque está sordo? Que se quede conmigo. Es un empleado responsable y de máxima confianza. Que se quede de chofer mío. ¡Del Hospital de Niños no se va".** Así fue: su palabra era una orden".

HACIA LOS MUERTOS: ORACIONES Y SERVICIOS

Josefa Muabre en un recuerdo personal conmovedor nos habla de la exquisita amabilidad de la superiora:

"Mi hermano Cayetano era taxista y muchas veces llevó a la superiora con su coche a realizar trámites. Ella lo llamaba "Pan de Dios".

"Puedo testimoniar que la Madre Ludovica era buenísima, aunque enérgica y exigente, cuando era necesario para el buen funcionamiento del Hospital; y servicial: se preocupaba por las necesidades de los demás. Tenía mucha caridad.

"Cuando falleció mamá, en el año 1959, yo le puse de mortaja un vestido azul con botones de perlas, sin acomodar su cuerpo. La superiora vino a casa a presentar sus condolencias y a rezar; pero le pareció que no estaba bien arreglada en el cajón, y me dijo: **"Pero, m'hijita, vamos a acomodarla bien".** Sacó del vestido el cinturón, con el que sujetó las piernas, y le sacó las perlas para que

quedara más decorosa en la cámara mortuoria. Esto demuestra el gran respeto que tenía también por los difuntos y la caridad para conmigo, que me encontraba ante esta situación dolorosa y sin experiencia. Acompañó a nuestra familia, rezó el rosario y llamó al sacerdote para que despidiera sus restos con un responso".

EL MILAGRO DE SU CARTERITA

El diario "EL ARGENTINO", en ocasión del sepelio de Sor Ludovica, elogia así su espíritu dadivoso: "Fue ayuda providencial y ángel tutelar, para aquellos que acudieron a solicitar el milagro de su carterita".

"En varias oportunidades —testifica el Dr. Viviano Oscar Moviglia— ayudó económicamente a estudiantes y personal con problemas y distribuía su sueldo entre los empleados más necesitados".

"Lo mismo destaca la resolución ministerial en la fundamentación con que se autorizaba la erección de un monumento en honor de la superiora: "Que su altruismo se manifestó en su interés en lograr el perfeccionamiento de los jóvenes practicantes que se desempeñaron en este Hospital, contribuyendo, en no pocas oportunidades, con su escaso peculio a facilitar el traslado de los mismos a centros científicos o a solucionar sus problemas económicos, siendo en todo momento consejera y madre".

Igualmente lo pondera la cronista de la Congregación: "Muchos jóvenes fueron ayudados por la superiora para que prosiguieran sus estudios y hoy son médicos, profesionales y artesanos que viven honestamente su vida, gracias a la caridad con que fueron seguidos por ella en los difíciles momentos de su vida.

"Debemos añadir los seminaristas ayudados, curados, como miembros internos de la obra, provistos de cuanto necesitaban en la salud y en las cosas personales; sacerdotes alojados en el solario de Mar del Plata, para que recuperaran la salud: ex-alumnas, empleadas y personas de toda clase protegidas y ayudadas... Todo expresa claramente el corazón de la buena superiora. Ella vivió el programa: **"Hacer el bien sin mirar a quien"**, y lo hizo

sacrificándose ella misma, su sueño, su reposo y su alimento; olvidándose y silenciando sus sufrimientos físicos".

Sor Encarnación así declara: "La superiora daba a los pobres lo que le daban para ella: el chico que no tenía qué comer, la mujer que no tenía qué darles a sus hijos, aquel que no tenía trabajo; ese estudiante que no tenía cinco centavos para el tranvía hasta la Facultad, el practicante que no podía costearse una entrada al fútbol o al cine... Si carecían de libros para estudiar, ella se las ingeniaba para procurárselos por intermedio de unos y de otros. Todo lo hacía con desinterés, no hacía alarde de nada. Ella nunca esperaba nada para ella. Su vida era dar".

Concluye Sor Marta Dimele: "¡Cuántas obras de bien y de amor al prójimo, que nadie supo sino sólo Dios y quien las recibió! ¡A cuántas familias que el Señor probó como a Job, ella oculta y silenciosamente se las ingenió para ayudarlas de cualquier manera!".

LA BATITA Y EL MAR

A Don Raúl Romero, gran admirador de Sor Ludovica, cedemos la pluma para concluir este capítulo con una deliciosa anécdota:

"Mar del Plata. Enero. Domingo a la mañana. Me voy al puerto a comprar unos mariscos. En el camino obligado paso por el solario "San José" del Hospital de Niños. Es temprano. Paro un momento para saludar a las Hermanas y me encuentro con que la Hermana Ludovica, ya viejecita, está pasando unos días de descanso. De lejos me la señalan sentada cerca del mar. La veo de espaldas. Me encamino hacia ella preparando una broma por ser la primera vez que la encuentro sin hacer nada; pero, al llegar, me quedo callado, mirándola sonriente. Está tejiendo una batita para "sus" chicos del Hospital, mientras tararea el hermoso canto: "Salve Regina".

25. — AMIGA Y CONSEJERA

CAPTACION DE SITUACIONES INTIMAS

Sor Ludovica era una mujer de pocas letras, pero de gran sensibilidad y fina intuición, que son dos condiciones ideales para ser **"amiga y consejera".**

He aquí el testimonio del Dr. Viviano Oscar Moviglia: "Su particular inteligencia y notable intuición le permitían captar rápida y fácilmente situaciones íntimas en el personal del Hospital, a las que daba soluciones apropiadas".

Como portavoz de un sinnúmero de enfermeros, así se explaya Dora Cuomo: "La superiora fue para mí un ejemplo. De ella aprendí los cuidados que se deben prodigar a los enfermitos, el afecto con que se debe tratar a los niños, la responsabilidad, el orden, la disciplina.

"Fue para mí como para muchas enfermeras una gran consejera espiritual. Cada vez que la precisábamos, supimos de su amor y de su bondad".

Sor Ludovica tenía una condición natural para ser amiga y consejera. Ella era de por sí silenciosa y recogida. Y se sabe que los que sufren alguna angustia psíquica, más que consejos u orientaciones necesitan un desahogo y un oído atento que sepa escucharlos. Por esto los mejores educadores, médicos o confesores no son los que hablan mejor, sino los que escuchan mejor. Un desahogo sincero ya es un comienzo de solución en los conflictos psíquicos y familiares.

Así la ve el Profesor Ernesto Raúl Delfino: "La Hermana Ludovica hablaba muy mal el castellano. En realidad hablaba poco; pero decía lo justo, lo oportuno, y siempre solucionaba los problemas del alma e infinidad de veces los del cuerpo".

ENORME DISCRECION

Su secretaria, Ana María Grattoni, nos pondera otros aspectos de las relaciones de la superiora con la gente: "Sólo la fuerza que otorga el Señor a sus elegidos, permitió que repartiera su tiempo en la misión comunitaria y en el apoyo individual, ofreciendo consejos a los muchos que recurrían a solicitarlos. Personalidades de distintos ámbitos, profesionales destacados, hombres y mujeres de todos los niveles sociales acudían a escuchar su palabra siempre serena, buscando solución a sus problemas personales. Una enorme discreción acompañaba a todos sus actos".

El testimonio que nos ofrece el Padre Carlos nos parece particularmente valioso. Un día, conversando con el Padre Fernando Carballo, éste le dijo: **"Mirá, la superiora es el Don del Consejo, hecho mujer"** (El Pbro. Carballo era entonces estudiante de teología y estuvo internado en el solario durante varios años).

Por su parte el Padre Carballo expresa su gratitud a la superiora "por los sabios y santos consejos que nos daba".

Concluye el Dr. Santiago Gorostiague: "Para muchos fue consejera excepcional por su experiencia de la vida, su inteligencia y su conocimiento de las virtudes y defectos humanos. Nadie salió defraudado, cuando su causa era noble y los fines honestos".

LUCHAR JUNTOS

Juana Mulen destaca el aliento que daban las palabras de la Hermana: "La superiora siempre nos aconsejaba y se ponía al lado de una para luchar juntas. Estaba en todos los lugares del Hospital y hasta en las guardias de los médicos cirujanos, a los que ayudaba en todo hasta si había que hacer una anestesia. Trabajaba todo el día. Llegaban las tres de la mañana y pasaba a la capilla para cumplir su profesión de religiosa. Fue una Madre de Misericordia para los que se le acercaron".

Todo estudiante está sujeto a los vaivenes y riesgos de los exámenes. A veces va bien, otras se fracasa. No hay que desalentarse por ello y menos flaquear. Son gajes de la vida que nos curten y nos desafían.

"Un estudiante de medicina —cuenta Luis H. Velázquez— atiende con desgano su puesto de practicante en el Hospital. Lo han aplazado en una materia. La superiora se entera, pero no lo disculpa con una falsa bondad, sino que lo estimula con estas palabras de acicate: **"La vida es dura, m'hijito... ¡Hay que luchar!".**

"¿COMO ANDA SU ESTANCIA?"

Los empleados del Hospital no eran un número ni unos tecnócratas, sino personas de carne y hueso, con sus obligaciones, pero también con sus problemas y necesidades. El testimonio de Sor Marta Dimele es sugestivo:

"La superiora siempre me preguntaba: **"¿Cómo anda su estancia?".** Se refería a la sala, a todas las tareas que tenía que cumplir, especialmente la atención de los enfermos, incluso a mis necesidades. Quería que la tuviera al tanto de lo que acontecía, en especial de las necesidades de los enfermitos. Siempre nos enviaba extras para los chiquitos delicados, enfermizos, débiles o de larga enfermedad; para los enfermos de tisiología, ortopedia y traumatología; para los afectados por las secuelas de poliomielitis. Tenía el gran afán de que no les faltara alimento, ropa, abrigo. Por ellos sufrió y trabajó incansablemente hasta conseguir el solario "San José" de Punta Mogotes. ¡Cuántos allí se curaron! ¡Cuántos pasaron allí su niñez sana y robusta, gracias a la superiora Ludovica!".

Entre los beneficiados se destaca el Padre Fernando Carballo: "En el solario fui recibido siendo seminarista para recuperarme de una enfermedad ósea que me afectaba. En él estuve varios años, durante los cuales pude apreciar el amor de las Hermanas por los niños y, sobre todo, la dedicación constante y total de la Madre Ludovica en favor de ellos".

SITUACIONES IRREGULARES

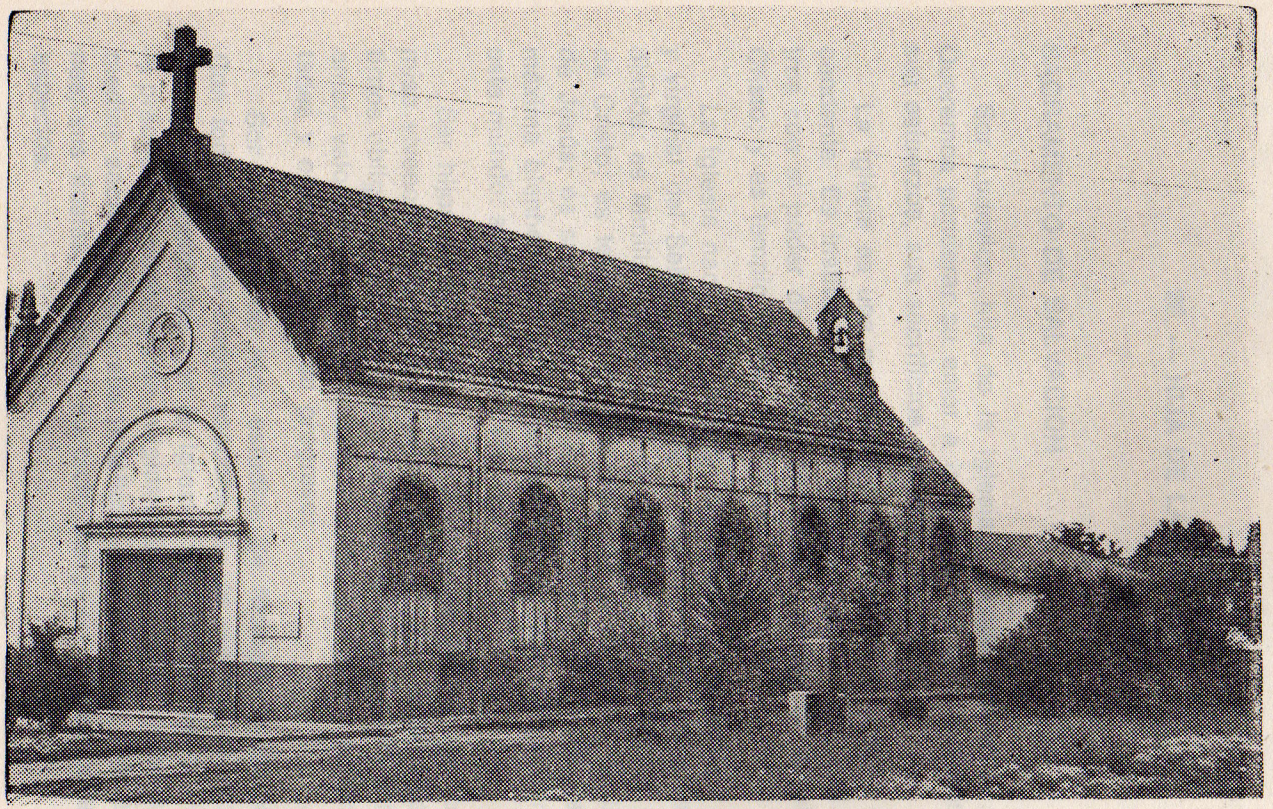
Los libros de espiritualidad, para estimularnos, nos pintan los valores ideales. Sin embargo, a pesar de los códigos e idealismos, la vida nos imbrica en situaciones irregulares que por cierto

no son justificables; pero tampoco merecen que se les arroje la primera piedra. Sólo nos caben comprensión y apoyo.

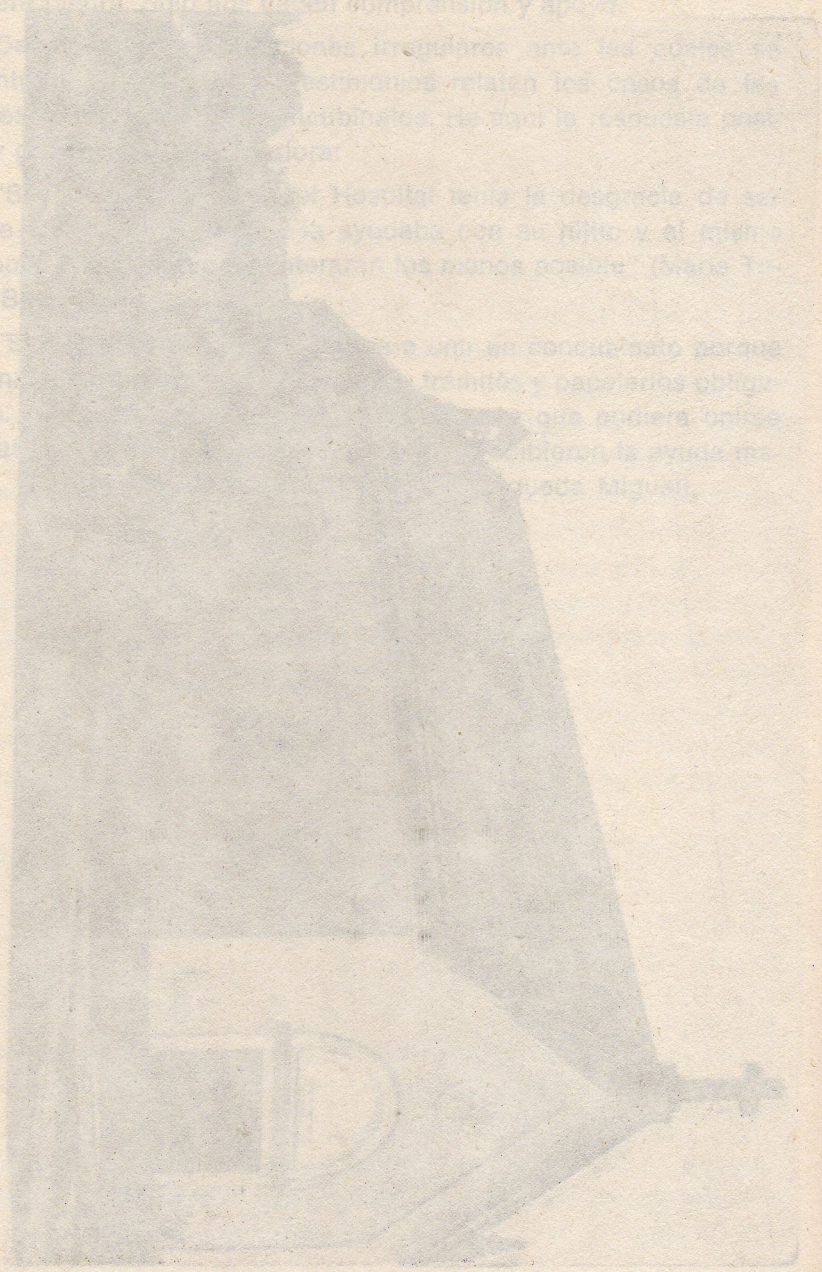
De las muchas situaciones irregulares ante las cuales se encontró la superiora, los testimonios relatan los casos de las madres solteras y de los concubinatos. He aquí la respuesta positiva y generosa de la superiora:

"Si alguna empleada del Hospital tenía la desgracia de ser madre soltera, la superiora la ayudaba con su hijito y al mismo tiempo trataba de que se enteraran los menos posible" (María Teresa Boscarelli).

"El hijo de un empleado se iba a unir en concubinato porque no tenía dinero para realizar todos los trámites y papeleríos obligatorios. Al saberlo, la superiora lo ayudó para que pudiera unirse en matrimonio como Dios manda. No sólo recibieron la ayuda material, sino también la espiritual y moral" (Agueda Miguel).



Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, de City Bell; levantada por Sor Ludovica. En la zona no existía la presencia de la Iglesia. Ella y su comunidad religiosa trabajaron pastoralmente desde el año 1937 hasta 1961.



26. — HIJA DE LA IGLESIA

SACRAMENTO DE SALVACION

Sor Ludovica, hija de la Iglesia... ¿qué queremos decir? Queremos ponderar su amor a la Iglesia: su celo, sus servicios, sus esfuerzos, sus sacrificios por ella.

La Iglesia es una realidad con un contenido amplio y trascendente. Es institución divina; es jerarquía, o sea, hay ministros con el poder de iluminar, santificar y dirigir en nombre de Cristo; y es templo, o casa de Dios.

La Iglesia nació del Corazón de Cristo; es la esposa amada y virginal del Señor y la madre y maestra de la humanidad redimida; es familia de los hijos de Dios; pueblo de Dios y cuerpo de Cristo; es testigo y continuadora de la misión y de la obra de Jesús; es sacramento del Amor de Dios, madre de santos y máxima bienhechora de la humanidad; es también peregrina en este mundo: santa y a la vez pecadora.

Ser hijos de la Iglesia, ¡qué honor, qué júbilo, qué compromiso vivencial, qué empeño apostólico! ¡Cómo deberíamos sentirnos obligados a conocerla y hacerla conocer, amarla y hacerla amar, valorarla y hacerla valorar, trabajar por ella y aunar voluntades y esfuerzos para su progreso!

Sor Ludovica no hizo estudios de teología ni de pastoral. Con todo, ella fue buena escucha de las eternas verdades del Evangelio, enseñadas por la Iglesia. Ella hizo "praxis": llevó a la práctica las vivencias de la Iglesia: sus pautas de conducta, sus medios sacramentales, sus prácticas penitenciales, sus devociones, sus fiestas, su culto, su ciclo litúrgico... Veamos algunos aspectos.

ANIMADORA CATEQUISTICA

La catequesis nos da las bases de la doctrina cristiana.

Como hija de la Iglesia, Sor Ludovica desarrolló una entusiasta y tesonera acción catequética. En su juventud, por ser "muy alegre y muy firme en todo", colaboró resueltamente en la animación de la catequesis parroquial.

Sin embargo, su gran despliegue catequético se puso de relieve al hallarse al frente del Hospital y del solario. Si, como superiora y administradora, su responsabilidad era grande en orden a la alimentación, bienestar y cuidados médicos de los niños enfermos, mayor era su responsabilidad en orden a sus almas y en sus relaciones con los familiares de esas criaturas.

Sor Lilia Tamborini, de manera peculiar, pone en resalto esa doble preocupación y responsabilidad de la superiora: "Semanal o quincenalmente, con su "cañoneta", la superiora corría a Mar del Plata, para visitar a sus "chiquillos", transcurrir con ellos algunas horas, hacerles sentir su maternal afecto, consolar y alentar a los que habían empeorado o que todavía no experimentaban los benéficos efectos de la cura, hacerlos preparar para la Primera Comunión o para ir al cielo con Jesús que los habría premiado y hecho felices por siempre. Cómo hiciese para soportar tan ingentes esfuerzos, sólo el Señor lo sabe, sólo El conoce el secreto de aquel corazón de madre que muchos llamaban **"Mamá Ludovica".**

Sobre todo, el mayor empeño catequético y apostólico tanto de Sor Ludovica como de las demás Hermanas se manifestó en la zona de City Bell.

La Hermana Juanita, en el capítulo 13, nos ha ofrecido testimonios deliciosos acerca de esa labor: misiones populares, catequesis permanente, proyección y realización de una capilla. De esta manera el amor a Dios de la superiora se expresaba en amor a las cosas de Dios y en apostolado dinámico para atraer almas al Corazón de Cristo.

La cronista de la Congregación hace esta síntesis: "Sor Ludovica preparaba con entusiasmo siempre renovado a los niños para la Primera Comunión. Les proveía vestidos y todas las de-

más cosas gratas: libros, estampas, medallas... Pensaba también en el chocolate".

El arzobispo de La Plata, Mons. Antonio José Plaza, destaca la humildad y la disponibilidad de la sierva de Dios:

"Conocí a Sor Ludovica desde mis años de seminario, pues ya entonces era en La Plata muy conocida y respetada.

"La superiora era una religiosa auténtica y llena de sencilla humildad. Se tenía por muy poca cosa, servidora de Dios e instrumento de El para hacer el bien.

"Cuando acordamos ceder la capilla de City Bell, levantada por ella al Sagrado Corazón, para convertirla en sede parroquial, enseguida ella aceptó transferirla del Hospital de Niños al arzobispado y expresó su alegría de que se erigiera en parroquia. Ella hizo los trámites y obtuvo del Gobierno Provincial el traspaso. A la hora de inaugurar y bendecir la iglesia y la casa parroquial y al dejar instalado al primer párroco, sacerdote José Dardi ella rehuyó el homenaje que le propusimos".

AMPARO DE SEMINARISTAS

Especialísima ternura y solicitud manifestó Sor Ludovica hacia los seminaristas, las jóvenes esperanzas de la Iglesia. Los siguientes testimonios poseen una elocuencia que cautiva:

"Las instalaciones del Hospital y del solario de Punta Mogotes estaban siempre abiertas para recibir a sacerdotes y seminaristas, a los que no sólo cuidaba, sino que mimaba. Ayudaba también de su bolsillo a seminaristas pobres. Sólo Dios sabe cuántos recibieron su apoyo en este sentido" (Mons. Antonio J Plaza).

"Muchos seminaristas, como ya se notó, fueron ayudados, curados y provistos de cuanto necesitaban en la salud y en las cosas personales" (De la crónica de la Congregación).

"Sor Ludovica solía destinar una beca para un seminarista y un médico, costeándoles los estudios, hasta que el primero llegara a la ordenación y el segundo al doctorado. Cuando algún seminarista o sacerdote se enfermaba, se debilitaba o necesitaba alguna cura enérgica, ¿a quién acudían el obispo o el rector?

A Sor Ludovica que tenía siempre disponible una cama o un abundantísimo desayuno después de la Misa, o a las valientes hermanas enfermeras para inyecciones, o para abastecer de medicamentos los bolsillos de los sacerdotes y de otras cosas sabrosas porque necesitaban de sobrealimentación" (Sor Lilia Tamborini).

"En los primeros tiempos de su instalación, a los Padres franciscanos, que eran también capellanes del Hospital, les enviaba el almuerzo dominical y festivo (Sor Juanita).

SEMINARISTAS ENVUELTOS EN FRAZADAS

El testimonio de Ernesto Raúl Delfino nos estremece por fuerte dramatismo: "Estaba en los primeros meses del tercer año de latín, en el seminario "San José" de La Plata. Varios seminaristas menores, casi simultáneamente, caímos en cama con mucha fiebre. El médico del seminario diagnosticó una epidemia de "gripe muy fuerte". El Padre Trotta, flamante rector del seminario, sumamente preocupado, se decidió a consultar telefónicamente a la superiora Ludovica. Le dio los síntomas y ella contestó: **"Traémelos ahora mismo al Hospital . . .Eso no es gripe".** Esa misma noche —éramos como quince— fuimos trasladados, envueltos en frazadas, al Hospital de Niños. El primero que había enfermado, el compañero Ridella, pese a todos los esfuerzos, falleció. Los demás salvamos milagrosamente la vida, gracias a la intuición y decisión de la Hermana Ludovica. Era tifus y corría el año 1939. La superiora no se contentó con hacernos lugar en el Hospital (que le acarreó múltiples inconvenientes). Permanentemente aparecía por la sala de infecciosos, para visitarnos, seguir la evolución de la enfermedad —en esa época no estaban en uso los antibióticos—, informar y consolar a nuestros padres y, además, prepararnos y servirnos el famoso "cafecito", como decía".

VENERACION Y OBEDIENCIA A LOS SACERDOTES

"Sor Ludovica tenía sumo respeto para los superiores: sacerdotes y obispos. Su trato fue siempre muy afable, pidiendo

con verdadera humildad las cosas y accediendo con encendido amor cuando se las pedían a ella" (Mons. A. J. Plaza).

"Lo que decía el superior, era para ella palabra de Dios" (Sor Encarnación Cosoli).

"La superiora tenía tanto respeto por los sacerdotes que, creo, era veneración. Su empeño en hacernos sentir ese gran respeto a nosotras las Hermanas, era inmenso. Cuando había un sacerdote enfermo, enseguida se ofrecía para cuidarlo y hacerlo atender. Lo hacía trasladar al hospital, procuraba que fuera atendido por un buen médico y le brindaba cuantas atenciones y cuidados podía. Si fallecía alguno, al punto trataba de darle honrosa sepultura, incluso en la misma bóveda de la Congregación. Tenía especial cariño hacia los Padres franciscanos e hizo atender a un buen número de ellos, así como a sus novicios" (Sor Celsa López).

IGLESIAS QUEMADAS, SACERDOTES PRESOS

El año 1955 fue muy duro y doloroso para la Iglesia. Desde las altas esferas del gobierno se lanzaron oleadas de acusaciones contra personas e instituciones eclesiásticas, a cual más falsa e injusta. También Sor Ludovica sufrió mucho. Ante la desigual lucha sólo cabía orar, cumplir con tesón las tareas diarias y esperar días mejores. La respuesta de caridad y trabajo que da la superiora, es la respuesta que siempre debe dar la Iglesia.

Escribe Sor Lilia Tamborini: "Jamás llegamos a saber lo que hizo personalmente y la caridad escondida que llevó a cabo todo el Hospital en la noche del 16 de junio de 1955, cuando los sacerdotes fueron prendidos, maniatados y encarcelados; y lo que pasó durante aquellos tres meses de la revolución y de la persecución religiosa".

"En una noche de guardia —relata Sor Natividad Visconti— vi el velador de la superiora encendido y me acerqué a preguntarle si necesitaba algo. La encontré sentadita en una silla baja, apoyada sobre la cama, cosiendo. Me dijo:

"¡No, no! ¡Gracias a Dios que no duermo, porque así puedo coser ropa para las iglesias quemadas en Buenos Aires!".

Cada puntada era un acto de amor y de reparación y cada prenda era un ramo de rosas que ofrendaba a su Señor y a su Amor.

LABORES LITURGICAS

"Sirvamos al Señor con alegría" —proclama el profeta bíblico— (S. 99,2).

Y se puede servir al Señor de mil maneras: con la oración, la catequesis, la pluma, la aguja de inyecciones, tecleando sobre una máquina de escribir o una computadora, empuñando la cuchara para levantar casas o capillas, dirigiendo una fábrica, manejando un tractor, jugando al fútbol... Sor Ludovica quería servir al Señor también con las agujas de coser, tejer o bordar.

"Sor Ludovica cosía ropa para las iglesias y también para la capilla del Hospital: purificadores, corporales, amitos, albas, manteles... Hacía todo a mano. Aprovechaba muy bien el tiempo. No perdía nunca un minuto. Decía que el tiempo bien usado era aprovechado para la eternidad y que hay que ser vivo para ganar el tiempo para la eternidad, mientras el tiempo que se pierde es tiempo perdido para la eternidad" (Sor Encarnación Cosoli).

"Siempre que se desvelaba por la noche, cosía purificadores, corporales, puntillas, vainillas para las capillas y la nuestra también. Siempre pensaba en las necesidades de la Iglesia. Era muy adicta a las Autoridades eclesiásticas" (Sor Natividad Visconti).

"Quería que el Sagrario estuviera simpre con flores frescas y que el agua de las mismas se cambiara todos los días. Las veces que fue a Italia, lo primero que traía, eran ornamentos u objetos para el culto" (Sor Juanita Pastorino).

En las carpetas se destaca el testimonio de los directores del Hospital de Berisso, que agradecen "la colaboración que brindó Sor Ludovica en la adquisición del altar y demás elementos de esa capilla, como así también de los hábitos sagrados necesarios para ofrecer la Misa... Va también su más ferviente y admirativa adhesión a quien fuera durante años en el Hospital de Niños uno de los principales pilares de su progreso... y a

la vez manantial permanente de amor al prójimo, de bondad y de dulzura".

DOSIS DE ADMIRACION

Como hija de la Iglesia y amiga y consejera del personal, Sor Ludovica desarrolló muchas otras formas de apostolado, como lo subraya el Dr. Viviano Oscar Moviglia:

"Además de todas estas preocupaciones, Sor Ludovica no descuidó en ningún momento lo concerniente al mantenimiento de la moralidad y rectitud en el comportamiento de todo el personal, que siempre le manifestó un cariñoso respeto, con buena dosis de admiración".

Al preguntar el autor de este trabajo a la Hermana Juanita si había habido algún conflicto entre el personal y Sor Ludovica, la hermana contestó que no. La superiora era sí exigente para que todos cumplieran con su deber; pero era también muy cuidadosa en la selección del mismo y en su formación espiritual y laboral.

Por otra parte, el espíritu de familia y el trato respetuoso que reinaban en el Hospital, limaban aristas y asperezas y favorecían la cohesión y la colaboración leal.

Por encima de todo, sus ejemplos de caridad concreta, discreta y abnegada, eran el mejor apostolado diario. Hablaba con la elocuencia de las obras.

CON LOS ADVERSARIOS IDEOLOGICOS

Sor Ludovica, en su largo quehacer, tuvo contactos personales con todo el mundo y también con adictos y militantes de todo el espectro político e ideológico. ¿Qué impresiones dejó ella entre sus adversarios ideológicos? Luis Horacio Velázquez nos hace gozar con dos anécdotas:

"Un día un hombre trae a su hijito enfermo, que es internado. La afectuosa ternura con que su pequeño es atendido —igual para todos—, asombra al padre que por sus ideas socialistas renegaba de las religiosas en los hospitales.

Con el tiempo aquel ciudadano, Don José Baliño, elegido concejal por su partido, con espontánea gratitud, logra hacer votar un subsidio municipal de 100 pesos por el Hospital de Niños.

"La más pura y cristalina miel de amor —por la fe, esperanza y caridad—, es la que las buenas manos de Madre Ludovica vienen fabricando desde hace más de medio siglo y que ha endulzado, tan cerca de nosotros y sin que nos diéramos cuenta de su milagro, a tantos corazones necesitados de amparo. Por eso nos hace reflexionar aquella sentencia, grávida como un aforismo, de un médico ateo y librepensador, al definir el concepto que le merecía la superiora:

—Yo no soy religioso... pero veo la obra de esta monjita... ¡Y tengo que creer en Dios!...

Por su parte Sor Ludovica sabía apreciar y agradecer la colaboración de todos: **"En Mar del Plata, quien me ayudó muchísimo para el solario, fue el Intendente que era socialista. Todos me han tendido la mano"** (Testimonio de Sor Encarnación).

27. — IDEAL DE VIDA, PAUTAS DE ACCION

ESPIGANDO Y CANTANDO

"Sor Ludovica fue una religiosa modelo y, en especial, verdadera hija de Nuestra Señora de la Misericordia, pues consagró su vida a la caridad y al servicio de los demás".

Es un testimonio lapidario y doblemente precioso, tanto por la jerarquía de su autor, Mons. A. J. Plaza, arzobispo de La Plata, como por el conocimiento directo y personal que el autor tiene de los hechos.

Por algunos momentos vamos a entrar en el seno de la comunidad de las Hermanas, para descubrir sus intensas vivencias religiosas, sus relaciones fraternales, sus anhelos y búsquedas de la perfección, las relaciones entre superiora y súbditas, las correcciones y consejos que la superiora daba para preparar y formar a las más jóvenes, los solícitos cuidados por las Hermanas enfermas, el ejercicio práctico de los votos...

Este capítulo nos es sumamente fácil y grato, ya que, para ubicar y comprender la personalidad y las virtudes de Sor Ludovica, espigaremos a manos llenas en las gavillas de los testimonios de las Hermanas.

CALDERA A PRESION

"La cabeza de la superiora con todo lo que tenía que hacer —problemas y responsabilidades del Hospital, el cuidado que ella se tomaba por el bien y la atención de los enfermos, los numerosos empleados que acudían a ella con sus problemas, los cuidados y sinsabores del solario, la quinta de City Bell, las obligadas visitas al Ministerio de Salud...— debía parecer una caldera a presión; pero no era así. Nunca se la veía de mal humor. Su trato familiar era agradable. En las horas de recreo gozaba

con la alegría, cantos y algazara de las Hermanas jóvenes. Algunas veces pedía silencio y nos comunicaba algo de sus tareas, por ejemplo: **"Hermanas, recen por mí por la gran responsabilidad que tengo con tanto dinero** —decía la cantidad—, **del que tengo que dar cuenta a Dios. Si ustedes no me ayudan, ¡qué voy a hacer pobre de mí".** Así nos mostraba su aprecio y el cariño que nos tenía de modo que hubiéramos dado la vida para ayudarla" (Sor Celsa López).

"NO SE CANSEN DE HACER EL BIEN"

Como superiora, Sor Ludovica, tanto en privado como en común, tenía diariamente mil oportunidades de exhortar, aconsejar, corregir...

"Las recomendaciones que daba a las Hermanas eran: que no dejáramos de rezar, que no importaba lo que podían decir o hacer y que siempre tuviéramos una buena palabra. Decía: **"Nosotras tenemos que obrar bien no por nosotras, sino por Dios y por la Iglesia, porque somos Iglesia y representamos a todo nuestro Instituto. En nuestro comportamiento no debemos olvidar nunca que somos hijos de Dios, que para El vivimos y para El tenemos que ser".** Repetía: **"No se cansen nunca de hacer el bien. Hermanas, no importan las cosas que pasen: siempre hagan el bien y amen a los que nos ofenden. Nunca recibí tanta ayuda de las personas como de aquellas contrarias a la religión. A mí siempre me ayudaron".**

"Cuando nos reprendía (que hacía con cada Hermana en particular, según lo que era necesario a cada una), nos decía: **"No lo hago porque sí, sino para formarlas, para que el día de mañana ustedes, que son el futuro del Instituto, sean buenas religiosas; para que con el ejemplo y la paciencia lleven las almas a Dios; para que todas las personas que pasan por el Hospital, sean médicos, practicantes, enfermeras, personal en general, los enfermitos y sus familiares... no se retiren del mismo sin llevar un lindo recuerdo de la religión. Si ustedes no son buenas y no están bien formadas, ¿qué va a ser del Instituto?"** (Sor Encarnación).

"EN LOS ENFERMITOS VEMOS AL NIÑO-DIOS"

"Sor Ludovica tenía mucho amor al Instituto. Siempre la oimos decir:

"Amemos a nuestro Instituto y trabajemos por las almas como siempre nos recomendó nuestra santa fundadora". En cuanto a su cargo de superiora nunca reprendía ásperamente sino con caridad y amor. Enseñaba a las Hermanas jóvenes que no dejaran nunca de ponerse en la presencia de Dios y rezaran muchas jaculatorias mientras se estaba trabajando y atendiendo a los enfermitos. Decía: **"En ellos vemos a Jesús Niño. Atendámoslo lo mejor que podamos. No faltemos a la caridad".** Así era ella: muy caritativa con los enfermos. Esto lo cumplía y hasta hacía muchos sacrificios en silencio que sólo Dios veía" (Sor Natalina Couget).

"SE PREOCUPABA MUCHO POR LA SALUD"

"Con la comunidad era muy buena. Se preocupaba mucho por nuestra salud y por nuestra alimentación, especialmente de las Hermanas jóvenes. Decía que en el Hospital había que trabajar mucho y que era lugar insalubre.

"Yo vine al Hospital de Niños en el año 1934. Las Hermanas todos los meses dábamos cuenta a la superiora de nuestro trabajo, nuestro apostolado y demás quehaceres. Ella nos hacía las observaciones del caso y algunas veces hasta nos hacía llorar. Sin embargo, cuando nos hacía una corrección, nunca nos dejaba tristes. Siempre tenía palabras cariñosas, se levantaba de su silla y nos despedía dándonos una linda medallita y salíamos contentas. Siempre fue muy generosa con todos" (Sor Juanita Pastorino).

CON LAS HERMANAS ENFERMAS

"En aquellos años las Hermanas enfermas de la Congregación se atendían en este Hospital. La superiora Ludovica las recibía con mucho cariño, encargaba a una religiosa para sus cuidados, tratamientos médicos, etc. y que fueran atendidas con mucha caridad. A pesar de su intenso trabajo y responsabilidad, la superio-

ra encontraba tiempo para visitarlas y ver si estaban bien cuidadas, si comían bien... e iba personalmente a buscar alguna extra para fortalecerlas. Cuando estaban restableciéndose, las llevaba en la camioneta a dar una vuelta por City Bell y tomar aire puro" (Sor Felicitas Taberna).

"La superiora me impresionó siempre por el trato amable, un tanto serio, con que nos trataba a las Hermanas. Nunca parecía enojada, aun cuando nos retaba. Por lo general, sus retos consistían en decirnos: **"¡Pobre de mí! ¿qué Hermana tengo yo para que me ayude?"**. Pero siempre terminaba como una madre que corrige a su hija, de modo que una quedaba contenta. Era notable el amor que nos tenía. Se fijaba hasta en lo más íntimo, sobre todo, en cuanto a salud. Nos mandaba dar alimentos extra; pero si ella recibía algo extra en la comida, lo repartía entre las Hermanas" (Sor Celsa López).

"ESA HERMANA NO DEBE MORIR"

"Siendo yo enfermera de la comunidad, más de una vez tuve ocasión de recibir órdenes y también reprimendas de mi muy querida superiora, con respecto al cuidado de las Hermanas enfermas, que para ella eran sagradas, porque decía: **"La Madre fundadora las llama columnas del Instituto"**.

"Entre otras, había una vez una Hermana con una enfermedad muy grave, desahuciada y en estado calamitoso. Me llamó en presencia de la doctora que la atendía y me dijo que esa Hermana no debía morir y que su salud dependía de los cuidados que yo le prestara. Tuve mucho miedo y falta de fe en sus palabras y le dije que esa Hermana ya tenía aspecto de muerte: ¿cómo la iba yo a mejorar? Entonces enojada y con mucha energía me retó y me exhortó a tener confianza en Dios. Con mucha firmeza me repitió: **"Esa Hermana se va a curar"**. Efectivamente se curó, vive todavía (junio de 1985) y trabaja mucho" (Sor Celsa López).

"VAYA AHORA Y PORTESE BIEN"

"Sor Ludovica fue para mí una segunda madre. Me recibió en el año 1952, siendo de votos temporales. Recibí mi formación

hasta los votos perpetuos con ella. Se preocupaba mucho por la comunidad, a pesar de su gran tarea. Estaba en todo. Cuando tenía que hacerme una observación para corregirme, me llevaba a su escritorio, me miraba seria, no enojada, más bien con cara de lástima, y me decía: **"¡Pero, Hermana Marta! ¡Ah, Dios mío"!.** Al término de la corrección y de los consejos, me decía: **"¡Que no se repita, sabe! ¡Vaya ahora y pórtese bien!".** Aseguro que esto me hacía más efecto que una gran reprimenda" (Sor Marta Dimele).

POEMA DE DOLOR Y AMOR, DE LUZ Y GOZO

El relato siguiente de Sor Lilia Tamborini es uno de los más bellos y luminoso. En él se dan cita la intuición y la caridad de la superiora, las delicadezas de la enfermera y la gozosa aceptación de la voluntad de Dios de la enferma. Todo es conmovedor. La muerte es iluminada por los misterios pascuales del Señor:

"Una joven profesa uruguaya, Sor Graciela Schinca, vino una mañana desde Buenos Aires, acompañando a una aspirante a la vida religiosa que desde algún tiempo atrás tenía problemas de salud.

"La amable superiora las recibió con su acostumbrada caridad; sin embargo, al sentir toser a Sor Graciela, tomó su rostro entre las manos y la miró profundamente en los ojos. Después, con voz maternal pero que no admitía réplica, le dijo: **"Hijita, Ud. está más enferma que la otra. Ud. se queda aquí y la voy a hacer atender. Hablaré yo con la Madre provincial".** Iluminada por el Espíritu Santo, había comprendido que esta joven religiosa estaba atacada por una leucemia tan avanzada que, a pesar de los estudios de hemocromo, transfusiones y solícitos cuidados, en ocho días la llevaría a la tumba. Murió como una santa.

"Yo tuve la dicha de velarla durante las noches y me edificaba la delicadísima caridad de la sileciosa superiora que aparecía a menudo en la pieza para informarse de la enferma y para ofrecerse a sustituirme, a fin de que pudiera cerrar los ojos y reposar un poco, ya que ella sabía que durante el día daba clases desde las siete y media de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Yo tenía escrúpulos, pero ante su materna firmeza cedía. No pudiendo dormir, escuchaba aquellas devotas palabras de ofrecimiento que ella sugería a la joven paciente, rezando con ella lentamente a la Virgen e invitándola a ofrecer todos sus sufrimientos por los sacerdotes, por los médicos y por la conversión de los pecadores.

"El mal avanzaba galopando: se le rompían las venas y manchas negras se le formaban en todo el cuerpo.

"Parecía que la superiora justamente escogiera todas las delicadezas para demostrar a Sor Graciela que de veras, a través de ella, el Señor la amaba con predilección. También humanamente quería demostrarle que sustituía el afecto de la familia lejana.

"La enferma pidió hacer los votos perpetuos antes de morir. Aquel día todo el Hospital estuvo de fiesta. La enferma hizo su donación total a Cristo, recibiendo los santos Sacramentos y pronunciando la fórmula de los votos, delante del Padre Nilo Arriaga, S. J.

"La mañana en que expiró, estaba llena de tapones en las orejas, en la nariz... La dejé a la misma hora, antes de las seis de la mañana; pero antes le pregunté si quería que me quedara aún. Ambas nos apretamos en un abrazo. Ella sentía que Jesús venía a llamarla. Estaba serena, pronta para el último paso terreno. Era muy hermosa y sus ojos negrísimos irradiaban gozo sobrenatural. **"¡Hasta el cielo!"** me dijo y con un último beso me hizo señas de que me fuera".

"La superiora me sustituyó. La enferma le pidió incorporarse en la cama y tomar una taza de café y leche con algún bizcochito. Cuando la superiora regresó, ya había expirado. Su sonrisa irradiaba la felicidad.

Aquellos días fueron para Sor Graciela la síntesis, la realidad y la maduración en la santidad. La caridad de la buena superiora la había formado para la eternidad".

MILLONARIA Y POBRE

Las Hermanas sabían que, en razón de su cargo administrativo y en ayuda de tantas obras emprendidas, la superiora manejaba sumas millonarias; pero también veían con sus ojos que todo ese dinero se invertía en beneficio de los demás: enfermos y necesitados. Para sí ella buscaba lo más pobre y usado.

Los testimonios de las Hermanas son ilustrativos de un desprendimiento radical y de una generosa fidelidad al voto de pobreza.

"La superiora no compraba nada para sí. Tenía solamente lo necesario: un solo par de zapatos y la ropa estrictamente necesaria. No permitía que en la alimentación se le sirviese algo distinto de lo común; pero, sí, ella se preocupaba para que las Hermanas jóvenes y enfermas estuvieran bien alimentadas, porque decía, **"tenían que dar mucha gloria a Dios trabajando en nuestro Instituto y para los enfermos"** (Sor Juanita Pastorino).

"Cuando estaba enferma y había pasado los ochenta años, aprovechando el viaje de unas religiosas a Italia, le pregunté: "Superiora, ¿no quiere aprovechar el viaje y mandar algún recuerdo a sus sobrinas? ¡Qué contentas se pondrían al recibir algo suyo!". Me miró un momento y me dijo: **"¡Mas no, Hermana! ¡No tengo nada!".**

"Nos reunimos las tres Hermanas más jóvenes: Natalina, Felicitas y yo; juntamos algunas cositas y se las ofrecimos para mandárselas en su nombre. Se le llenaron los ojos de lágrimas, lo agradeció inmensamente, pero dijo que no, porque su familia vivía muy lejos de Savona y no quería molestar la Casa Madre con un gasto en viaje. Mientras estas Hermanas estaban en Italia, ella falleció.

"Cuando la vestimos, no tenía nada más que lo necesario. Vivió pobremente y murió pobremente, pero rica en méritos, virtudes y obras. Practicó en grado heroico las obras de misericordia hasta su muerte" (Sor Marta Dimele).

"Los consejos a las Hermanas eran: la obediencia, el amor a Dios y al prójimo y que fuéramos muy amantes de la pobreza.

Nosotros teníamos el ejemplo de ella. Veíamos cómo vivía la pobreza: la amaba y amaba el desprendimiento de las cosas. Tenía su ajuar necesario zurcido y humilde; los santos hábitos estaban limpios y sin ninguna mancha, pero arreglados y zurcidos" (Sor Natividad Visconti).

"¡QUE CAMISON DE POBRE!"

"La superiora era una mujer muy piadosa, muy desprendida de sí y tan pobre que yo que estuve siempre al lado de ella, nunca vi ropa tan pobre, tan zurcida, pero prolija, como la que usaba ella. Tenía un amor grande a la pobreza: no dejaba perder nada.

"Una vez que guardaba cama, vino la Madre provincial, Sor Ernesta Trigati, a visitarla. La encontró con un camisón limpio, pero también muy pobrecito y muy zurcido y me dijo muy edificada: "¡Qué cosa en vez de tener ropa buena! Ella que maneja todo, podría tener ropa de mejor calidad. Pero ¡mire que camisón de pobre tiene!". Siempre prefirió lo más pobre en todo: ropa, comida, calzado... Jamás se la oyó quejarse de la comida, ya fuere fría o caliente, sin sabor o mal hecha. Para ella todo estaba bien. Jamás se la oyó quejarse. En cambio, exigía para sus enfermitos que todo fuera lo mejor. Fue un SER EXTRAORDINARIO... SU VIDA ERA DAR" (Sor Encarnación Cosoli).

"SI NO SOMOS BUENAS..."

"Sor Ludovica era exactísima en guardar la pobreza. Para ella todo era superfluo. Lo peor lo guardaba para sí: hábitos remendados, ropa basta... Al morir, carecía de las cosas más necesarias, tanto que las Hermanas se lamentaban por no tener el mínimo recuerdo de su gran personalidad.

"Su ejemplo y sus vivas exhortaciones eran el acicate que más experimentaban sus hijas para vivir la regularidad perfecta. Las Hermanas aseguraban entre sí: "Si no somos buenas, no es que nos falte la guía de la superiora, sino sólo a causa de nuestra negligencia" (Memorias de la Casa Generalicia).

28. — YUNQUE Y CRISOL

¿LA SUPERIORA SE VA A JUBILAR?

Como todo siervo de Dios, Sor Ludovica no sólo conoció halagos y éxitos, sino también fracasos y cruces. **"El discípulo no puede ser superior al maestro"** (Lc. 6, 40). Si al Maestro divino lo maltrataron, escarnecieron, flagelaron, coronaron de espinas, crucificaron... lo mismo les sucederá a sus discípulos. El saberlo y el predisponernos a ello nos servirán de poderoso estímulo en esos momentos de tensión y oscuridad.

La salud de Sor Ludovica fue siempre frágil, como nos lo declara su secretaria, Ana María Grattoni; pero ella trataba de esconderlo y superarse. Un testigo nos dice que recorría el Hospital con dificultad y otro nos dice que la veía caminar encogida o un tanto renga. Seguramente habrá sido por algún problema reumático que ella jamás reveló.

En el año 1935 sufrió la extirpación del riñón. Una de las secuelas más agobiantes de la intervención fueron los frecuentes insomnios. También sufrió varios edemas pulmonares. Uno de ellos, el del año 1957, la había llevado al borde de la tumba. Sin embargo, a pesar de las noches en vela por los insomnios o a la cabecera de algún enfermito, por la mañana era de entre las primeras que entraba en la capilla para comenzar su día al pie del Señor sacramentado.

Todos los testimonios nos declaran que soportó con gran paciencia y resignación todos sus sufrimientos, aunque ella deseaba estar bien para dedicar su tiempo, sus fuerzas y su vida a sus queridos enfermitos.

Con tantos problemas de salud y con tantos años de servicio —desde cuando entró en el Hospital en el año 1908 fueron 54 años—, le hubiéramos podido preguntar: "Madre Ludo-

vica, ¿cuándo se va a jubilar?". Sin duda, ella hubiera podido solicitarlo. Muchos otros, con menos problemas y menos años de actividad, hubieran procurado jubilarse. Sor Ludovica no lo hizo ni, creo, lo pensó. Ella hubiera sonreido ante nuestra pregunta y, como a niños traviesos, nos hubiera dado un tironcito de orejas y un caramelo y hubiera continuado su itinerario de esfuerzos, trabajos y sacrificios por el bien de "sus" niños.

Su entrega a Dios y al prójimo era de por vida: no conocía límites de tiempo ni de espacio. Por otra parte ¿una madre puede jubilarse de sus tareas maternales y domésticas? Sería un absurdo ¿verdad? Pues bien, Sor Ludovica se sentía "madre" de su numeroso rebaño infantil.

HEROISMOS ESCONDIDOS

El cargo y las obras de Sor Ludovica fueron un blanco fácil para que se ensañaran contra ella las malevolencias, críticas, humillaciones, acusaciones públicas gravísimas, calumnias alevosas. Una vez más se renovaba en ella la verdad bíblica: "Los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, **padecerán persecuciones**" (2ª Tim. 2, 12).

En el capítulo 14 hemos visto la campaña mistificadora en contra del solario y la campaña era de tanta virulencia que la misma superiora decía que **"el diablo andaba suelto".**

En el capítulo 15 hemos analizado las siete acusaciones por malversación de fondos. En el capítulo 16 hemos visto con estupor como un señor Interventor Federal, engañado por chismes e intrigas, acusó a Sor Ludovica de enriquecimientos personales.

¿Cuál fue la respuesta que dio Sor Ludovica? He aquí el testimonio de Sor Juanita: "La superiora fue heroica ante las calumnias, que por envidia o celos le levantaron en materia de la administración del Hospital; pero al fin tuvieron que reconocer que el Hospital de Niños era el mejor administrado de todos los hospitales de la Provincia de Buenos Aires y mejor equipado que cualquier sanatorio de la ciudad de La Plata".

SILENCIO ANTE LAS CALUMNIAS

Sor Lilia Tamborini nos estremece al hablarnos de "los tres meses de persecución del año 1955, de los heroísmos escondidos, de las privaciones que sólo Dios conoce y de las humillaciones que padeció la superiora, aún de parte de los que habían sido ampliamente beneficiados por ella. Algunos de ellos, después de alcanzar puestos de mando de grave responsabilidad, cegados por el orgullo, miras políticas o sed de dinero, llegaron al punto de calumniarla de tal modo que el propio Ministro de Salud Pública fue engañado y creyó en ellos. Sin embargo, aunque se le aconsejara defenderse, la Hermana lo soportó todo con silenciosa uniformidad en un ofertorio continuo como Cristo por sus calumniadores. Finalmente triunfó la verdad y los calumniadores se retractaron públicamente y le pidieron perdón".

La Hermana Juanita nos declaró de viva voz que a veces la superiora, en sus aflicciones, "se ponía con los brazos abiertos delante del Sagrario, pidiendo al Señor que perdonase a esos calumniadores y que a ella le diera fuerzas para seguir en la lucha por la obra".

ALTIVEZ DE LA VERDAD

También es impactante el testimonio de Sor Encarnación Cosoli: "Recuerdo que una vez las autoridades del Ministerio la tuvieron desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, porque la querían hacer jurar acerca de un mal procedimiento. La superiora dijo firmemente: **"Yo no juro. Si me quieren creer, me creen; y si me quieren condenar, me condenan; pero yo no voy a tomar el Nombre de Dios en vano".**

"Cuando regresamos al Hospital, fue a la capilla y frente al Sagrario, con los brazos abiertos, dijo en voz alta: **"Señor, dije toda la verdad".** ¡Y pensar que la habían tenido ocho horas sin tomar nada!"

Nos gusta imaginar que Jesús, quien dijo: **"Usen este lenguaje": ¿Sí? Sí, ¿No? No. "Todo lo que se dice de más, viene del Maligno"** (Mt. 5, 37), se haya complacido por esa valentía.

"¡NO SE PUEDE, HERMANA!"

Choques y tensiones, enfoques y criterios distintos entre superiores y súbditos siempre los hubo, los hay y los habrá. No son negativos, sino positivos con tal que sea una común búsqueda de la voluntad de Dios y del bien de un instituto.

Sin embargo, no puede haber capitulaciones ni infidelidades ante los principios básicos de la vida espiritual y comunitaria. El superior, en nombre del bien común, no puede tolerarlo; y, si lo hiciera, sería una condescendencia desleal y hasta una traición.

Para comprenderlo y valorarlo, entremos en punta de pie en la sala de las Hermanas y sorprendámoslas reunidas:

"Estaba la comunidad reunida a la hora de la lectura espiritual. A su término, una religiosa, de carácter fuerte y exigente, le pidió algo a la superiora Ludovica. Esta le contestó: **"Pero, Hermana, no se puede".** La Hermana se puso de pie y en voz alta y con firmeza le exigió a la superiora lo que solicitaba. La superiora no podía concedérselo y sin más se arrodilló delante de la Hermana y de la comunidad y le pidió perdón. Todas hicimos un silencio profundo ante este acto que nos conmovió hondamente" (Sor Marta Dimele).

Ante el desaire y la obstinación de una religiosa, ese gesto de humildad de la superiora en una gran lección de ascética.

SACERDOTE DE MALAS PULGAS

El oficio de capellán de un Hospital es por demás delicado. El sacerdote debe personificar la humildad y la mansedumbre de Jesús, para volcar sobre los enfermos y el personal los cauces de la divina misericordia. Pero también los sacerdotes son hombres con sus debilidades, defectos y a veces trastornos neuróticos.

"En un período en que, por mandato de la regla, Sor Ludovica interrumpía su cargo, todo el personal la seguía llamando superiora, aunque a la nueva superiora también la respetaba y la llamaba como correspondía. Esto lo hacía por el gran aprecio y respeto que le tenía.

"Durante esa temporada venía a celebrar la Misa un sacerdote que no tenía aprecio por las religiosas en general. En las homilías siempre mortificaba a la comunidad.

"Un día en la homilía —asistían enfermos, personal y vecinos del barrio— y sin tener motivo, dijo a los presentes: "Esa Hermana que hay aquí (dirigiéndose a Sor Ludovica) y que se hace llamar superiora, es una orgullosa: no es más superiora". Y dijo otras cosas más contra la querida Sor Ludovica.

"Después de la Misa, me acerqué a la Hermana Ludovica, que seguía siendo administradora del Hospital, y le dije: "No puede ser que este sacerdote en la capilla hable tan mal de Ud. y la humille delante de todos. Hay que tomar medidas, porque no es la primera vez que lo hace". Sor Ludovica me contestó: **"¡No, no! ¡No diga nada! Yo lo merezco. ¡Dios me lo manda para humillarme! Es una prueba que me da para que sea más humilde".**

"Entonces pedí permiso a la nueva superiora para hablar con un monseñor, pues este buen sacerdote, cada vez que venía a celebrar la Misa en el Hospital, no hacía más que hablar mal delante del pueblo. Después de esto, sus superiores tomaron alguna medida, ya que no lo mandaron más al Hospital.

"Toda la comunidad sufrió muchísimo, porque Sor Ludovica, durante los períodos de interrupción de su superiorato, era sumisa a la superiora real y hasta se ponía de rodillas para pedir perdón cuando hacía alguna leve transgresión a la regla, lo mismo para pedir permisos, y todos los meses en el capítulo de culpas". (Sor Natividad Visconti).

29. — JUNTO AL MANANTIAL

RELIGIOSIDAD POPULAR

"Verdadero ejemplo de piedad" (Mons. A. J. Plaza); **"Su descanso era la capilla** (V. Bianchi); **"Alma de mucha oración"** (Sor J. Pastorino); **"Religiosa de mucha fe"** (Sor F. Taberna); **"Siempre en diálogo con el Señor"** (A. M. Grattoni); **"Toda su vida fue una oración continua"** (Mons. E. Segura).

He aquí un collar de envidiables testimonios que nos destacan los aspectos focales y medulares de la personalidad y espiritualidad de Sor Ludovica. La oración fue el divino manantial que le daba luz, fuerza y aliento.

Sor Ludovica fue una mujer simple y hacendosa. Igualmente su piedad fue simple, humilde y gozosa, como lo es la religiosidad popular. Ella desgranaba su rosario, tenía sus devociones preferidas, saboreaba los cantos que a veces tarareaba en los viajes y hasta en la playa, gustaba de las peregrinaciones, amaba la pulcritud de la casa de Dios, quería que la lozanía y policromía de las flores enbellecieran el altar y acudía a la ayuda de los devocionarios: "EL ANCORA DE SALVACION" y "LA GRAN PROMESA", para expresar sus sentimientos y emociones...

A través de unas cuantas pinceladas, intentaremos ofrecer un bosquejo del espíritu de oración de Sor Ludovica, sabiendo que el encuentro de un alma con Dios es lo más íntimo, sagrado e inefable.

FLORES FRESCAS, CORAZONES ARDIENTES

"A pesar de su gran responsabilidad y de las tareas que tenía que realizar, Sor Ludovica cumplía perfectamente sus deberes de piedad. En los momentos libres no perdía oportunidad para ir a la capilla y pedir a su Jesús lo que precisaba" (Sor Natalina).

"Sus devociones eran a la Santísima Virgen, a San José nuestro Protector, a nuestra Madre fundadora. Cuando se celebraba alguna de estas fiestas, ella misma ayudaba a la Hermana sacristana a arreglar el altar. Le gustaba que estuviera adornado con muchas flores, como señal de alabanza, honor y respeto a la casa de Dios... En los momentos difíciles hacía rezar a los enfermitos la jaculatoria: **"Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío"**... "Tenía una gran comunicación con Dios" (Sor Juanita).

LAMPARAS VIVAS DEL SAGRARIO

"A pesar de su mucho trabajo, Sor Ludovica encontraba tiempo para hacer muchas visitas a Jesús sacramentado y ponerse en comunicación con el Señor y la Santísima Virgen a la que tenía mucha devoción. Estaba siempre con el rosario en la mano, cuyas cuentas deslizaba mientras recorría el Hospital" (Sor Felicitas). "Todos los días rezaba los quince misterios" (Sor Encarnación).

Un "pupilo" de Sor Ludovica, Jorge Osvaldo Vega, así la recuerda, como ya vimos: "Yo era chiquito. La superiora me llevaba con ella a la capilla y rezaba el rosario. Yo permanecía arrodilladito y miraba cómo ella rezaba, pues yo todavía no sabía hacerlo".

"Era muy piadosa. Se hacía tiempo, iba a la capilla y, arrodillada en el comulgatorio, rezaba el rosario" (Agueda Miguel).

"Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón" (Mt. 6, 21). Después de una agotadora jornada de labores y preocupaciones, aunque fueren las tres de la mañana, la última visita de Sor Ludovica era al Sagrario, porque ahí estaba su tesoro: el AMOR de los amores. "Trabajaba todo el día —nos dice la señora Mulen—. Llegaban las tres de la mañana. Pasaba a la capilla para cumplir con su profesión religiosa y saludar a su celestial Modelo. Era muy piadosa; hacía el vía crucis todos los días".

UN ROBO... IMPERDONABLE

En un Hospital de Niños la imagen del Niño-Dios debe campear como en su trono para ser luz, aliento y alegría. La superiora,

cargada de responsabilidades materiales, morales y espirituales, hallaba en el Niño-Dios su refugio y ponía a los enfermitos bajo su protección.

"En la capilla tenía un lugar preferido y se veneraba todo el año una imagen centenaria del Niñito Jesús. La superiora le encomendaba a los niñitos enfermos y celebraba su fiesta el 1 de julio, día en que se lo habían regalado. Era milagroso. No se retiraba a descansar sin hacerle su última visita. Cuando se lo hurtaron, lloró" (Sor Marta Dimele).

FUEGO Y FUERZA

"La Eucaristía fue el fuego que alimentó la ardiente llama del corazón de Sor Ludovica. Ella exigía y se las ingeniaba para que el sacrificio eucarístico fuera celebrado con el máximo esplendor y para que todo en la capilla de su obra fuera digno y decoroso: lámpara, flores frescas, ornamentos...

"Preparaba siempre con renovado entusiasmo las Primeras Comuniones de los pequeños enfermos y les comunicaba su fervor y su gozo.

"Junto con la devoción aucarística, la contemplación de la Pasión de Cristo. Cada mañana, antes del segundo toque de campana, recorría en oración y meditación las estaciones del vía crucis. De esta práctica ella sacó las fuerzas para superar las innumerables pruebas que sufrió en su larga vida" (Eco de la Casa Generalicia).

"Sor Ludovica se distinguió por su amor a Dios, celo por la Iglesia, adhesión a la jerarquía, consagración a la vida religiosa, piedad profunda. Oraba siempre y siempre le parecía haber orado poco. Toda su vida fue una continua oración" (Mons. Ernesto Segura).

UN VIAJE HACIA LA SANTIDAD

"El espíritu de Sor Ludovica se alimentaba de intensa oración. Estaba en continua comunicación con Dios. La oración vocal era la que más practicaba, aunque se la veía también, en los momen-

tos libres, extasiada delante del Santísimo Sacramento. Tenía fe viva en todos los acontecimientos. Veía el querer de Dios. En las contrariedades y calumnias no se defendía, se mantenía silenciosa y pedía a la comunidad que rezara mucho al Sagrado Corazón. Su fe la fue guiando y le fue marcando el sendero que Dios le tenía señalado" (Sor Juanita).

El Dr. Hugo Pérez Salas compendia así sus impresiones sobre Sor Ludovica: "Sencillez de vida y espíritu de fe; piedad ferviente, sencilla y práctica; atención constante a la unión con Dios; fervor por la Eucaristía; seguridad en la ayuda de la divina Providencia; vivo sentido del cielo; devoción especial a la Virgen y a San José; buen criterio y juicio equilibrado; predilección espontánea por la humildad; trabajo incesante y gozoso; espíritu de familia; convivencia en santa alegría... Su vida fue un viaje hacia la santidad".

30. — YA VIENE EL SEÑOR

ORDENAR Y ORAR

Los años —¡más de ochenta!—, el desgaste diario, la sucesión de los edemas de pulmón... estaban deteriorando rápidamente el organismo de Sor Ludovica.

¿Cuál era su actitud ante esas dolencias? He aquí cómo lo pondera Sor Encarnación Cosoli, a quien seguiremos en todo el capítulo: "Sor Ludovica vivió sus enfermedades con gran entrega y aceptación de la voluntad de Dios, con una paz, serenidad y tranquilidad de espíritu de que todo era permitido por Dios y de que todo iba a salir como Dios quería. Estaba siempre dispuesta a la voluntad de Dios".

La superiora tenía conciencia de la fragilidad de su salud. Por eso un año antes, urgida por una gran necesidad de recogimiento y de oración, buscaba el rincón más apartado de la casa para estar más unida a Dios y a la vez poner en orden los complicados organismos administrativos: rubros, balances de entradas y salidas, un sinfín de compromisos...

"YO NUNCA VIAJO SOLA"

La Hermana Encarnación nos relata un episodio dramático de los últimos meses de Sor Ludovica:

"Un día la vi muy pálida y descompuesta. Le pregunté qué le pasaba y me contestó: **"Quédese tranquila. Ya va a pasar".** Me fui a mi empleo. Horas después, me vinieron a buscar porque la superiora estaba muy descompuesta. Corrí y le pregunté: "Superiora, ¿qué pasa?". Me respondió: **"No se aflija. Esto ya va a pasar. Tengo mucho frío".** Entonces le puse una bolsa de agua caliente. Llamé al Dr. Carlos Blanco, que me dijo: "No la descuide, por

favor. Es algo gravísimo". Pero la superiora, mirándonos, nos dijo: **"¡Pero no! Esto también va a pasar".** Estaba segura de su mal y, sobre todo, estaba segura de su entrega a Dios.

Después me dijo: **"Tráigame un poco de té con chatré".** Lo tomó como un tónico que la reconfortó. Pocos días después mejoró y fue a Mar del Plata. De regreso, a la altura de la ciudad de Dolores, se descompuso por un ataque de edema de pulmón y la llevaron al hospital local. Los médicos que la atendieron, enviaron una nota al Dr. Blanco, para que la Hermana no viajara sola, sin el auxilio médico. Pero ella respondió: **"¡Pero no! Nunca viajo sola. Siempre voy acompañada de la Virgen y de san José que no me abandonan".**

PREPARANDO A SU SUCESORA

"Los últimos meses de su vida —sigue relatando Sor Encarnación—, la superiora me dijo: **"Vaya preparándose, porque mi salud va mal".** Cuando venían personas a buscar medicamentos, me decía: **"Atiéndalas Ud., para que la gente se vaya acostumbrando y pida las cosas a Ud. Así el día de mañana o dentro de poco no le va a costar pedírselas".**

"Tres o cuatro meses antes de su muerte, al comenzar a tener descomposturas con frecuencia, ella la presentía. En los últimos días, cuando la pusieron en cama, dijo: **"Esto no va";** y también: **"No les pongan más mi sello"** a las notas y expedientes que debía firmar ella. No lo tomaron en cuenta y se los llevaban para firmar. Con todo, llegó un momento en que se opuso y dijo: **"¿No ve, Hermana, que el pulso no me da?".** Entonces se dejó de hacerlo".

INTUICION EXTRAÑA

"Al empeorar, venía diariamente Monseñor Segura, y ella le dijo: **"Prepárese, prepárese, porque esto va a pasos de gigante".** Mons. Segura le replicó: "¡No, superiora! ¡No piense así!". Ella respondió: **"No sabemos lo que Dios tiene decretado, porque todo está decretado por El".**

"Unos quince días antes de su muerte, trajeron de la tienda una caja y ella me dijo: **"Mire lo que hice preparar".** La caja tenía

medias color bordó, un solideo y birrete para Mons. Segura, quien todavía no tenía ningún aviso de que iba a ser obispo. Sin embargo, ella con una intuición extraordinaria le hizo preparar todo lo necesario para cuando lo consagraran obispo. Una vez consagrado obispo —ya la superiora había fallecido—, le llevaron la caja preparada por ella: alba, muzeta, solideo, birrete... Es imposible decir con palabras la emoción hasta las lágrimas de Mons. Segura.

"QUE SE HAGA LA VOLUNTAD DE DIOS"

"Cuando tuvo que guardar cama y se veía que llegaba su fin, arreglaba los cajones y acomodaba las cosas.

"La comunidad comenzó a rezar la novena a la Virgen de Lourdes por su salud; pero ella decía: **"Pidan la gracia de que se haga la voluntad de Dios"**. Se terminó la novena y ella se agravó. A la noche me llamó y me dijo: **"Posiblemente necesiten pronto esto que dejo preparado. No tienen más que abrir el cajón: aquí están las llaves; y tienen todo lo que ustedes van a necesitar"**. Eran el pasaporte, la libreta cívica, el título de la bóveda. Todo estaba en fila en el segundo cajón de la cómoda".

"Durante su breve enfermedad, su pequeña pieza, en planta baja, muy cerca de la portería, estaba siempre llena de médicos, sacerdotes, gente de todos los ámbitos desde las más conocidas personalidades hasta los más pobres y desconocidos que ella había beneficiado".

TUMORACION EN EL COSTADO

"Los últimos días sufrió muchísimo. Ya antes me había dicho: **"Cuando Ud. vea que estoy inquieta, rece jaculatorias, no deje de rezar y déjeme el rosario en mano"**. Y así fue: murió con el rosario en la mano.

"Tres días antes quiso levantarse, pero no pudo. Me dijo. **"Mire esto** —era una gran tumuración en el costado—. **Esta es la última de las novedades y consecuencia de la operación del riñón. Acá tenemos el punto final. Y ellos** —lo decía por los médicos— **no se dan cuenta"**. Le dolía muchísimo. Además, tenía una trombosis en la arteria mesentérica. Se movía y yo la acomodaba.

Cuando la veía muy inquieta, rezaba jaculatorias. Siempre tenía una paz extraordinaria.

Mons. Segura le hizo la recomendación del alma. La superiora todavía conocía y hablaba entrecortada y respondía a todas las oraciones con voz apagada por el esfuerzo".

"YA VIENE EL SEÑOR A BUSCARLA"

"El 24 de febrero a la noche, estaban el Dr. Blanco, el Dr. Sabbione y otros a su alrededor. La superiora me preguntó: **"Hermana Encarnación, ¿falta mucho todavía?".** A mí me salió de adentro: "¡No, superiora! Ya viene el Señor a buscarla". Hizo un suspiro y se quedó tranquila".

¿PARA QUIEN LA MISA?

"Domingo 25 de febrero. A eso de las 17 horas llegó Mons. Segura, que iba a rezar la Misa a las 18 horas. La superiora, con vos entrecortada, le dijo: **"Espere un rato, no salga todavía, espere un rato más, que ya va a saber para quién va a ser esa Misa".**

"Llegó también Mons. Antonio José Plaza, arzobispo de La Plata, que le dió una bendición. Le hizo una mirada como de saludo, porque ya no podía hablar.

"Poco antes de las 18 horas, "con un fuerte quejido", expiró. Era el domingo 25 de febrero de 1962. Tenía 82 años.

"El Dr. Blanco dijo que durante esos días había sufrido terribles dolores. A pesar de los grandes dolores y de las indicaciones médicas, nunca aceptó que le pusieran morfina. Sólo aceptó los comunes calmantes suaves.

"Todo ese tiempo pasado en cama, rezaba siempre. Cuando la visitaban los sacerdotes, rezaba con ellos.

"Mientras tuvo conocimiento, tuvo la certeza de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Jamás se quejó ni se le oyó decir: "¡Dios mío! ¿por qué?". Solamente decía: **"Dios lo quiere. Cúmplase su voluntad. El lo tiene todo decretado".**

En los jardines del Cementerio se levanta un busto a su memoria. Es el agradecimiento a su caridad cristiana de la ciudadanía platense.

PERLAS Y FLORES

A lo largo de nuestro estudio biográfico nos hemos abrevado constantemente en opulentos testimonios.

Al final, nos parece que haríamos cosa grata a nuestros lectores si recogiéramos la **miel,** o la flor y nata, de cada documento. Sería una especie de síntesis luminosa de la personalidad y espiritualidad de Sor Ludovica y cerramos el capítulo con la semblanza que nos ofrece Mons. Ernesto Segura.

Con esa síntesis de opiniones e impresiones, formaremos un ramo de flores que, henchidos de gratitud, depositaremos a los pies de Jesús sacramentado, Amor de los amores y fuente de toda santidad:

"Verdadero ejemplo de piedad y modelo de caridad" (Mons. Antonio J. Plaza).

"Madre espiritual, benefactora, consejera y guía" (Vicente Bianchi).

"Tenía todas las cualidades de una excelsa persona" (Diomedes Sergio Corneli).

"Una gran consejera espiritual" (Dora Inés Cuomo).

"¿Decir algo de la superiora Ludovica?... Todo parece poco" (María T. Bozzarelli).

"Hizo obras maravillosas, inspiradas en un profundo amor cristiano" (Dr. Carlos A. Bocalandro, ex-Ministro de Salud).

"Un corazón hechido del amor a Dios y a las almas" (Gobierno de la Provincia de Buenos Aires).

"Religiosa ejemplar" (Sor Natalina Couget).

"Angel de caridad" (Sor Juanita Pastorino).

"Religiosa de mucha fe" (Sor Felicitas Taberna).

"Tenía una sabiduría admirable" (Sor Celsa López).

"Es incalculable el valor de su entrega generosa a los necesitados" (Ana María Grattoni).

"Muy querida por su exquisita caridad" (Josefa Muabre).

"Velaba como una madre por todos los enfermitos" (Jorge Osvaldo Vega).

"En ella resplandecía la caridad" (Hedibia Berreta).

"Las madres a su lado sentíamos una protección especial" (Victoria N. de Elorza).

"Era el corazón del Hospital" (Agueda Miguel).

"Era la madre de todos" (Eusebio y María de Giorgis).

"Derramó amor" (Aracelis H. Míguez de Galli).

"Vivió trabajando y sacrificándose por el bien de sus semejantes" (Dr. Viviano O. Moviglia).

"Realizó por millares milagros de fe, de amor, de caridad" (Raúl Romero).

"Arquetipo de solidaridad generosa" (Luis H. Velázquez).

"Madre de misericordia para los que se le acercaron" (Juana S. A. de Mulen).

"Vivió para todos, se desveló por todos, trabajó en todo e incansable" (Sor Marta Dimele).

"Buscaba siempre la unión y el espíritu de familia entre todos" (Sor Natividad Visconti).

"Su obra fue fecunda y ardiente su caridad" (Eco de la Casa Generalicia).

"Sor Ludovica es el Hospital mismo, su propio y progresivo historial" (Dr. Carlos Boffi).

"Fue consejera excepcional" (Dr. Santiago Gorostiague) .

"Fiel exponente de la caridad cristiana" (Dr. Juan J. Moirano).

"Manantial permanente de amor al prójimo" (Dr. Juan I. Minoián).

"Ejemplo de laboriosidad" (Dr. Vicente Albano).

"Laboriosidad de hormiga, económica y previsora (Diario EL DIA).

"De las economías de Madre Ludovica se realizó lo imposible" (Diario EL ARGENTINO).

"Una mujer toda de Dios" (Sor Encarnación Cosoli).

"Mujer fuerte, sabia, prudente, animosa" (Crónica de la Congregación).

"Corazón de madre" (Sor Lilia Tamborini).

"Se daba ecuménicamente a todos, sin discriminación" (Ernesto R. Delfino).

"Religiosa enamorada de Cristo" (Pbro. Fernando Carballo).

"Fue heroica en la caridad" (Sor Juanita).

"La superiora fue mi madre" (Ramón Castillo).

"Ud., Hermana, es más criolla que un zapallo: ¡Ud. es nuestra!" (Dr. Luciano Becerra).

"Llenó de amor nuestra existencia" (Lilia Ana Rosso de Gainza).

"Su vida fue un viaje hacia la santidad" (Dr. Hugo Pérez Salas).

ORACION PRIVADA

PARA ALCANZAR GRACIAS

Señor Jesús, tú llamaste a la superiora María Ludovica, Hija de Nuestra Señora de la Misericordia, para servir a los pobres y a los más necesitados.

La elegiste para una vida consagrada a tu gloria y al servicio de sus semejantes; a una vida consagrada por entero a los niños en los cuales te veía a ti, Señor, que dijiste: "Lo que hicieran por mis pequeños, por Mí lo hacen".

Tú le diste la fuerza para entregarse con alegría y sin descanso a sus hermanos enfermos.

Tú la llamaste a ser madre cariñosa de muchas generaciones de niños; amiga y colaboradora de muchas generaciones de médicos; consejera y maestra de muchas generaciones de platenses; ejemplo de muchas generaciones de religiosas.

Tú la hiciste una mujer piadosa que supo vivir fielmente tu Evangelio en el trabajo cotidiano y en el sacrificio de su obra humilde y silenciosa.

Te pedimos, Señor, la alegría de ver brillar en el cielo de tus santos a Sor María Ludovica, y que también nosotros seamos testimonio de tu luz. ¡AMEN!

"Te pedimos, por su intercesión, la gracia de... (Pídase la gracia)".

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

(De todas partes del país y de países vecinos, mucha gente se dirige a Sor María Ludovica, para pedir a Dios gracias y favores por su intercesión. Y muchos logran hermosos beneficios. Si Ud. también se ve beneficiado en sus oraciones, le rogamos nos comunique la gracia recibida. Si necesita estampas con la oración, se las podemos remitir. He aquí nuestra dirección:

Hermanas de la Misericordia
Hospital de Niños
Calle 14, entre 65 y 66
1900 — LA PLATA

Sor Ludovica hizo de su vida una generosa siembra de luz, aliento y alegría. Con ello realizó plenamente su misión humana y cristiana y su vocación de consagrada.

Lo que aspiraba en su juventud: **"Amar y servir a Dios haciendo el bien al prójimo"**, lo llevó a cabo con empeño, entusiasmo y sacrificio.

Jamás hubiera ella soñado que su vida sería una aventura tan deslumbrante y empinada; pero se arrojó en los brazos del Amor y los brazos del Señor la llevaron muy lejos y muy en alto hasta la ... perfección.

Nos ha dejado a todos un luminoso ejemplo y un fuerte estímulo, condensado en el lema: "AMAR ES SERVIR", a imitación de Jesús.

Todos nosotros —cualesquiera que sean el estado, las situaciones y las circunstancias—, debemos realizar nuestra misión humana y cristiana sembrando a manos llenas luz y alegría. Pero el Señor tiene sus preferencias.

CHICAS Y MUCHACHOS:

Si el Señor los llama a una entrega más generosa y a un apostolado más intenso, muy cerca de su casa hay una parroquia o un instituto religioso que puede y desea recoger sus inquietudes y aspiraciones y brindar orientaciones dinánimas y gozosas. Como referencias, les damos nuestras direcciones:

Hermanas de la Misericordia - Hospital de Niños
Calle 14, entre 65 y 66 - (1900) LA PLATA - R. A.

Casas Provinciales

Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia
San Nicolás 3850 - 1419 - Buenos Aires
Tucumán 3049 - 2000 - Rosario, Santa Fe
Gral. Roca 2505 - 5105 - Villa Allende, Córdoba

SEMBLANZA DE SOR LUDOVICA DE ANGELIS

(por Mons. ERNESTO SEGURA)

"Una vida consagrada por entero a la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes.

Una vida consagrada por entero a los niños, en los cuales veía al Maestro que dijo: **"Lo que ustedes hacen por cualquiera de mis pequeños, por Mí lo hacen"** (Mt 25, 40).

Una vida consagrada a la caridad cristiana, a través de cincuenta y cuatro años de trabajos heroicos, en que siempre se olvidó de sí misma, y se hizo toda para todos, para consolarlos a todos.

Más de medio siglo de profesión religiosa en que, como su celestial Modelo, fue una Madre de Misericordia para todos aquellos que se acercaron a ella.

Levantó el Hospital de Niños, el Solarium de Punta Mogotes, la capilla de City Bell. Administró cinco décadas el Hospital con maravillosa eficacia. Curó enfermos de cuerpo y alma. Hizo el bien sin mirar a quien. Enseñó. Aconsejó. Pacificó. Más con el ejemplo que con la palabra. Supo aunar las voluntades de todos sus colaboradores, contagiarles su celo y abnegación, hasta hacer del Hospital de Niños un establecimiento modelo.

Este es el fruto externo y visible de su larga y fecunda vida. Pero lo más admirable es lo invisible: su amor inextinguible a Dios; su celo por la Iglesia; su adhesión a la Jerarquía; su consagración a la vida religiosa; su piedad inagotable. Siempre rezaba y siempre le parecía que había rezado poco, aunque toda su vida era una continua oración.

De ese amor a Dios brotaba esa inigualable caridad para con el prójimo, que fue su característica más admirable. Fue el paño de lágrimas de todos los afligidos. Fue madre cariñosísima de muchas generaciones de niños. Fue amiga y colaboradora de muchas generaciones de médicos. Fue consejera y maestra de muchas generaciones de platenses. Fue ejemplo de muchas generaciones de religiosas. Fue, y seguirá siendo para todos, "la Madre Ludovica".

Dios se la llevó cuando estaba como un árbol maduro: cargada de frutos. Como el siervo fiel y prudente, había multiplicado los denarios, y tenía bien ganado el merecido descanso.

A nosotros nos quedan su recuerdo y una responsabilidad que dimana de la felicidad de haberla conocido: imitar sus virtudes, practicar sus enseñanzas y continuar la obra de su vida. A nosotros sólo nos toca tomar la Cruz que ella ha dejado; y con esa Cruz en el corazón y en las manos, continuar la obra de la Madre Ludovica, para que el Hospital de Niños siga siendo lo que ella quiso y lo que ella hizo".

OBRAS DEL MISMO AUTOR

— San Francisco de Asís
— San Antonio de Padua
— San Bernardino de Siena
— San José de Cupertino
— San Maximiliano Kolbe
— San Charbel Makhluf
— Santa Rita de Cascia
— Santa Clara
— San Cono
— Cristo Luz
— Anunciación Cocchetti
— Amores Imposibles (S. Margarita de Cortona)
— Experiencia de Dios Amor (S. Angela de Foligno)
— El Ministerio de la Pareja Cristiana
— San Roque
— Santa Catalina de Bolonia
— Santa Catalina de Génova
— Beata Catalina Tekakwita, "La piel roja santa"
— Santa Verónica Giuliani
— Nuestra Señora de la Consolación
— Santa Isabel de Hungría y San Luis Rey de Francia
— Tránsito Cabanillas
— San Benito de Palermo
— El Señor de los Milagros de Mailin
— San Francisco Solano
— San Francisco Antonio Fasani
— Beato Buenaventura de Potenza
— Amor sin Fronteras (B. Magdalena Canossa)
— María Jacinta Zechner
— Isabel Vendramini
— María, Estrella de la Evangelización
— Juan Pablo II y San Maximiliano Kolbe
— El Santo del Siglo: Maximiliano Kolbe
— Un Fraile Desollado Vivo
— Santa Coleta, mística y reformadora
— San Pedro de Alcántara
— El Cura Brochero
— Santa Lucía
— Santa Rosa de Viterbo
— Actas de los Mártires
— Angela Salawa, "del servicio doméstico a la santidad"
— San Carlos Borromeo
— Fray Junipero Serra (En preparación)

Puede solicitar estas obras en las LIBRERIAS CATOLICAS, o escribiendo directamente al autor: MISIONES FRANCISCANAS CONVENTUALES — Cóndor 2150 — (1437) BUENOS AIRES — R. Argentina

EN CADA FAMILIA CRISTIANA
UNA PEQUEÑA BIBLIOTECA POPULAR CRISTIANA
COMO SIEMBRA DE LUZ, ALIENTO Y ALEGRIA

Este libro se terminó de imprimir en la segunda quincena del mes de marzo de 1987, en Editorial y Talleres Gráficos de la Universidad Católica de La Plata, calle 115 Nº 552, La Plata.

Asistimos al Señor en la persona de los enfermos.

Obrar, sufrir y callar, por amor a Dios.

El corazón a Dios, manos al trabajo.

La Hija de la Misericordia no debe ir sola al paraíso, sino acompañada de los niños y enfermos en beneficio de los cuales ejerció su obra.

¡Qué importante es, pues, esta obra, y qué bien debemos cumplirla!

Santa María Josefa Rossello